

CUENTOS AFRICANOS

Recopilación de cuentos populares africanos

El árbol que hablaba

Había un lobo en la selva. Un día, cuando estaba fuera paseando, encontró a un árbol que tenía unas hojas que parecían caras de personas. Escuchó atentamente y pudo oír al árbol hablar.

El lobo se asustó y dijo: "Hasta el día de hoy nunca me había encontrado con algo tan raro como un árbol hablante". Tan pronto como hubo dicho estas palabras alguna cosa que no pudo ver lo golpeó dejándole inconsciente. No sabía durante cuanto tiempo había estado allí tendido en el suelo, pero cuando despertó estaba demasiado asustado para hablar. Se levantó inmediatamente y empezó a correr.

El lobo estuvo pensando acerca de lo que le había ocurrido y se dio cuenta de que podía usar el árbol para su provecho. Se fue paseando de nuevo y se encontró a un antílope. Le contó lo del árbol que hablaba, pero el antílope no le creyó. "Ven y lo verás tu mismo" dijo el lobo " pero cuando llegues delante del árbol asegúrate de decir estas palabras: Hasta el día de hoy nunca me había encontrado con algo tan raro como un árbol hablante. Si no las dices, morirás."

El lobo y el antílope se acercaron hasta el árbol que hablaba. El antílope dijo: "Has dicho la verdad lobo, hasta el día de hoy nunca me había encontrado con algo tan raro como un árbol hablante."

Tan pronto como dijo esto alguna cosa le golpeó y le dejó inconsciente. El lobo cargó con él a su espalda y se lo llevo a casa para

comérselo. "Este árbol que habla solucionará todos mis problemas", pensó el lobo. "Si soy inteligente nunca más volveré a pasar hambre."

Al día siguiente el lobo estaba paseando como de costumbre. Al cabo de un rato se encontró con una tortuga. Le contó la misma historia que le había contado al antílope, y la llevó hasta el lugar. La tortuga se sorprendió cuando vio al árbol hablante. "No creía que esto fuera posible", dijo, "hasta el día de hoy nunca me había encontrado con algo tan raro como un árbol hablante". Inmediatamente fue golpeada por algo que no pudo ver y cayó inconsciente. El lobo la arrastró hasta su casa y la puso en una olla. Pensó en hacer una estupenda sopa.

El lobo estaba orgulloso de sí mismo. Después del antílope y la tortuga cazó un ave, un jabalí, y un ciervo. Nunca antes había comido mejor. Siempre usaba la misma estrategia. Contaba a sus presas que debían decir que nunca antes habían visto a un árbol hablar y que si no lo decían morirían. Todos ellos hicieron lo que el lobo les dijo y todos ellos quedaron inconscientes. Luego el lobo cargaba con ellos hasta su casa. Era un plan perfecto, él lo creía simple e infalible, y agradecía a las estrellas el hecho de haber encontrado a ese árbol. Esperaba comer como un rey durante el resto de su vida.

Un día, que se sentía con algo de hambre, el lobo fue a pasear de nuevo. Esta vez se encontró con una liebre. El lobo le dijo: "Hermana liebre, he visto algo que tú no has visto desde el tiempo de tus antepasados" "Hermano mayor, ¿Qué puede ser?" Preguntó la liebre.

"He visto a un árbol que habla en la selva" dijo el lobo. Contó la misma historia de siempre a la liebre y se ofreció para llevarla a ver ese árbol hablante. Fueron juntos hasta el lugar. Cuando se acercaban al árbol el lobo le dijo, "no olvides lo que te he contado".

"¿Qué me contaste?" preguntó la liebre.

"Lo que debes decir cuando llegues junto al árbol, o si no , morirás" dijo el lobo.

"¡Oh!, Sí" dijo la liebre. Y empezó a hablar con el árbol. "¡Oh!, Árbol, ¡Oh!, árbol" dijo, " Eres un árbol precioso"

"No, esto no" dijo el lobo.

"Perdona," dijo la liebre. Entonces habló de nuevo. " Árbol, ¡Oh!, Árbol nunca pensé que pudiera ser tan maravilloso".

"¡No, no! " Dijo el lobo, "no un árbol precioso, un árbol hablante. Te dije que tenías que decir que nunca habías visto antes a un árbol hablante." Tan pronto como hubo dicho estas palabras, el lobo cayó inconsciente. La liebre se fue andando y mirando hacia el árbol y el lobo. Luego sonrió, "Entonces, este era el plan de Sr. Lobo" dijo. "Se pensaba que este lugar era un comedero y yo su comida."

La liebre se marchó y contó a todos los animales de la selva el secreto del árbol que hablaba. El plan del lobo fue descubierto, y el árbol, sin herir a nadie, continuó hablando solo.

El chico y el cocodrilo

Un chico preguntó a sus padres: "¿Madre y padre, puedo ir a la selva a buscar leña?" Sus padres le dieron permiso y el chico cogió un hacha y un canasto para llevar en su cabeza. Se adentró en la selva, y hacia el mediodía había recogido un montón de leña. La puso en el canasto y fue a por una cuerda para atarla bien.

Subió una gran colina y vio un lago a poca distancia. El chico pensó: "Tengo sed, iré a beber antes de coger la cuerda". Pero mientras estaba bebiendo se encontró cara a cara con un cocodrilo. Empezó a correr pero el cocodrilo lo llamó:

—Niño, ayúdame, por favor. Hace tres días que estoy aquí sin comida. Si te vas, seguramente moriré.

El cocodrilo se llamaba Bambo. Pensó que ese chico podría ser bueno para comer y le dijo:

—Mi problema es similar a éste. ¿Sabes que el viento arrastra hojas secas por el suelo y las mete en un agujero? Y este mismo viento que las ha arrastrado hasta allí no podrá sacarlas de nuevo. Y las hojas tampoco podrán nunca salir por sí mismas. Pues lo mismo me pasa a mí. Vine a este lago desde el río, pero ahora el río se ha secado y no puedo regresar.

Chico, debes ayudarme a regresar, sino seguro que moriré.

El muchacho empezó a llorar, estaba preocupado por el cocodrilo y no quería que muriese.

– No hay por qué llorar, chico – dijo Bambo – no voy a comerte.

– ¿Cómo voy a poder transportarte? Tu eres más grande que yo, y más fuerte que yo , y más largo que yo." – preguntó el pequeño – Esto no es ningún problema : Coge tu hacha y corta dos largos palos – respondió Bambo.

El chico siguió las instrucciones del cocodrilo. Cortó los palos y puso uno de ellos en el suelo, luego puso al cocodrilo encima . Luego puso el otro palo sobre la espalda del cocodrilo. Más tarde ató al cocodrilo desde la cabeza hasta la cola. Lo alzó un poco y lo arrastró hasta el río. Mientras, lloraba y cantaba:

Oh, tengo miedo al cocodrilo,

tengo miedo al cocodrilo.

Tengo miedo porque me comerá.

Bambo le dijo: "No voy a comerte. Si lo hiciera significaría que habría recompensado tu buena acción con malicia." Pero el chico continuó cantando su canción.

Cuando finalmente llegaron al río, el muchacho quiso poner al cocodrilo de espaldas, pero Bambo dijo:

– Si me dejas aquí de este modo no habrás mantenido tu promesa. Me has traído a través de toda la colina desde donde he estado sin comida durante tres días. Fuiste tu chico quien me salvó. Después de hacer tan buena acción, por favor, no me dejes así tan cerca del río.

Por lo tanto, el chico introdujo al cocodrilo en el río, hasta que el agua le cubrió la cintura.

— Un poco más, un poco más — imploró Bambo.

— El agua me llega hasta la cintura — contestó el chico —. Además, no sé nadar. Si realmente deseas que la recompensa no se torne en malicia, deja que te suelte aquí mismo.

— Por favor, muchacho, sólo un poco más lejos.

El chico continuó unos cuantos pasos más, hasta que el agua le llegó al cuello.

— Déjame soltarte aquí — rogó el muchacho.

— De acuerdo — contestó Bambo.

Lo soltó y luego desató las cuerdas desde la cabeza hasta la cola. Inmediatamente el cocodrilo se dio la vuelta y apresó con sus enormes garras al chico. Tres días de ayuno en el lago seco habían despertado un gran apetito en Bambo.

— ¿Cómo puedes hacer algo así? — gritó enfurecido y sollozando el chico — Ya has olvidado tu promesa.

— Bien. Debiste pensar que esa promesa no iba muy en serio. Después de todo, estaba atrapado en el lago, pero ahora, si te dejo escapar no tendré comida. Es un poco desafortunado para ti, pero debes comprender mi situación — expuso Bambo.

— Sabía que me comerías — replicó el chico —. Por esto he estado llorando todo el rato. Sabía que recompensarías mi buena acción con malicia."

– Pero debo comerte – dijo Bambo – porque estoy hambriento. Y si te dejo escapar, nunca más encontraré una presa mejor.

Había un árbol en la orilla del río. El chico dijo al cocodrilo:

– Antes de comerme, podríamos exponer nuestro caso ante este árbol. Vamos a ver qué dice.

Al cocodrilo le pareció bien y los dos expusieron sus historias al árbol. Cuando terminaron, el árbol sacudió sus ramas y habló:

– Cocodrilo.

– ¡Sí! – exclamó Bambo.

– Creo que esta vez tienes razón. Nosotros los árboles sabemos lo ingratos que pueden ser los humanos. Vienen y se sientan bajo nuestra sombra, y los protegemos del sol abrasador. Nosotros les proporcionamos medicamentos y les ayudamos a que llueva mucho para el bien de sus tierras. Pero tan pronto como somos grandes y fuertes, vienen y nos cortan para sus egoístas propósitos. Son locos y desagradecidos. Cocodrilo, coge entonces tu presa – sentenció solemne el árbol.

Bambo quedó encantado con lo que el árbol había dicho.

– Ya lo has oído – dijo – es cierto que puedo comerte. Todo el mundo sabe lo ingratos que sois los humanos.

El chico empezó a cantar esta canción:

Oh, tengo miedo al cocodrilo,

tengo miedo al cocodrilo.

Tengo miedo porque me comerá.

Justo en ese momento, una vaca venía de beber del río. El chico le dijo al cocodrilo:

–Podríamos exponer nuestro caso a esta vaca también. Estoy seguro de que ella no estaría de acuerdo con el árbol. Deja que veamos lo que ella nos tiene que decir.

Bambo estuvo de acuerdo y llamaron a la vaca, que ya había terminado de beber. Cuando ambos terminaron de contar su historia la vaca levantó la cabeza y dijo:

–Cocodrilo.

–¿Si? – preguntó Bambo.

–Puedes comértelo. Los humanos son las criaturas más ingratas que existen. Mientras era joven y los humanos podían beber mi leche, me daban comida y agua, pero ahora que soy vieja y mi leche se ha secado me han abandonado y no me dan ni siquiera agua para beber. Tú mismo has podido ver el largo camino que he recorrido sólo para beber. Por lo tanto, cocodrilo, creo que tienes razón. Puedes comerte a tu presa – sentenció la vaca.

El chico empezó a cantar su canción de nuevo.

Oh, tengo miedo al cocodrilo,

tengo miedo al cocodrilo.

Tengo miedo porque me comerá.

El chico cantaba y el cocodrilo se disponía a comérselo cuando un asno se acercó al río para beber.

— Espera — reclamó el chico—. Deja que contemos nuestras historias al asno.

— ¡Chico! — gritó enfurecido Bambo — No importa lo que él diga, te voy a comer de todos modos.

— Aun así deja que escuchemos lo que él tiene que decir — rogó el joven.

El asno bebió hasta que tuvo lleno el estómago, y entonces ambos le contaron sus historias. Después de escuchar atentamente dijo:

— ¡Cocodrilo!

— ¿Sí? — replicó Bambo.

— Cuando yo era joven los humanos ponían sobre mí todo tipo de cargas, pero ahora soy viejo y casi no puedo cargar ni conmigo mismo, por esta razón me han abandonado. Dejaron de darme hierba para comer y me negaron incluso el agua para beber. Los humanos son los seres más ingratos de este mundo. Puedes comértelo — sentenció el asno.

— ¡Ah! — exclamó Bambo — .No pienso dejarte libre, no hay nada que te pueda salvar.

Pero antes de que pudiera comérselo, un conejo pasó corriendo hacia el río.

— Contemos también nuestra historia al conejo — suplicó de nuevo el muchacho.

— ¡Chico! Tengo hambre y empiezo a estar aburrido de este juego — exclamó el cocodrilo.

— ¡Oh! ¡Por favor! Sólo una vez más — insistió el chico.

— De acuerdo, pero el conejo va a ser el último al que vamos a consultar. Cuando el conejo hubo bebido hasta tener lleno su estómago, les miró y les preguntó qué ocurría. El cocodrilo le contó lo que venía al caso. El chico empezó a contar sus razones, pero el conejo de repente le interrumpió.

— ¡Cállate! He oído a hablar de ti. Todo el mundo aquí sabe lo testarudo que eres. Que hable primero el cocodrilo.

En medio de las explicaciones se giró hacia el cocodrilo y le dijo:

— Perdona. Mis orejas son muy grandes pero no oigo muy bien. ¿Podrías acercarte a mí un poco más?

El cocodrilo y el chico se acercaron al conejo. El nivel del agua bajó hasta el pecho del muchacho. El cocodrilo volvió a contar su historia y cuando terminó, el conejo dijo:

— Cocodrilo, aún no puedo oírte. Por favor acércate hasta la orilla. No te preocupes, es seguro. No veo ninguna posibilidad de que este chico pueda escapar de ti: El cocodrilo.

El chico y el cocodrilo así lo hicieron.

— Ahora — dijo el conejo — podríais contarme una vez más vuestras historias. El cocodrilo explicó su versión y después dejó que el muchacho contara la suya. Cuando terminaron el conejo dijo.

— Chico, eres un mentiroso. Eres tan pequeño y el cocodrilo tan grande que no hay ninguna posibilidad de que puedas cargar con el cocodrilo desde la colina hasta aquí. Si esto es posible, déjame ver cómo lo haces.

El cocodrilo desconfiaba, pero el conejo le calmó:

– Acercaos y salid del agua, te prometo que pronto vas a comértelo.

El chico cogió dos largos palos, puso al cocodrilo encima de uno de ellos y el otro sobre su lomo. Después lo ató desde la cabeza hasta la cola. ¡El cocodrilo estaba atrapado! No podía moverse. Entonces el conejo preguntó al muchacho:

– ¿Le gusta la carne de cocodrilo a tu gente?

– Es la única carne que les gusta.

– Bien, entonces aquí tienes tu presa – dijo el conejo.

El chico cargó con el cocodrilo y lo llevó hasta su casa. Mientras tanto el cocodrilo cantaba:

Oh, tengo miedo al chico

tengo miedo al chico.

Tengo miedo porque me comerá.

Cuando su gente le vio llegar con el cocodrilo atado entre dos palos, empezaron a gritar:

– ¡Mirad! ¡Nuestro muchacho se fue a por leña y trae un cocodrilo!

– Esto no es todo – dijo el chico – también hay un conejo entre

los matorrales. Tenemos que ir a cazarlo.

Todos los niños siguieron al chico y llevaron a sus perros. El conejo al oír tanto ruido se dijo: "Debo marcharme de este lugar y ocultarme, los humanos son los seres más ingratos que existen."

Los niños le buscaron por todas partes pero no lo pudieron encontrar. Cuando finalmente desistieron y estaban volviendo a casa, el conejo llamó al muchacho y le dijo:

—Lo que dijeron el árbol, la vaca y el asno sobre los seres humanos es totalmente cierto. Fui yo, el conejo, quien te salvó la vida, y ahora tú quieres comerme del mismo modo como el cocodrilo quería comerte . No quiero saber nada de ti.

Se dice que por esta razón los conejos corren tan rápido cuando ven a un ser humano. Antes de que esto sucediera, si alguien se perdía en la selva, un conejo siempre salía para indicarle el camino de regreso.

Sona Mariana

¿Cuál era su nombre?

Sona Mariama.

¿Cuántos años tenía?

Dieciséis.

¿Qué le pasó?

Ésta es su historia:

Había una vez un hombre que tenía una preciosa hija. Él, se dijo a sí mismo un día: "Mi hija es tan bonita, que no dejaré que se case con ningún hombre. Yo mismo me casaré con ella." Su mujer se entristeció cuando él le contó su decisión pero simplemente dijo: — De acuerdo. Cuando la hija se hizo mayor, el padre anunció que se casaría con ella. Llamó a su hija para hablar con él y le dijo que sería su esposa. La muchacha contestó: — Tu no me tomarás como esposa. Si no encuentras un buen marido para mí, iré a la selva y me encontraré con el elefante salvaje y dejaré que me mate. Pero el padre insistió que quería casarse con ella. Dijo también que la boda sería al día siguiente. La madre entonces avisó a la hija: — Lo que debes hacer es esto: Mañana por la mañana, ven a verme temprano y pídemme la calabaza

para transportar el agua. Asegúrate de que tu padre esté conmigo. Di en su presencia: "Madre, voy al pozo a buscar un poco de agua." Cuando llegues al pozo dejas la calabaza allí y luego corre lejos. La hija estuvo de acuerdo y su plan trazado. Al día siguiente el padre mató una vaca. Luego se preparó para la boda. Mientras se estaba preparando llegó la hija y preguntó por la calabaza. — Debo sacar agua del pozo — dijo — para prepararme para la boda. Cogió la calabaza y la dejó al lado del pozo. Luego corrió rápidamente hacia la selva. Después de correr un rato se encontró a un búfalo. Él la miró con atención y le dijo: — Chica, eres realmente preciosa. Sona Mariama sonrió pero no dijo nada — ¿Dónde vas? — le preguntó el búfalo. — Voy a ver al elefante salvaje para dejar que me mate — dijo. Entonces empezó a cantar tristemente:

 Mi padre dijo que yo, Sona Mariama, sería su esposa.

 Mi madre dijo que yo, Sona Mariama, sería su co — esposa.

 Mis hermanos dijeron que yo, Sona Mariama, sería su madre.

 Mis niños dirán que yo seré su abuela.

El búfalo dijo: — Yo jamás he visto nada semejante, Sona Mariama. Tampoco nunca he oído nada semejante, Sona Mariama. Niña, has hecho bien en correr lejos. La chica continuó su camino. Más lejos encontró a un león. El león quedó sorprendido de ver a una chica tan bonita. Y dijo: — Eres una muchacha muy bonita ¿Dónde vas? — Voy a ver al elefante salvaje para que me mate — dijo.

 Mi padre dijo que yo, Sona Mariama, sería su esposa.

 Mi madre dijo que yo, Sona Mariama, sería su co — esposa.

 Mis hermanos dijeron que yo, Sona Mariama, sería su madre.

 Mis niños dirán que yo seré su abuela.

El león contestó al igual que lo hizo el búfalo: — Yo jamás he visto nada semejante, Sona Mariama. Tampoco nunca he oído nada semejante, Sona Mariama. Niña, has hecho bien en correr lejos. Como antes, la chica continuó su viaje, hasta que se encontró a un conejo. El conejo quedó perplejo por su belleza y le preguntó a dónde iba. Sona Mariama le contó su historia, y le dijo que estaba buscando al elefante salvaje para que la matara. — Soy el mensajero del elefante salvaje — dijo el conejo. — Déjame que te lleve hasta él. Sona Mariama siguió al conejo hasta la parte más densa de la selva. Intentó recordar el camino por el cual había llegado hasta allí pero no pudo. "No importa" pensó. "Da igual que esté perdida. Pronto me encontraré cara a cara con el elefante salvaje y éste será mi final". El conejo iba delante y Sona Mariama le seguía hasta que llegaron a una densa arboleda. — Aquí es donde vive el elefante salvaje — dijo el conejo —

¿Quieres entrar a verle o prefieres correr lejos? . — Debo verle inmediatamente — dijo Sona Mariama que entró en el círculo de árboles. Dentro, estaba oscuro, pero pudo oír como la tierra retumbaba cuando el elefante se levantaba de su sueño y se acercaba a ella. — ¿Quién ha osado entrar en mi refugio? — murmuró el elefante. — He sido yo, Sona Mariama — dijo la chica. El elefante salvaje se paró en cuanto la vio. Era realmente preciosa. — Siéntate — dijo—. Ahora cuéntame por qué has venido a estorbar mi sueño. — He venido para morir — respondió ella.

Mi padre dijo que yo, Sona Mariama, sería su esposa.

Mi madre dijo que yo, Sona Mariama, sería su co — esposa.

Mis hermanos dijeron que yo, Sona Mariama, sería su madre.

Mis niños dirán que yo seré su abuela.

El elefante salvaje dijo: — Yo jamás he visto nada semejante, Sona

Mariama. Tampoco nunca he oído nada semejante, Sona Mariama. Pero todavía no puedo matarte. Dile al conejo que te lleve hasta el campamento del rey y deja que él decida. Ella estuvo de acuerdo en ir con el conejo.

Cuando llegaron, encontraron al rey y a todos sus consejeros sentados. Todos quedaron sorprendidos de la belleza de la muchacha. — ¡Que bonita eres! ¿Cómo te llamas?— Le preguntaron. — Sona Mariama — contestó. — ¿Por qué has sido traída aquí? Les contó el plan de su padre, y cómo, con la ayuda de su madre había escapado hasta la selva. Les contó que se había encontrado al búfalo y al león. También, cómo el conejo la había conducido hasta el elefante salvaje y de que éste se había entristecido por ella y había dejado el caso en manos del rey. El rey quedó sorprendido por su historia. Inmediatamente llamó a un mensajero para que trajera al padre con ellos. Cuando fue traído ante la corte, el padre se arrojó a su merced. Estaba profundamente arrepentido de su comportamiento. El rey no le castigó, pero fue enviado a casa en desgracia. Luego, el rey dijo a sus consejeros: — Traed el Tambor Real. Empezaron a tocar el tambor. Cantaban:

El Tambor Real suena

por Sona Mariama,

por Sona Mariama.

Sona Mariama.

Cuando la gente oyó el tambor, se acercaron al campamento del rey. Había fiesta y bailaban. Todo el mundo estaba contento en esos

momentos. El sonido del tambor real por una mujer significaba que el rey quería casarse con ella. Y ese tambor continua sonando en este día. Sona Mariama se casó con el rey.

Los gemelos con una sola cabeza

Una vez había unos gemelos que solo tenían una cabeza para los dos. Sus nombres eran Sainey y Sana. A pesar de tener una sola cabeza no estaban de acuerdo. Sana era fuerte pero obstinado. Sainey era débil pero agudo. Un día Sana le dijo a su hermano: "Quiero ir a la guerra." Sainey sabía que su hermano era tozudo y no quiso escucharle. Por lo tanto le dijo: "Deja que primero lo consultemos con nuestros padres y nos den su opinión. Sana les contó su plan. Su madre dijo: "No debéis ir." Su padre dijo: "No debéis ir." Pero Sana estaba decidido a ir. Y Sainey fue forzado a ir.

A pesar de sus esfuerzos no pudo salvar a su hermano: Sana murió en el campo de batalla. Y con dolor Sainey cantaba:

Sana, tu madre te lo dijo

Pero no quisiste escuchar

Tu padre te lo dijo

Pero no quisiste escuchar

Ahora el muerto y el vivo

deben ir en una sola tumba

Oh gente del pueblo.

Esto es extraño.

Cogió el cuerpo de su hermano desde el campo de batalla hasta el camino. Débil, Sainey tuvo que arrastrar el cuerpo. Y de este modo lo llevó hasta su casa. Los padres se acercaron a ellos. Cuando vieron lo que había ocurrido, su madre lloró, su padre lloró. La gente del pueblo fue a consolarles. Y Sainey cantó su canción:

Sana, tu madre te lo dijo

Pero no quisiste escuchar

Tu padre te lo dijo

Pero no quisiste escuchar

Ahora el muerto y el vivo

deben ir en una sola tumba

Oh gente del pueblo.

Esto es extraño.

La gente del pueblo cargó con ellos hasta su campamento. Donde fueron enterrados en una sola tumba.

La madrastra y la niña

Había una vez un hombre que tenía dos esposas. Una de las esposas tenía una hija que se llamaba Saly mientras que la otra esposa tenía dos hijos que se llamaban Tambaasi y Jaali. Cuando murió la primera esposa, el hombre dio a Saly a la otra mujer para que la criara. Pero a la mujer no le gustaba la pequeña niña. No le permitió dormir en la misma habitación que ella. Por esta razón Saly tenía que dormir en la cocina con las ovejas. Encomendaba a la niña las tareas más peligrosas. Cualquier cosa que fuera difícil le pedía a Saly que la hiciera y la niña no tenía oportunidad para protestar. "Soy tu madrastra y debes hacer lo que yo te diga."

Un día, la madrastra fue al bosque a recoger leña. Recogió un montón tan grande que si te sentaras encima de él tus pies no tocarían al suelo. Era tan grande que no podía alzarlo hasta su cabeza. Ató la leña con una cuerda y se dijo a sí misma, "¿Quién va ayudarme a levantar este fajo de leña para que pueda llevarlo sobre la cabeza?" Una mujer vieja pasó andando y le dijo, "Estoy a tu servicio. Si me pagas, cargo este fajo y lo pongo sobre tu cabeza."

La madrastra se sorprendió porque no había dicho nada en voz alta.

¿Cómo podía saber la vieja lo que ella estaba pensando?

—De acuerdo,— le contestó—, pónmelo encima y luego te pagaré.

— ¿Pero, con qué me vas a pagar? — preguntó la vieja.

— Te voy a pagar con un cordero. — dijo la madrastra.

— No lo quiero. — respondió la vieja.

La madrastra pensó y después dijo:

— Tengo un toro en casa que te podría regalar."

— Tampoco lo quiero. — volvió a rehusar vieja — . Sólo quiero una cosa.

— ¿Y qué es? preguntó la madrastra intrigada.

— Debes pagarme con una persona.

— ¿Una persona?

— Sí.

Cuando la vieja dijo esto, la madrastra pensó que estaba hablando con una bruja. Pero de todos modos pensó que le quedaba Saly.

— Mm....Tengo a una niña pequeña en casa. A lo mejor puedo pagarte con ella.

— La quiero. ¿A qué hora puedo pasar a recogerla? — respondió rápido la vieja — Si quieres, puedes pasar a recogerla cuando todos estén durmiendo.

— De acuerdo . ¿Y cómo se llama? — dijo la bruja.

— Se llama Saly — añadió la madrastra.

— Bien. Vendré por la noche a buscarla.

Aquella noche, después de que todos se hubieran acostado, la bruja bajó de la colina. Al acercarse al poblado empezó a cantar esta canción:

Saly, triste Saly.

Por la leña has de pagar.

Saly, triste Saly,

La bruja se te viene a llevar.

Saly, triste Saly,

Eres mi paga por la leña.

Cuando la madrastra oyó la canción de la bruja fue hacia la cocina y despertó a Saly.

—No vas a dormir nunca más en esta casa. Debes irte a dormir con la bruja.

Saly empezó a llorar, pero su madrastra la amenazó:

—Soy tu madrastra y debes hacer lo que yo te diga.

Entonces abrió la puerta y arrojó a la niña en los brazos de la bruja. Tambaasi, el hermano de Saly se había despertado con el ruido y dijo a su hermano Jaali:

—Está pasando alguna cosa. Me ha despertado un extraño ruido. Vamos a ver qué pasa.

Fueron a la cocina y la encontraron vacía. Tambaasi habló:

—Es lo que yo me pensaba. Se han llevado a nuestra hermana Saly. Esta noche cuando estaba durmiendo me he dado cuenta de lo que pasaba. Tenemos que encontrarla.

Se vistieron, cogieron sus armas de caza y se adentraron en los bosques. Después de recorrer cierta distancia oyeron a alguien cantar:

Saly, triste Saly,

Por leña has de pagar .

Saly, triste Saly,

La bruja se te viene a llevar .

Saly triste Saly

Eres mi paga por la leña.

"¿Has oído esto?" Preguntó Tambaasi. Fueron en dirección al sonido de la canción. Al acercarse, vieron a la bruja al lado de una hoguera, la estaba colocando con un palo para que la llama prendiera. Su hermana estaba atada a un gran paquete que había en el suelo. Con cuidado, apuntaron con sus escopetas y dispararon a la bruja. Después, desataron a su hermana. Cerca de allí había un arroyo y la lavaron. Los tres volvieron a casa juntos y por el camino Saly les contó su historia. Al llegar al poblado los dos hermanos le dijeron a Saly que esperara a fuera. Entraron y preguntaron a su madre:

— ¿Dónde está nuestra hermana?

— Se ha ido — contestó ella.

— ¿Dónde ha ido?

— Le dije que fuera a hacer un recado y aún no ha regresado — mintió la mujer.

— Esto no es verdad porque está detrás de esta puerta.

Abrieron la puerta y Saly estaba allí. Luego Tambaasi fue hacia su padre y le dijo:

— Dejaste a tu hija con su madrastra para que la educara y ella la ha tratado como a una esclava. Incluso la ha regalado a una bruja como paga.

— ¿Seguro que esto que me dices es cierto?, preguntó el padre.

La madrastra tuvo que admitir que era verdad. Se avergonzó y humilló profundamente. Con estas palabras se despidió de su marido: "Te he fallado al no cuidar de tu hija como lo haría una madre. He traído la desgracia a tu familia. Debo pues dejar este poblado e irme a vivir por mi cuenta en otro lugar."

La madrastra se marchó pronto, y Saly desde entonces vivió feliz con su padre y sus hermanos.

Las aventuras de Sowe

La madre de Sowe murió cuando él era sólo un niño. Su padre se casó entonces con una mujer llamada Kumba. Con Kumba, el padre de Sowe tuvo tres hijos. Desde que su padre se casó con Kumba, Sowe empezó a tener problemas con ella porque Kumba quería que Dembo, su hijo mayor, heredara las propiedades de su padre. Ella entonces se prometió a sí misma deshacerse de Sowe.

El primer plan de Kumba para deshacerse de Sowe consistía en colocar veneno en su comida y ponerla en la cabaña de Sowe. Cuando éste llegó de la selva, llamó a sus dos hermanos más pequeños, los hijos de Kumba, su madrastra, para sentarse y esperar en su cabaña mientras él iba a buscar un poco de agua al pozo. Desdichadamente, los dos chicos tenían prisa por probar la deliciosa comida que había en la cabaña. Se apresuraron a comer un bocado cada uno, antes de que Sowe volviera del pozo.

Cuando regresó, encontró a los dos chicos echados en el suelo muertos, y empezó a correr gritando:

— ¡Ayuda! ¡Socorro!

Los mayores, que estaban sentados, se precipitaron dentro de la cabaña de Sowe, pero se encontraron con Kumba que dijo:

— Ha sido la comida que di a Sowe. Nunca pensé que podía ser mala. ¡Oh!

¡Dios mío, ayúdame!

Y así fue cómo los dos chicos que ella amaba murieron.

Sowe continuó con su rutina diaria de llevar el ganado a pastar lejos, para volver siempre tarde por la noche.

Pero su madrastra, aún estaba en su contra, y continuaba planeando para hacerle daño. En estos momentos, ella fue a ver a un chamán, que sabía preparar unas pócimas hechas de hojas secas mezcladas con raíces. Éste le dijo que tenía que poner el preparado en el suelo, exactamente donde Sowe pasaba cada día al llegar a casa. Le prometió a Kumba que el muchacho no viviría para ver la luz del siguiente día .

Cuando Sowe llegó con el ganado ese día, el gran y viejo toro llamado Bunkari, le informó con una voz muy grave de que ese día no debía entrar en el poblado por la puerta trasera como hacia todos los días. Sowe llegó después de dejar al ganado detrás de la plantación de mandioca, y corrió hacia el enorme poblado, dando la vuelta para entrar por la puerta principal. Saludó a los ancianos que estaban sentados alrededor del fuego y caminó hacia su cabaña. Cuando Kumba le vio, corrió hacia la puerta trasera con una escoba y limpió las poderosas hojas secas que había esparcido en aquel lugar, la trampa para Sowe, que había escapado por segunda vez con la ayuda de Bunkari, el gran toro. Ella estaba dudosa y se preguntaba qué clase de espíritu había hablado con Sowe para ayudarlo a escapar de esa trampa. La mujer se había prometido que Dembo, su hijo mayor, sería el único heredero del ganado, las ovejas, las cabras y los caballos cuando muriera su marido, porque Dembo era el único hijo que le quedaba. Un día Kumba le dijo a Dembo:

—Nosotros, nunca vamos a compartir nada con el chico que se quedó sin madre cuando era pequeño, al cual yo había cuidado e incluso amamantado contigo, mi verdadero hijo."

Entonces, ella ideó el último plan. Dembo tenía la misma edad que Sowe y eran más o menos de la misma estatura. Kumba les propuso a los dos que se quedaran esa noche en su cabaña porque ella debía asistir en Bantaba a una boda. Su intención era que cuando los chicos durmieran, ella iría a la cabaña donde se encontrasen y sacaría a Dembo para llevarlo a otra cabaña y dejar a Sowe solo. Luego incendiaría la cabaña y éste sería el final para Sowe.

Sowe se encontraba en su viaje diario hacia la selva y el camino era seco y polvoriento. Por la noche, cuando volvía a casa, todo el rebaño parecía enfadado, como si todas las reses supieran lo que iba a suceder cuando llegasen.

Bunkari, el viejo toro, demostró su poder espiritual por última vez: Se quedó más lejos, detrás de los otros, caminando muy lentamente, moviendo su enorme cabeza de izquierda a derecha, y parando de vez en cuando para levantar el polvo rojo con sus patas delanteras, haciendo caer la arena en su espalda. Cuando el viejo Bunkari hace estos gestos se sabe que quiere dar un mensaje a Sowe o al resto del rebaño. Por ejemplo, cuando una res es vendida, antes de que se la lleven, el viejo Bunkari lo sabe. Entonces, llora y murmura durante la noche anterior a que la vaca sea mandada con el carnicero.

Ahora, el viejo Bunkari sabe que hay un plan en la casa de sus amos en el pueblo. Sabe que consiste en que los chicos quedarán dormidos en una cabaña, y entonces Kumba sacará a su hijo Dembo antes de incendiarla. Bunkari sabe que sólo existe una forma de salvar a su amo, Sowe, y es diciéndole lo que su madrastra ha planeado para él para que así pueda encontrar una vía para escapar del peligroso plan. El espíritu del viejo Buncari le ha informado de que pueden pasar dos cosas distintas. Una de ellas es callarse para salvar su propia vida, y la segunda es revelar el plan para salvar a Sowe. Pero entonces, el viejo Bunkari no verá el sol el día siguiente, porque morirá después de que el

fuego haya destruido toda la cabaña.

Bunkari se encontraba detrás del rebaño y de vez en cuando se paraba y gemía, luego miraba detrás de él. Sowe se acercó silenciosamente a él y le puso la mano en el cuello dándole un ligero masaje, y le llamaba con nombres como "el héroe de la luz de la luna", "el padre de la selva lluviosa", "el amo de las nubes oscuras de la noche". Él estaba muy contento y lo expresaba levantando sus patas delanteras del suelo y gimiendo. Entonces, lloró estridentemente y luego lo hizo más suavemente, cada sollozo significaba muchas palabras que sólo Sowe era capaz de entender. Le dijo al chico que Kumba, la madrastra había construido el último y más malvado de los planes para acabar con su vida. Le explicó entonces qué había planeado Kumba exactamente.

Cuando Sowe llegó al pueblo después de la puesta de sol, dejó al ganado y puso al viejo Bunkari debajo de un enorme mango, vallado con tallos de maíz y se dirigió hacia la plazuela, al lado del fuego, para encontrarse con los ancianos que siempre se encontraban allí reunidos. Más tarde cenó con Dembo y volvió al lado del fuego para escuchar las historias que contaban los viejos.

Kumba llegó a la reunión justo antes de medianoche, y les preguntó a Sowe y a Dembo si querían ir a su cabaña a dormir, porque ella debía ir a Bantaba para asistir a una boda. Los muchachos estrecharon las manos a los ancianos y les agradecieron por las historias que les habían contado. Entonces se alejaron con Kumba.

Cuando llegaron a su cabaña, Kumba les advirtió de que no jugaran con nada que encontraran porque podían romper alguna de sus cosas, y les dijo que se fueran directamente a la cama.

—Sowe debe levantarse temprano mañana por la mañana para sacar al ganado a pastar —añadió y se marchó.

Como Sowe aún tenía muy presente el consejo de Bunkari, le pidió a Dembo antes de dormirse que se cambiaran las ropas.

—Dembo, ya verás que divertido será mañana por la mañana cuando Kumba te vea con mi ropa —dijo Sowe.

Dembo estuvo de acuerdo y los chicos se cambiaron la ropa antes de acostarse. Kumba encontró a los dos chicos durmiendo cuando llegó, pero ella confundió a Sowe con su hijo. Llevó a Sowe a otra cabaña antes de regresar a la suya para incendiarla con su verdadero hijo dentro. Volvió por el camino trasero para que nadie la viera. Antes de que pudiera llegar al centro del pueblo, las llamas eran ya tan grandes que se veían las sombras desde las cabañas cercanas. Los habitantes al ver el incendio, salieron de sus cabañas gritando, "¡Safari! ¡Dimba! ¡Yeeteh!" Todo el pueblo se precipitó hacia la cabaña de Kumba. Las mujeres echaban agua mientras los hombres usaban trapos para apagar el fuego. A pesar de todos los esfuerzos, el viento soplaba a favor del fuego. Un hora después la cabaña estaba completamente quemada, no había nada excepto los huesos y las cenizas de Dembo. Uno de los hombres llamó a los otros y se pusieron de acuerdo para descubrir las causas del accidente. Llamaron a Kumba ,que en esos momentos no paraba de gritar:

— ¡Allah `u´ akbar!, mis hijos estaban dentro durmiendo. Uno de los ancianos le dijo que estuviese atenta y que escuchara a su pregunta. Le dijo que diera los nombres de los que dormían en la cabaña.

—Los dos muchachos, Dembo, mi hijo, y Sowe, el hijo de la primera esposa de mi marido —dijo—. En Bantaba vi las llamas que salían de mi cabaña y corrí hacia aquí con otras mujeres.

Su historia era corta, mezclada y con puntos sin explicar. Lloraba lagrimas de cocodrilo mientras sus ojos estaban tan blancos como un grano de arroz. (En su corazón pensaba que era Sowe el muchacho que

encontraron entre las cenizas.). Uno de los ancianos sugirió que mirases en otras cabañas porque sólo se encontró un cuerpo en la cabaña accidentada. Durante la búsqueda, encontraron a Sowe durmiendo en la cabaña donde fue llevado por su madrastra antes de que ella incendiara la otra cabaña. Sowe fue llevado allí con las ropas de Dembo puestas. Todo el mundo estaba confundido. Le preguntaron que explicase lo que había sucedido.

—Yo estaba durmiendo con Dembo en la cabaña. Yo no sé cómo pude escapar, ni por qué llevo puestas sus ropas — dijo deliberadamente mal.

Se oía un fuerte ruido de la multitud. Todos pensaban que un gran espíritu había venido para salvar a Sowe y que Kumba debía pagar por sus malvados actos. Dijeron a otras mujeres que estaban en un grupo separado, chismorreando, que debían aprender de los errores de Kumba. Kumba se sentía tan disgustada que corrió hacia el pozo y saltó. Se rompió el cuello y murió. A la mañana siguiente, cuando Sowe sacó el ganado, encontró muerto al viejo Bunkari debajo del árbol de mango. Llamó a su padre y ambos cavaron una tumba profunda con una lápida y enterraron al viejo toro.

El señor Wolo y el señor Kuta

Esta es la historia del señor Wolo y el señor Kuta. El señor Wolo es un ave y el señor Kuta es una tortuga. El señor Wolo tenía hambre.

¡Papapapapaap! ¡Tenía mucha hambre! ¡El señor Wolo siempre tenía hambre! Acostumbraba a coger algunas semillas de los campos. Pero ese año había pocas semillas. Las lluvias habían llegado tarde y se fueron pronto. Los granjeros estaban preocupados porque no podían llenar sus graneros. Lo hicieron todo para proteger sus cosechas. Uno de los granjeros se había construido una pequeña cabaña en su campo. Se sentaba allí todo el día para mirar su campo. Estaba muy preocupado.

Cada tarde inspeccionaba su campo. Cada tarde algunas semillas se perdían.

—Debe de ser ese ave — se decía—. Durante todo el día lo veo sentado en el árbol. Estoy seguro que ese ave se come mis semillas. ¡Pero espera ave! Te cogeré.

En efecto, este ave era el señor Wolo. Miraba con cuidado al granjero. Cuando este se marchaba, el señor Wolo se apresuraba a coger algunas semillas..

Un día el granjero no vio al señor Wolo. Pensó:

—Ese ave no osa volver. Tiene miedo, lo cogeré. El granjero estaba muy contento.

¿Qué pasó? ¿Por qué el granjero no vio al señor Wolo? Ese mañana de camino hacia el campo, el señor Wolo se encontró al señor Kuta.

—Buenos días, señor Kuta. ¿Cómo va la mañana? ¿Y cómo va usted?

—La mañana está aquí, señor Wolo, y yo estoy bien. Pero la vida está difícil en estos días. No hay mucha comida—. Dijo el señor Kuta.

—Tienes razón — dijo el señor Wolo — pero, ¿Porque no te unes a mí? Conozco un lugar donde podemos recoger un montón de semillas.

—Hey, conozco el campo de donde sacas las semillas. Es ése de ahí. El granjero mira su campo cada día. Tiene un arco y flechas. Tiene un cuchillo. Es muy peligroso sacar semillas de ahí.

—No te preocupes, señor Kuta. Te ayudaré.

—¿Cómo puedes ayudarme? ¿Que no ves mis piernas? Son demasiado cortas. Si el granjero viene detrás de mí, no podré escapar. Soy demasiado lento.

—Te ayudaré a escapar —, dijo el señor Wolo.

—No puedes ayudarme. Tu tienes alas y puedes volar muy lejos, pero yo no tengo alas. El granjero me cogería.

—Sí, señor Kuta, tengo alas. Tienes razón. Puedo volar si veo que se acerca el granjero. Así es como voy a ayudarte. Te llevaré conmigo. Volaremos muy lejos juntos.

El señor Wolo pensó para sus adentros: " Debo persuadir a este estúpido para que se una a mí. El granjero le verá y pensará que es el único que coge sus semillas."

—Pienso, señor Kuta, que te preocupas demasiado. Juntos, podemos coger más semillas que si estamos solos. Tú tienes hambre y yo tengo hambre. Prometo ayudarte. Si no nos apresuramos, otros cogerán las semillas. Vayamos al campo. De acuerdo —, dijo el señor Kuta — confío en ti. Vayamos.

Llegaron al campo. El granjero no estaba.

—¿Lo ves, señor Kuta? El granjero no está. Podemos comer todas las semillas que queramos.

Entonces empezaron a escarbar para coger las semillas. Escarbaron y escarbaron. El señor Kuta escarbaba y el señor Wolo recogía los granos. De vez en cuando se comían algunos.

—Voy a descansar un rato — dijo el señor Wolo, y se puso a volar hacia la cima de un árbol.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo?— grito el señor Kuta asustado.

—Quiero descansar. He comido mucho. No te preocupes— contestó el señor Wolo.

¡Tap, tap tap! ¡Bang, bang! El señor Kuta oyó que alguien se acercaba. "Malditos ladrones" oyó. Al señor Kuta le entró el pánico. "El granjero viene, el granjero viene. ¿Dónde está el señor Wolo?" Se apresuró a esconderse debajo de un montón de ramas. El granjero ya estaba allí..

—¿Qué es esto?— gritó— ¿Dónde están mis semillas? ¿Dónde está el ladrón?

Miró a su alrededor. No había nadie. Has desaparecido, ladrón, pero sé que volverás. El granjero volvió a su cabaña. El señor Kuta salió de su escondite.

— ¡Uf! — dijo. — El granjero se ha ido, pero ...¿Dónde está el señor Wolo?

— Estoy aquí — dijo el señor Wolo. — Te he estado observando todo el rato. Estaba aquí para protegerte. No perdamos más tiempo. Tenemos que acabarnos las semillas antes de la puesta de sol.

Los dos continuaron escarbando y comiendo semillas. ¿Qué hizo el granjero? Se quedó en su cabaña espiando a través de un agujero.

— ¡Aha! — dijo. — El ladrón ha vuelto. Veo movimiento allí detrás. Ahora le cogeré.

Esta vez el granjero no se acercó andando, se deslizó como una serpiente. El señor Wolo y el señor Kuta estaban en ese momento trabajando duro, por eso no le oyeron llegar.

"Hoy es mi día de suerte" pensó el señor Wolo. "Este señor Kuta es un poco estúpido, pero es muy trabajador. Le voy a dejar trabajando un rato mientras yo me tomo un descanso".

— Lo estás haciendo bien, señor Kuta — le dijo. — ¿Sabes? Voy a ir volando a buscar a mi hijo para que nos ayude.

— De acuerdo, señor Wolo. Tu hijo puede ayudarnos. Estoy cansado. Pero asegúrate de volver pronto.

El señor Kuta estaba solo y cansado.

¡Bang, bang! ¿Qué estaba pasando?

— ¡El ladrón! ¡El ladrón! ¡He cogido al ladrón! Mira a esa tortuga, ahora no puede escapar.

El granjero bailaba y gritaba.

"El granjero me ha cogido. ¿Qué puedo hacer?" Se decía el señor Kuta.

— Buenas tardes señor granjero — dijo. — Soy el señor Kuta y he venido a ver sus semillas.

— ¡Oh sí! Tú has venido a ver mis semillas. ¡Has venido a comértelas! No me mientas. Tú eres el ladrón y voy a matarte. Vas a venirte conmigo. Mi mujer va a cocinarte y voy a comer una estupenda sopa.

El señor Kuta estaba asustado.

— Esto es un malentendido, señor granjero. Déjeme que le cuente algo antes de matarme.

— No me hagas perder el tiempo. He estado esperando durante días para cogerte, ladrón. Ahora tengo hambre. Aquí está mi cuchillo. Voy a matarte.

— Espere, espere, señor granjero. No debería matarme así. Voy a cantar una canción para usted. Déjeme que le cante una canción.

— De acuerdo tortuga. Puedes cantar una canción mientras afilo mi cuchillo.

El señor Kuta había ganado algún tiempo. Debía hacer cualquier cosa para escapar. Pero ese señor Wolo le había decepcionado, no tenía el corazón limpio.

El señor Kuta cantó su canción:

El ave me decepcionó

El ave me decepcionó
En el campo del granjero
Me dijo que fuéramos a robar semillas
Pero yo le dije que no tenía pico
Me dijo que fuéramos a robar semillas
Pero yo le dije que no tenía piernas
Aún así me dijo que fuéramos a robar semillas
Y yo le dije que no tenía alas
El ave me decepcionó
El ave me decepcionó
En el campo del granjero

Al principio el granjero casi no lo oyó. No estaba interesado. Aún estaba enfadado por las semillas que había perdido. Estaba hambriento y su mente sólo pensaba en comida. Pero como el señor Kuta continuó cantando, algo extraño le sucedió al granjero. Le empezó a gustar la canción. Era tan dulce. El granjero notó como sus piernas se movían. Estaba bailando.

La canción terminó.

Señor granjero, – dijo el señor Kuta, – Si quiere que sus esposas oigan la canción, podemos ir al lavadero y voy a cantar para ellas.

– Tortuga, eres un ladrón y estoy decidido a matarte. Pero mis mujeres deben oír tu canción. Les va a gustar. Vamos.

Se marcharon hacia el lavadero.

– Mujeres, os he traído al ladrón que robaba mis semillas. Le vamos a matar para hacer sopa. Pero primero va cantar una canción para nosotros. El señor Kuta cantó su canción:

El ave me decepcionó

El ave me decepcionó

En el campo del granjero

Me dijo que fuéramos a robar semillas

Pero yo le dije que no tenía pico

Me dijo que fuéramos a robar semillas

Pero yo le dije que no tenía piernas

Aún así me dijo que fuéramos a robar semillas

Y yo le dije que no tenía alas

El ave me decepcionó

El ave me decepcionó

En el campo del granjero

Las mujeres le escucharon y les gustó la canción. Eran felices. Todo el mundo bailó.

— Veo que os gusta mi canción, — dijo el señor Kuta. — Si queréis disfrutar más, puedo cantarla otra vez. Pero hace mucho calor aquí. Déjanos ir a la orilla del río, hay árboles y se está más fresco. Todos estuvieron de acuerdo. Todos siguieron al señor Kuta hasta la orilla del río. El señor Kuta cantó su canción. La cantó dos veces. Cantó, cantó y cantó. La gente escuchaba y bailaba.

El señor Kuta también bailaba. Se movía lentamente hacia todos los lados. Se acercó al agua. Nadie se dio cuenta de los movimientos del señor Kuta. Se acercó más y más al agua.

La gente bailaba. No se dieron cuenta de que allí no había nadie cantando la canción. No habían visto al señor Kuta deslizarse hasta el agua. Se había marchado. El señor Kuta había desaparecido. Era afortunado por haber escapado del peligro.

El señor Kuta llegó a la otra orilla del río. Dio gracias a Dios.

— La gente todavía está bailando. Mi canción les ha hecho felices, pero ahora se ha acabado. Es hora de marcharme y descansar.

El gallo cantador debe cantar

Había una vez un hombre llamado Baakari. Tenía dos mujeres llamadas Alamuta y Suntutung . Alamuta era su primera mujer y de ella tenía un hijo llamado Alansoo, pero después de éste, Alamuta no pudo tener más hijos. Por esta razón Baakari se casó con su segunda mujer Suntutung.

¡Era la respuesta a todas sus plegarias! Pasados siete años de matrimonio, Suntutung había dado a Baakari tres hijos varones y cuatro hijas.

¡Quedaba embarazada cada año! Se convirtió en la favorita de Baakari y fue mucho más amada que Alamuta.

Alamuta estaba muy triste y se sentía desgraciada. Viajó a cualquier lugar para ser visitada por curanderos y grandes hechiceros para poder tener más hijos y ser amada como lo era su co – esposa. Fue pagando con sus ropas, sus joyas y su dinero pero no sirvió de nada. Finalmente se quedó con un solo vestido y un taparrabos que tenía que llevar tanto para asistir a bautizos como para trabajar en el campo. Pronto quedó roto y deshilachado. Su co – esposa se burlaba del pobre estado de su vestido. Cuando intentaba defenderse de las burlas, su marido siempre se ponía del lado de Suntutung. Alamuta adelgazó mucho y se volvió enfermiza. La que había sido la más hermosa perdió todo su atractivo.

Un atardecer, cuando Alamuta volvía de los campos de arroz, se encontró con una mujer vieja llamada Mbaa Siraa. Era la mujer más

vieja del pueblo. Era conocida por su rutinario paseo en la puesta de sol de cada sábado. Cuando vio a Alamuta abrió su boca desdentada en descrédito.

– ¡Waayi! ¿Es ésta, Alamuta? – gritó.

– Sí, Mbaa Siraa, soy yo. La gente mayor, normalmente, no tiene tan buena vista.

– Es verdad, es verdad. Mi vista no es aguda, pero todavía puedo distinguir entre los que están sanos de los que están enfermos. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Entonces Alamuta contó a la vieja mujer todos sus problemas. Cuando hubo terminado Mbaa Siraa se le acercó y le dijo:

– La gente joven nunca habla con sus viejos y de este modo nunca serán sabios. Si fueras sabia, no te estarías matando con este dolor. Conozco a muchas mujeres que han sufrido lo mismo que tú, y de todos modos, ¡Tu tienes un hijo! Las mujeres de las que te estoy hablando no tenían ninguno y al final vivieron como reinas en los campamentos de sus maridos. Recuerda el viejo dicho: "El bebé de un avestruz es mucho más valioso que cien crías de pájaro tejedor." Vete y cuida de tu hijo, reza por él y pon todas tus posesiones sobre él. ¿Quién sabe? Puede que un día sea jefe y sus medio hermanos sus sirvientes. Hay otro dicho: "El gallo cantador debe cantar, no importa lo que hagas."

Con estas palabras la vieja mujer se despidió y continuó su camino.

Después de su encuentro con Mbaa Siraa , Alamuta se convirtió en una mujer diferente. Ignoró las burlas e insultos de su co – esposa e intentó ser la mujer más feliz del poblado. Ayudaba a su hijo en todo lo que podía. Alansoo era un chico tímido y tranquilo. Se pasaba la mayor

parte del tiempo trabajando en la granja y cazando, de este modo se convirtió en un buen granjero y cazador.

Cuando, años más tarde Baakari murió, Suntutung decidió que sus tres hijos trabajarían juntos y que Alansoo trabajaría por su cuenta. Esperaba así que los tres hermanos juntos alcanzan mejores resultados que Alansoo solo. Talaron una gran área para cultivar mijo. Cuando llegaron las primeras lluvias, los hermanos en dos o tres días terminaron de sembrar. Después, en lugar de sacar las malas hierbas, se sentaron en casa y se dedicaron a hablar de lo holgazán que era Alansoo. Cuando Alansoo terminó de sembrar, se puso inmediatamente a deshierbar. Mientras tanto, los hermanos se dieron cuenta de su error, su granja estaba infestada por una terrible plaga de hierba llamada "jaajee – kalabaa". Hacía estragos con los tallos de mijo mientras crecían. Cuando llegó la cosecha, Suntutung y sus hijos no pudieron apreciar los resultados. La pequeña plantación de Alansoo produjo 410 embalajes de mijo mientras que los hermanos tuvieron que conformarse con sólo 200 embalajes. Fue una sorpresa incluso para los vecinos del pueblo.

Al año siguiente los tres hermanos decidieron trabajar más dura y sistemáticamente. Después de las lluvias, pero, los resultados fueron los mismos. No importaba que nuevas estrategias intentaran, su medio hermano siempre obtenía mejores resultados. Suntutung no lo podía entender. Decidió entonces consultar a un adivino en Pakau.

El adivino sacó sus conchas y las extendió sobre la esterilla. Repitió esta operación tres veces y después alargó la concha más grande a Suntutung.

Ella susurró sus problemas a la concha, después escupió dentro y la devolvió al adivino. Éste cogió una vez más las conchas y las extendió de nuevo sobre la esterilla. Después de estudiar las

disposiciones de las conchas durante largo tiempo dijo:

—Hace muchos años que soy profesional de este arte, y nunca antes había sido testigo de una distribución como ésta. Es la misma cada vez. Tú quieres saber por qué tus hijos no pueden ganar a su medio hermano. Tu quieres que ellos tengan más éxito que su medio hermano. Las conchas dicen que sí, que esto puede suceder. Pero también dicen que la suerte de tu hijo mayor esta dormida sobre una alta colina en el este. Hasta que no haga este viaje a la lejana colina, tus hijos tendrán menos éxito que su medio hermano. Deja que tu hijo vaya y despierte su suerte y entonces tus deseos se harán realidad.

Suntukung volvió a casa para preparar el viaje de su hijo hacia el este. Le trajo "jujus" y amuletos varios para que le protegieran durante el viaje.

—Burama ,— le dijo — debes ir a buscar a tu suerte y despertarla. No puedo soportar la desgracia que ha caído sobre nosotros. Debes ser mejor granjero que tu medio hermano. Viaja hacia el este hasta que encuentres una alta colina. Allí encontrarás a tu suerte. Debes despertarla y preguntarle qué es lo que tienes que hacer, entonces, regresa y libéranos de esta desgracia que ha caído sobre nosotros.

El hijo mayor emprendió su viaje al día siguiente. Anduvo durante un día y medio sin descansar. Al final del segundo día se encontró a un caníbal que quería comérselo.

—No me comas. — dijo — Vivo con mis hermanos y mi medio hermano. Al final de cada cosecha mi medio hermano recolecta más mijo que nosotros. El adivino de Pakau dijo que mi suerte estaba durmiendo en el este y que hasta que no fuera a despertarla, sería un granjero pobre. Y ahora, como puedes ver, voy a despertarla. Por favor, déjame continuar con mi misión.

El caníbal estuvo pensando unos momentos, y después dijo:

— He estado en la selva durante muchos años y me he encontrado con montones de cosas extrañas, pero jamás había oído una historia tan extraordinaria como ésta. Te dejo marchar. Si encuentras a tu suerte, acuérdate de preguntarle por qué nunca estoy harto, aunque me haya comido un toro entero. Asegúrate de volver por este camino para dármele respuesta.

Burama prometió al caníbal que volvería por el mismo camino. Viajó durante unos cuantos días más hasta que encontró un pequeño poblado en medio del bosque. Entró y fue recibido por un hombre viejo y una bonita mujer joven. Le invitaron a pasar la noche. Después de que se sirviera la comida, el hombre mayor le preguntó a Burama la razón de su viaje a esa parte del mundo. Burama le contó su historia.

Cuando hubo terminado el hombre viejo dijo:

— Tengo ciento diez años. He viajado por todo el mundo buscando las historias y la sabiduría de todas las tierras, pero nunca había oído una historia como ésta. No estoy diciendo que sea imposible. Cualquier cosa puede ser posible hoy en día. Si encuentras a tu suerte y puedes despertarla pregúntale por qué ningún cultivo crece en mis tierras. Cada año intento sembrar verduras y cada año la cosecha es mala. Pregunta a tu suerte lo que debo hacer para que esto no pase.

Burama le prometió al hombre viejo que así lo haría y a la mañana siguiente volvió a reanudar su viaje. Después de viajar hacia el este durante tres días más, se encontró con una gran tierra con un poderoso gobernador. El gobernador había oído hablar de que alguien estaba buscando a su suerte y quiso encontrarse con él.

— No hace falta que me cuentes tu historia porque ya la sé. He querido verte porque quiero que le preguntes a tu suerte por qué la

gente de estas tierras no es feliz desde que yo soy el gobernador. Haz esto por mí y regresa por este camino para contarme la respuesta. Entonces te recompensaré. Burama le prometió al gobernador que haría esa pregunta para él, y continuó su camino hacia el este.

Tres días después encontró una alta colina al lado del camino y decidió subir hasta la cima. Mientras subía vio a un hombre gordo que dormía bajo la sombra de un árbol. "Debe ser mi suerte" pensó. "Voy a ir a despertarlo". Se acercó al hombre y lo cogió por su larga barba y tiró de ella hasta que sus dientes crujieron.

—Despierta holgazán — gritó Burama. — Por culpa de tu sueño yo no tengo suerte. Has hecho de mí la burla de todo el pueblo.

El hombre abrió los ojos y se sentó.

—Sí, es verdad, — dijo — soy tu suerte. Ahora puedes volver a casa porque ya estoy despierto.

—Antes de marcharme tengo que hacerte tres preguntas. La primera se refiere a un gobernador que vive a unos cuantos días de camino de aquí. Su gente no es feliz y quiere saber por qué.

El hombre le sonrió y dijo:

—Vete con tu gobernador y dile que es una mujer. Hasta que el gobernador no sea un hombre su gente no será feliz.

—Imposible — exclamó Burama — el gobernador es un hombre. Yo mismo hablé con él.

—Esto es un secreto que nadie sabe excepto tú. Ve y dile a ella lo que yo te he dicho y ya verás lo que pasa.

—De acuerdo. Ahora la segunda pregunta. Esta es sobre un

hombre viejo y su hija que viven en medio del bosque. Nada da fruto en su tierra. ¿Por qué?

– Dile al hombre que haga un agujero y saque de su tierra el oro y los diamantes que hay allí enterrados. Entonces podrá plantar todo lo que desee.

El hombre gordo se levantó y se disponía a marcharse, pero Burama le cogió por sus ropajes y le dijo:

– Tienes que contestarme una última pregunta y luego te podrás ir. ¿Qué me dices del caníbal que nunca está satisfecho coma lo que coma?

El hombre se giró y contestó:

– No creo que puedas comprender este mensaje, pero si vuelves a ver al caníbal, dile que se coma al hombre más loco del mundo y que su trastorno se verá curado.

Dicho esto, el hombre desapareció entre los matorrales y Burama emprendió el camino de regreso.

Después de viajar tres días llegó al palacio del gobernador. Se acercó a él y le dijo:

– He encontrado a mi suerte, pero no creo que te guste lo que me ha dicho sobre ti. Me ha dicho que eres una mujer y que hasta que tu pueblo no sea gobernado por un hombre, la gente será infeliz.

Las lagrimas resbalaron por las mejillas del gobernador.

– Eres el único que conoce este secreto – admitió "ella" entonces –. El modo con que llegué a gobernador de esta tierra es una larga historia y un gran secreto. Pero, ya que tu sabes parte de él, me

gustaría que te quedaras, te casaras conmigo y fueras rey. Si me prometes esto, te contaré el resto. Burama le saludó con la cabeza y dijo:

—No, no. No quiero saber el secreto porque no puedo quedarme aquí para regir tu palacio. Tu ya conoces mi misión en esta parte del mundo. Tengo que regresar y demostrar que soy mejor granjero que mi medio hermano. Debes guardar tu secreto. Alguien más vendrá y lo aceptará.

Con estas palabras Burama se despidió y dejó el palacio de la reina. Unos días más tarde llegó a la casa del hombre viejo y su hija. Sin decirles nada, cogió un pico y empezó a cavar en su tierra. Pronto salieron del suelo grandes barras de oro y preciosos diamantes. Los apiló y dijo al hombre viejo y a su hija.

—Esto ha salido de tu tierra y era lo que impedía que los cultivos crecieran. Ahora podrás plantar todo aquello que quieras.

El viejo miró a Burama y le dijo:

—Yo mismo enterré todos estos tesoros aquí, y mi intención era regalarlos a aquel que supiera por qué no crecían las plantas y que estuviera de acuerdo en casarse con mi hija. Ahora ,como has sido el único que lo ha conseguido puedes quedártelo todo y casarte con mi hija.

—No, no.— Dijo Burama—. Tu ya conoces mi misión. Tengo que marcharme y demostrar que soy mejor granjero que mi medio hermano.

Burama se marchó dejando los montones de oro y diamantes con el hombre viejo y su hija. Continuó hacia su casa. Cuando ya estaba cerca de su casa encontró al caníbal y le contó todo lo que le había ocurrido durante el viaje hacia el este: Lo de la mujer gobernadora y su

oferta, lo del viejo y su hija y su oferta...

– ¿Que me dices de mi problema? – Contestó el caníbal, – ¿Le has preguntado a tu suerte sobre mí?

– Sí. Debes comer al hombre más loco del mundo y tu problema se resolverá.

El caníbal pensó unos momentos y luego cogió a Burama, lo mató y se lo comió. Su trastorno se curó instantáneamente.

A la mañana siguiente, como era habitual, Alansoo fue a inspeccionar sus trampas. En un claro del bosque vio una camisa sobre la hierba. Se acercó y la miró atentamente. Sin ninguna duda, ésa era la camisa de Burama. Mientras miraba la camisa, vio a un hombre gordo y viejo que se le acercaba. El hombre le dijo:

– No te preocupes por tu medio hermano. Tienes trabajo que hacer. Debes emprender un viaje hacia el este. Dentro de tres días encontrarás una pequeña cabaña donde viven un hombre viejo y su hija. Coge un pico y ponte a cavar en su tierra. Encontrarás oro y diamantes. Entonces pide la mano de la hija, cástate con ella y serás el hombre más rico del mundo. Después ve a la tierra de un gran gobernador y dile que sabes que se trata de una mujer y pide también su mano en matrimonio.

Alansoo siguió las instrucciones del hombre y se convirtió en el más grande gobernador del mundo. Puso al resto de sus medio hermanos en otros buenos cargos de su reino. Suntukung continuaba desgraciada y humillada con el devenir de sus hijos, y por esta razón un día la encontraron colgada en un bosque cercano. La vieja Mbaa Siraa fue una de las personas que se mantuvo cercana a la familia. Se sentó en la preciosa y bien amueblada habitación de Alamuta y le dijo:

– Alamuta, el gallo ya va solo y cantará durante el reto de su vida. Ves ahora como si somos pacientes en esta vida, algún día nos vemos recompensados.

Alamuta no pudo contener las lagrimas al pensar en los acontecimientos de los últimos años. Se levantó y acercándose a la vieja le dijo:

– Si no me hubieras dado ese sabio consejo, hubiera acabado como mi co – esposa. Fue Dios que hizo que me encontrara contigo esa tarde y con la ayuda de Dios rápidamente puse en práctica tu consejo. Ahora me gustaría que vinieras y vivieras conmigo en el palacio de mi hijo, para que así continuaras siendo nuestra consejera. Nosotros siempre te estaremos en deuda por esas sabias palabras.

Mbaa Siraa aceptó la oferta, y las dos mujeres vivieron juntas y en armonía durante muchos años.

Las tres hermanas e Itrimubé

Érase una vez un hombre y una mujer que tenían tres hijas. La más pequeña llamábase Ifara y era entre todas la más bonita. Una noche Ifara soñó y, al despertar del día siguiente, contó el sueño a sus hermanas.

— Yo soñé — les dijo — con el Hijo del Sol, que descendía de los cielos para buscar esposa en la tierra y, ¿Lo creeréis?, fui yo la elegida por esposa entre todas las mujeres.

Las dos hermanas, celosas, se disgustaron al escuchar el sueño de Ifara y se dijeron:

— ¡En verdad, ella es mucho más bonita que nosotras dos, y quién sabe si un poderoso y gran señor llegará para desposarse con ella! Es preciso deshacerse de ella. Pero antes veamos sí todas las gentes piensan igualmente de la belleza de Ifara.

Llamaron, pues, a Ifara y la invitaron a componerse para pasear juntas.

Encontraron enseguida a una anciana.

— Oh, buena señora — inquirieron las dos hermanas a coro — ¿Cuál de las tres es la más bella?

La anciana respondió:

— Ramatua no está mal; Raivu igualmente es bella; pero es Ifara la

más encantadora de todas.

Entonces Ramatua despojó a su hermana Ifara de las ropas exteriores. Y encontraron, luego, a un anciano, y le preguntaron:

– Oh, buen hombre, ¿Cuál de las tres es la más bella?

El anciano contestó lo mismo que la buena mujer, y Raivu desnudó a Ifara de la ropa interior.

Muy pronto encontraron a Itrimubé, monstruo mitad hombre, mitad toro, con una larga cola puntiaguda.

– Ahí está Itrimubé – se dijeron las dos hermanas, y le llamaron a voz en grito:

– Itrimubé, ¿Cuál de las tres es la más bella? Itrimubé, rugiendo, contestó:

– No es difícil responder: Ifara es la más bella. Las dos hermanas, llenas de rabia, se dijeron:

– Nosotras no podemos darle muerte, pero la mandaremos coger las legumbres de Itrimubé; él se encolerizará y se la comerá.

Con estos propósitos llamaron a Ifara y le dijeron:

– Apostemos cuál de las tres coge las mayores batatas.

– ¿Dónde hay que cogerlas? – preguntó Ifara.

– Allá abajo – contestaron sus hermanas mostrándole los campos de Itrimubé. – Mas coge solamente las recién granadas.

Cuando Ifara entregó sus batatas, vio que las suyas eran mucho más pequeñas que las que sus hermanas habían cogido. Burláronse de ella y le dijeron:

– Anda lista en busca de otras.

En el preciso momento en que Ifara dirigiose de nuevo a los campos por mayores batatas, llegó Itrimubé galopando sobre sus cuatro patas; atrápala y dijo en un grito:

– Rico presente, te pesqué; ¿Eres tú la que robas mis batatas? Yo te comeré.

– ¡Oh, no, no! – exclamó la desventurada Ifara llorando. – Permitidme antes que sea vuestra esposa, y yo os cuidaré con amor.

– Bien, pues – dijo Itrimubé, y llevósela a su gruta.

Mas su idea era la de engordarla para comérsela seguidamente.

Las dos hermanas tornaron a su sano juicio al ver cómo el monstruo se llevaba a Ifara. Y corrieron a su casa para contar a sus padres que Ifara había sido sorprendida por Itrimubé cuando aquélla cogía sus batatas, y que éste la había devorado. Padre y madre lloraron amargamente y sin consuelo por la muerte de su amada hija.

Durante algún tiempo Itrimubé engordó a Ifara; túvole encerrada en su guarida, mientras iba en busca de manjares para darle de comer; decíase el monstruo que pronto estaría su presa lo suficientemente gorda y se deleitaba pensando en lo rica que resultaría asada.

Un día que Itrimubé había salido hasta el anochecer, Ifara vio un ratoncillo que, parándose ante ella, le dijo:

– Dame unos granos de arroz, Ifara, y yo te revelaré un secreto.

Ifara echole unos granos de arroz y el ratoncillo hablóle así:

– Itrimubé piensa comerte mañana, mas yo roeré la cuerda que cierra la puerta de tu cárcel y podrás salvarte con la fuga. Lleva contigo un huevo, una escoba, un bastón y una piedra muy redonda y muy lisa, y echa a correr por el lado sur.

Cuando el diminuto ratón hubo cortado la cuerda que cerraba la puerta, Ifara, provista de un huevo, un bastón y una piedra redonda y muy pulida, y dejando un tronco gigantesco de plátano en su lecho, cerró la puerta y echó a correr.

Regresó Itrimubé llevando un caldero y el arma para matar y cocer a Ifara. La puerta estaba cerrada; llamó y gritó, pero nadie contestó a sus llamadas.

– Bien – pensó – ¡Ifara tanto ha engordado que no puede menearse!

Tiró abajo la puerta y, corriendo derecho hacia el lecho, hincó el arma en el tronco descomunal de plátano, pensando matar a Ifara.

– ¡Qué gorda está Ifara! – dijo – Mi arma se hunde sin esfuerzo. Retiróla y pasó la lengua por su filo.

– ¡Ifara es todo sebo de tan gorda y resulta insípida! ¡Estará mejor, a buen seguro, asada!

Mas, descubierto el lecho, observó el tronco de plátano, lo que le encolerizó como es difícil de ponderar. Salió de su guarida y husmeando los aires por el Norte: Nada; husmeó por el Este: Nada; husmeó por el Oeste: Nada; hacia el Sur, luego: "¡Ah, esta vez di contigo!"

Y empezó a galopar, y muy pronto alcanzó a Ifara.

— ¡Por fin, ya te atrapé! — gritó.

Ifara tiró a tierra su escoba, y así habló:

— ¡Por mi madre y por mi padre, que esta escoba se convierta en una interminable barrera que Itrimubé no pueda cruzar!

¡Y he aquí que la escoba se alarga y ensancha hasta convertirse en infranqueable barrera!

Pero Itrimubé hincó su larga cola puntiaguda por debajo de la muralla hasta que consiguió labrarse un camino y entonces gritó:

— ¡Por fin, ya te atrapé, Ifara!

Ifara tiró a tierra el huevo, y así habló:

— ¡Por mi madre y por mi padre, que este huevo se convierta en un estanque que Itrimubé no pueda salvar!

El huevo se rompió y convirtiéndose en un estanque muy profundo.

Pero Itrimubé empezó a beber hasta que consiguió secar el estanque; entonces cruzólo y gritó:

— ¡Rico presente: Ya te consigo, Ifara!

Entonces Ifara tiró su bastón a tierra, y así habló:

— ¡Por mi madre y por mi padre, que este bastón se convierta en un inmenso bosque que Itrimubé no pueda atravesar!

El bastón convirtiéndose en un bosque donde se entrelazaban los árboles. Pero Itrimubé cortó las ramas con su cola sin dejar un árbol en pie.

— ¡Ahora si, ya te conseguí, Ifara! • gritó.

Pero Ifara tiró su piedra redonda y pulida a tierra y así habló:

— ¡Por mi madre y por mi padre, que esta piedra se convierta en un gran peñasco perpendicular!

La piedra creció, agrandóse y convirtiose en un gran peñasco perpendicular, y fue del todo imposible que Itrimubé trepara por él. Entonces él gritó:

— ¡Échame una cuerda, Ifara; yo no te haré ningún daño!

— No te levantaré en alto si antes no dejas tu arma plantada en el suelo — replicó Ifara.

Itrimubé dejó su arma en el suelo, y la buena de Ifara dio manos a la obra, llevando por los aires, con una cuerda, a su enemigo.

Mas tan pronto como vio éste que podía ya alcanzarla, gritó:

— ¡En verdad, en verdad, ahora sí que te tengo, Ifara!

Ifara tanto se asustó que soltó la cuerda que tenía en sus manos, e Itrimubé rodó hasta el abismo, donde, al caer sobre su propia arma, halló la muerte.

Ifara no sabía cómo hallar el camino de la casa de sus padres y, sentada sobre el peñasco, lloraba desconsolada. Bien pronto acudió un cuervo y, al verlo cerca, Ifara así le cantó:

"Cuervo, bonito cuervo,

si me llevas contigo a mis padres,

yo puliré tus negras alas."

— ¡No — contestó el Cuervo — no, yo no te llevaré, no; no podrás contar que haya sido yo el que frutas verdes comiera!

Y llegó luego un milano y así le cantó Ifara: "Milano, hermoso milano si me llevas contigo a mis padres, yo puliré tus alas grises."

— ¡No — contestó el Milano — yo no te llevaré, no! No podrás jamás contar que yo haya comido ratas muertas.

La desventurada Ifara, así abandonada lloraba amargamente, cuando advirtió la presencia de una paloma azul que arrullaba "reú, reú, reú", y así le cantó Ifara:

"Paloma, linda paloma,

si me llevas contigo a mis padres,

yo te puliré tus alas azules."

— ¡Reú! ¡Reú! ¡Reú! Ven, hermosa niña — arrulló la paloma azul.
— Pláceme compadecerme de los que sufren.

Y llevósela hasta el pozo de sus padres, dejándola sobre la copa de un árbol, junto al brocal del pozo.

Al poco, una pequeña esclava negra acudió en busca de agua, y, al asomarse al pozo, vio, como en un espejo, la imagen de Ifara, y pensó que era la suya propia.

— Ciertamente — díjose la esclava — soy demasiado hermosa para acarrear agua con este vil botijo.

Y tirólo al suelo, donde se hizo añicos, mientras Ifara decía:

— ¿Mi padre y mi madre gastan su dinero comprando botijos para

que así tú los rompas tan fácilmente?

La esclava miró por doquiera, mas a nadie vio y tornose a casa.

A la mañana siguiente, la pequeña esclava fue con un nuevo cántaro por agua, y también esta vez, vio el rostro de Ifara en el fondo del pozo; con alborozo, gritó:

— ¡No, basta de llevar el cántaro a la fuente; soy demasiado bonita para este menester!

Y, también ahora, rompió el botijo. Pero Ifara repitió las mismas palabras:

— ¿Mi padre y mi madre gastan su dinero comprando botijos para que así tú los rompas tan fácilmente?

La esclava miró por todos los lados, y, no viendo a nadie, aceleró el paso hacia la casa de sus dueños, y contó haber oído en el fondo del pozo una voz semejante a la de Ifara.

El padre y la madre echaron a correr, y cuando Ifara los distinguió, descendió del árbol, y los padres lloraron de alegría por tan feliz encuentro. Los padres de Ifara tanto se enojaron contra las otras dos hermanas que las echaron de casa, viviendo dichosos con Ifara.

Analia Tubarí y Samba Gana

En el país de Wagana reinaba la hermosa Analia Tubarí. El padre de la bella reinante había sido el rey de Wagana. Vencido en la guerra, tuvo que entregar una de sus ciudades. Su orgullo no pudo soportar aquel baldón y murió de pesar. Y la hermosa Analia Tubarí heredó el reino de su padre. Apuestos y gallardos caballeros y guerreros de renombre presentáronse en la ciudad de Wagana a solicitar su mano, pero ella les exigía que reconquistaran la ciudad perdida y que ganaran, además, otras cien ciudades.

Ningún pretendiente, con ser incontables, se atrevió a emprender hazaña tan singular. Y pasaron los años y la hermosa Analia Tubarí perdió toda su alegría; cada día estaba más triste pero con la melancolía aumentaba su encanto.

Y en aquellos mismos días reinaba en un país vecino un rey que tenía un hijo llamado Samba Gana.

Gana era joven y de carácter jovial. Cuando fue mayor salió un día, acompañado de un trovador y varios escuderos, a recorrer el ancho mundo, en busca de aventuras maravillosas.

Y un día Samba Gana se batió con el príncipe de una ciudad. Todos sus habitantes presenciaron el rudo combate. Venció Samba Gana. El príncipe vencido le pidió que le perdonara la vida y le ofreció su ciudad.

Samba Gana se echó a reír y dijo:

– Tu ciudad nada me importa; quédate con ella.

Y Samba Gana siguió, alegre y risueño, su camino.

Venció, uno tras otro, a todos los príncipes vecinos, y los príncipes vencidos le ofrecían, como premio de su brillante victoria, una ciudad.

Pero Samba Gana les contestaba siempre con idénticas palabras:

– Tu ciudad no me importa nada; quédate con ella.

Y poníase de nuevo, alegre y risueño, en camino, en busca de nuevas y mayores aventuras.

Descansaba un día con su trovador a orillas del Níger, cuando el trovador cantó la canción de la hermosa Tubarí, triste y solitaria. Y el canto decía:

– Ganará a Analia Tubarí y la hará sonreír el caballero que conquiste cien ciudades.

Cuando Samba Gana oyó la canción púsose en pie súbitamente, y gritó:

– ¡Vamos al punto al país de Analia Tubarí!

Montaron a caballo y Samba Gana rompió la marcha con su trovador y sus escuderos.

Cabalgaron siete días y siete noches sin cesar, y llegaron a la bella ciudad de la hermosa Analia Tubarí, flor triste y solitaria.

Al verla, tan hermosa y tan triste, Samba Gana exclamó:

– ¡Analia Tubarí: Yo conquistaré las cien ciudades para ti! Y antes

de partir a la conquista ordenó al trovador:

– Quédate con la hermosa Analia Tubarí. Cántale, distráela, hazla reír.

Y quedose el trovador en la ciudad junto a la hermosa. Todos los días le cantaba canciones de los héroes de su país, de sus bellas ciudades, y de la serpiente del río que hace crecer su cauce a capricho, fecundando las tierras abundantes en cosechas de arroz, sostén de sus habitantes, o condenando a éstos a la miseria y el hambre...

La hermosa Analia Tubarí escuchaba, triste y silenciosa.

Samba Gana batióse cien veces con cien príncipes diestros y a todos abatió. Y a todos los vencidos así hablaba:

– Preséntate a la hermosa Analia Tubarí y dile que tu ciudad le pertenece. Los cien príncipes y numerosos guerreros presentáronse ante Analia Tubarí a hacer acto de sumisión. Y la hermosa Analia Tubarí reinaba sobre todos los príncipes y guerreros de la vasta región.

Samba Gana se presentó entonces a Analia Tubarí y le dijo:

– Ya son tuyas las cien ciudades. Analia Tubarí respondió:

– Has triunfado y seré tu esposa. Samba Gana repuso:

– ¿Por qué estás tan triste, hermosa Analia Tubarí? No me casaré contigo hasta que logre verte sonreír.

– Antes entristecíame la vergüenza de mi padre vencido – respondió Analia.

– Ahora no puedo sonreír, porque nadie puede cumplir mi deseo. Samba Gana preguntó:

– ¿Cuál es tu deseo, hermosa Analia Tubarí? Indícame lo que debo hacer.

– Mata a la serpiente del río, que un año trae abundancia y otro escasez y miseria, y me verás sonreír.

Samba Gana repuso:

– Nadie se ha atrevido a hacerlo, pero yo lo haré.

Encaminóse al río y buscó a la poderosa serpiente. Anda que te anda, llegó a una ciudad que bañaba el río; no encontró a la serpiente y siguió río arriba. Llegó a otra ciudad, pero tampoco allí estaba la serpiente y prosiguió su persecución, río arriba siempre.

Por fin encontró a la poderosa serpiente y luchó con ella. Tan pronto vencía el infernal reptil como Samba Gana, La caudalosa corriente iba ya en una dirección, ya en otra. Las grandes y altísimas montañas se desplomaban y la ancha tierra se abría.

Siete años luchó Samba Gana con la infernal serpiente, al cabo de los cuales, después de titánicos esfuerzos, la venció. Durante, estos años de lucha, Samba Gana perdió mil lanzas y cien espadas; una espada y una lanza ensangrentadas le quedaban tan sólo.

Y dio al trovador la última de sus lanzas, ensangrentada con la sangre de la victoria, diciendo:

– Lleva esta lanza a la hermosa Analia Tubarí; dile que he vencido a la serpiente y observa si sonríe.

El trovador entregó la lanza a la hermosa Analia Tubarí. Ésta le dijo:

– Dile a Samba Gana que traiga la serpiente para que, como

esclava mía, sea yo la que conduzca el cauce del río a mi placer y antojo. Cuando yo vea a Samba Gana con la serpiente a cuestas, sonreiré.

Fue el trovador y transmitió el deseo de Analia Tubarí a Samba Gana, y cuando éste oyó las palabras de la hermosa, dijo:

– ¡Es excesivo el antojo!

Y cogió la ensangrentada espada y se la clavó en el pecho; sonrió el héroe por última vez y cayó muerto.

Recogió con devota unción el trovador la ensangrentada espada y se presentó ante Analia Tubarí, la hermosa, a quien dijo:

– Ésta es la espada de Samba Gana. Teñida está de sangre, ¡Oh, bella entre las más bellas! Sangre es ésta de la serpiente y del héroe que la batió.

¡Samba Gana ha sonreído ya por última vez!

Analia Tubarí reunió a todos los príncipes y guerreros, y montados a caballo llegaron a donde estaba el cadáver de Samba Gana.

Entonces la hermosa dijo:

– Fue el más sublime de todos los héroes. ¡Levantadle una tumba alta como jamás se haya levantado para príncipe, rey, emperador y héroe conocido!

Diez veces mil hombres cavaron la tierra. Cien veces mil hombres edificaron una colosal pirámide. Cien veces mil hombres amontonaron tierra sobre la colosal pirámide. Y la pirámide subía, subía...

Todas las mañanas la hermosa Analia Tubarí ascendía con sus príncipes y guerreros a la cima de la colosal pirámide. Todas las

mañanas cantaba el trovador la canción de Samba Gana, el héroe inmortal que batió a la serpiente del río.

Todas las mañanas la hermosa Analia Tubarí decía:

— La pirámide no es bastante alta. ¡Levantadla hasta que se pueda divisar mi ciudad de Wagana!

Cien veces mil hombres siguieron acarreando tierra y la aplanaban. Siete años siguió subiendo, subiendo la pirámide. Y al fin del séptimo año salió el sol.

Entonces el trovador miró en torno suyo y gritó un canto de júbilo:

— ¡Analia Tubarí, la muy hermosa: Hoy se divisa Wagana! Y Analia Tubarí miró hacia el Oeste y exclamó:

— ¡Ya veo Wagana! ¡El sepulcro de Samba Gana, el héroe de los siglos inmortales, es todo lo grande que su nombre merece!

Y la hermosa, en un transporte de divino arrobó, sonrió. Sonrió y ordenó:

— ¡Ahora, príncipes y guerreros, dispersaros por toda la faz de la tierra y sed héroes como Samba Gana!

Y nuevamente sonriose la bella, por última vez, y cayó muerta.

Enterraron a la hermosa Analia Tubarí en la cripta de la colosal pirámide, junto a Samba Gana, el héroe inmortal por los siglos de los siglos.

Las alas robadas

Érase una vez un príncipe llamado Sakaye Macina que viajaba por placer. Y he aquí que llegó a una ciudad en un día de feria.

Al apearse de su caballo oyó a un viejo que voceaba:

— ¿Quién quiere, por una jornada de trabajo, ganar cien monedas de oro? Sakaye se acercó al anciano y le dijo:

— Yo estoy dispuesto a trabajar todo un día por ese salario.

El viejo era un guinarú que frecuentaba los mercados con el único propósito de engañar a algún forastero y llevárselo a su choza para comérselo.

Respondió:

— Pues bien, Sakaye Macina. Deja tu caballo aquí y ven conmigo hasta el pie de aquella alta montaña. Allí encontrarás la faena que has de hacer. Sakaye siguió, sin pronunciar palabra, al guinarú, que había tomado el camino de la montaña indicado. Así que llegaron a las estribaciones del monte altísimo, el guinarú dijo:

— Sube a la cúspide. Arriba hallarás a tus compañeros ocupados ya en la labor.

— Pero, ¿Por dónde puedo escalar la cima? — preguntó Sakaye.
— No veo la posibilidad. ¡Si está cortada casi a cuchillo!

— Yo te proporcionaré una montura que te llevará a destino —

respondió el viejo guinarú.

Palmoteo éste y al punto apareció una tórtola gigantesca ensillada.

— Monta este corcel — ordenó el viejo.

Sakaye obedeció y el pájaro se elevó hasta la cima de la alta montaña. Una vez allí, depositó a su jinete sobre una enorme roca y desapareció.

Sakaye miró en derredor y vio una choza amarilla. Esta choza era de oro puro.

Aproximose y con asombro observó la presencia de un anciano cuyos ojos eran tan grandes y amarillos como el sol de mediodía.

Y divisó, cuando se dirigía hacia este viejo, a lo lejos y por encima de él, el Universo entero, pues la montaña sobre la cual se encontraba era la más alta de toda la tierra.

Muy cerca de este viejo de "los ojos de sol" vio una gran cantidad de cráneos humanos esparcidos por el suelo.

Preguntó al viejo de quién era la choza de oro y quién había matado a los dueños de aquellos cráneos.

Pregúntole también por que razón un hombre tan viejo como él se encontraba en un lugar tan espantoso, mayormente cuando, según todas las apariencias, era el único ser que moraba en aquella soledad altísima.

— Sakaye Macina — respondió el anciano, — yo soy el guardián de esta choza. Los que aquí habitan son yébem, devoradores de hombres. ¡He aquí que tú estás en poder de ellos y no te escaparás! El

padre de ellos te ha encontrado en el mercado y te sedujo con la esperanza de poseer el oro que te ofreció por un jornal. En consecuencia, espera aquí tu fin, porque dentro de un instante caerás en sus manos, donde hallarás la muerte. Te devorarán tan pronto el yébem que te ha encontrado esté de regreso. ¡Y no tardará mucho!

— ¿Tú también eres un devorador de hombres? — preguntó Sakaye.

— ¿Yo? — exclamó el anciano. — ¡No! Yo soy un yébem, pero en ningún modo de los devoradores de hombres. Yo pertenezco a otra raza diferente. Me obligan a permanecer aquí en virtud de un sortilegio que me priva del uso de las piernas; a no ser por esto, hace mucho tiempo que habría regresado al lado de los míos. Delante de la choza les sirvo de guardián y me es imposible escapar.

— Muy bien, anciano. ¿Y dónde están en este momento esos ogros propietarios de la choza de oro y dueños de tus piernas?

— Están de caza y volverán al mismo tiempo que su padre, a quien tú ya conoces.

— Entonces, ¿Ahora no hay nadie en la vivienda?

— Nadie, a excepción de unos yébem muy jóvenes que se distraen jugando a las conchas.

— Entraré, pues, y me esconderé en algún granero en espera de la noche para escapar.

— Te suplico que no hagas tal cosa — gritó el viejo. — Tú serías la causa de mi perdición, pues los yébem, a su regreso, me matarían sin compasión al oler carne humana en su casa.

Sakaye, que sabía que el guinarú de los "ojos de sol" no podía

nada contra él, porque el sortilegio le impedía el uso de las piernas, entró precipitadamente, sin hacer caso de sus advertencias y súplicas.

Al ver al intruso, los jóvenes yébem, que estaban jugando y se habían quitado las alas para estar más desembarazados, se asustaron y se metieron de un salto en un gran agujero que había en el centro de la guarida. Pero tuvieron tiempo de recoger sus alas.

Tan sólo la hermana, una muchacha muy jovencita, abandonó las suyas en la precipitación de la huida.

Cuando ella se encontró en medio de sus hermanos, éstos le dijeron:

— Pequeña, has dejado tus alas a la discreción del intruso. Anda por ellas, aunque ello te cueste la libertad. Debes intentar recuperarlas, pues jamás se ha dado el caso de que una yébem haya dejado sus alas en poder de un humano.

La joven yébem, a pesar de su espanto, regresó a la choza y, dirigiéndose a

Sakaye, le dijo:

— ¡Humano, yo te suplico que me devuelvas mis alas!

— Te las devolveré con una condición — respondió el príncipe. — Quiero que me lleves a mi pueblo.

— Te lo prometo — dijo ella.

Entonces Sakaye le devolvió las alas y ella se las puso en lugar adecuado. Hecho esto, el príncipe montó sobre la espalda de la joven yébem y voló tan alto, tan alto, que ya no podía distinguir siquiera la tierra.

Ella lo depositó delante de la puerta del palacio del rey y quiso, inmediatamente, regresar a la choza de la alta cumbre, pero Sakaye la retuvo a la fuerza. Para lograrlo, le quitó las alas y las escondió en los almacenes del rey.

Y acaeció luego, que la tomó por esposa. Desposados, vivieron así algunos años, y la joven yébem dio a luz tres hijos, todos derechos como un huso y lindos como flores.

A pesar de la alegría que ella sentía de ser madre la yébem tenía el corazón apesadumbrado. Añoraba y sentía nostalgia de la soledad de las altas cumbres.

Una noche, mientras su marido y sus hijos dormían, se transformó en un ratoncillo y, por un diminuto agujero, penetró en el almacén de su suegro el rey. Cogió las alas y se las ajustó a sus hombros. Luego, volvió para buscar a sus hijos, los ocultó bajo sus alas y, remontando el vuelo, se dirigió rauda hasta la montaña de sus amores.

El monstruo del lago

Érase una vez la hija de un poderoso rey. Se llamaba Untombina y era muy valiente.

En el país en que ella habitaba existía un lago encantado al que ningún ser humano se acercaba. En el lago vivía un Monstruo que, sin compasión ni piedad, se llevaba al fondo a cuantos se extraviaban por aquella región y a los que equivocadamente intentaban bañarse en las claras aguas del lago.

Untombina había oído hablar con frecuencia del Monstruo y también sabía dónde estaba el lago que aquél habitaba.

Sucedieron lluvias torrenciales y muy continuas en todo el país, y las tierras quedaron inundadas; entonces Untombina dijo a sus padres:

—Yo quiero ir a ver al Monstruo del lago para preguntarle si podría hacer cesar esta lluvia pertinaz.

Pero su padre, el Rey, se lo prohibió, y su madre derramó abundantes lágrimas a la sola idea de lo que pudiese suceder, ya que era terca Untombina, y lo más fácil de suponer era que el Monstruo la devorase.

En consecuencia, la muchacha permaneció en casa, más que por la prohibición paterna y los llantos de la madre, porque, estando el país inundado, se hacían los caminos intransitables.

Pero, al año siguiente, empezó a llover de nuevo y las aguas llegaron hasta lo más alto de los más altos muros que rodeaban el poblado, y Untombina no pudo contenerse por más tiempo. Quiso ir a toda costa al lago encantado y fue imposible disuadirla; ya ni escuchó la voz autorizada del padre, ni las lágrimas de desconsuelo de la madre la cambiaron de propósito.

Convocó a todas las muchachas del pueblo y eligió, de entre todas, a doscientas para que la acompañasen en el viaje. Vestiose como una novia. Siguiendo su ejemplo, las muchachas ataviáronse con sus mejores galas y sus más preciadas joyas.

Salieron juntas por las puertas del poblado. Untombina en medio y cien muchachas a cada lado del camino, formando como una Corte de honor. Riendo y cantando caminaban las jóvenes, como si llevaran a la novia al novio, y cuando encontraban por el camino a los mercaderes que, en grandes carretas tiradas por bueyes, recorrían el país, llamábanlos con voces joviales y gozosas y preguntábanles cuál, de entre todas, era la más bella.

Los hombres se acercaban y contestaban que ellos encontraban a todas muy lindas, pero ninguna comparable con Untombina.

—Pues — decían los mercaderes — la hija de vuestro rey es esbelta como el árbol de la altura y tan lozana coma la fresca hierba que brota después de las lluvias fecundas.

Cuando las otras jóvenes oían estas palabras se enfadaban tanto que maltrataban a los mercaderes y los llenaban de improperios. Luego proseguían su camino. Era un alegre, espectáculo ver a aquellas encantadoras jóvenes caminando jovialmente, ataviadas con primor y luciendo sus mejores joyas, refulgentes al sol, y sus collares y brazaletes de ricas perlas.

Declinaba el día cuando las bellas muchachas llegaron al encantado lago. Y, al llegar, despojáronse de todas sus galas y saltaron al agua fresca y cristalina para bañarse a los últimos rayos del sol.

¡Qué alegres estaban las lindas negritas! Chapoteaban, tirábanse unas a otras agua del lago, brincaban, saltaban y nadaban alborozadas. Desapareció el sol y tuvieron que buscar un sitio donde pudieran dormir. Realmente ya era hora de abandonar el placer del lago. Así lo hicieron, pero podéis imaginaros su espanto cuando advirtieron la falta de sus lindas sayas y vestidos, de los aros de los tobillos, collares y brazaletes.

— ¡Oh, oh, oh! — gritaron a una ¡Mira, Untombina, el Monstruo del lago nos ha robado todas nuestras prendas y joyas! ¿Qué hacemos ahora?... Oh, Untombina, ¿Qué hacemos ahora?

Gritaban tan fuerte como podían; tan sólo Untombina permanecía indiferente y altiva, contemplando a las muchachas asustadas.

Al fin la más atrevida de todas dijo gritando:

— ¡La culpa es tuya, Untombina; sólo tú nos has traído esta desgracia!

Otra, muy piadosa por cierto, propuso que todas se arrodillaran y suplicaran al Monstruo que les devolviera lo que les había robado.

Pero Untombina rehusó, altiva, la proposición.

— Yo soy la hija del rey — dijo — y no pienso humillarme ante el Monstruo.

Y diciendo esto se apartó de las otras muchachas que, entre lágrimas y sollozos, suplicaban al Monstruo les devolviese sus tesoros.

— ¡Oh, señor de este lago — clamaron — devuélvenos nuestras preciosas joyas y ricos vestidos! No quisimos hacerte ofensa ni daño. Fue Untombina, la hija de nuestro rey, la que aquí nos trajo. Solamente ella tiene toda la culpa.

Y entonces, de repente, vestido tras vestido, aro tras aro, collar tras collar, brazalete tras brazalete, empezaron a caer como llovidos del cielo sobre la orilla del lago.

Y, al cabo de un corto espacio de tiempo, las doscientas muchachas, que habían acompañado, a Untombina estaban vestidas y dispuestas a regresar al poblado.

Tan sólo Untombina no se había vestido. Altiva, permanecía erguida con los brazos cruzados sobre su pecho y, cuando las muchachas le rogaban que pidiera al Monstruo que le devolviese sus vestidos y sus joyas, ninguna palabra salió de sus labios.

— Oh, Untombina, hazlo, por favor. Pídeselos, Untombina — le suplicaban las muchachas.

Pero Untombina irguióse más altiva y más orgullosa aún, tanto que a los ojos de sus compañeras no parecía tan linda, y contestó:

— Jamás. Yo soy la hija de un rey y no suplico a nadie.

Cuando el Monstruo del lago oyó estas palabras, salió a flor de agua, apoderose de la orgullosa muchacha y se la tragó.

Lanzando gritos de terror las muchachas huyeron como galgos y al llegar al poblado contaron lo que le había ocurrido a la hija del rey.

— ¡Oh! — sollozó el desventurado padre; — yo se lo había advertido innumerables veces, pero ella no quiso escucharme. Pero aguardad, muy pronto, la libertaremos de las garras del Monstruo.

Y ordenó:

— ¡Mis guerreros, armaos de vuestros escudos, lanzas, hondas, arcos y agudas flechas! ¡Vamos a libertar a mi hija!

Pronto todo un ejército de guerreros negros se puso en marcha hacia el lago encantado.

El Monstruo asomó la cabeza fuera del agua, y al ver a tantos guerreros, abrió su descomunal y gigantesca boca y se tragó a un sinfín de ellos con la facilidad con que antes se tragara a Untombina. Su enorme cuerpo parecía que iba agrandándose por momentos, y era verdaderamente espantoso ver cómo perseguía a los que intentaban salvarse; y así fue la persecución hasta las mismas puertas del poblado.

Pero junto a la puerta estaba el rey con la más aguda de las lanzas que poseía y se enfrentó con el Monstruo, cuyo cuerpo se extendía por casi sobre una legua de distancia, ¡Tan enormes eran sus proporciones!

El viejo rey era un valiente guerrero muy diestro en el arte de batallar, y supo al instante dónde tenía que atacar a su enemigo. Primero le hundió la lanza en la garganta y luego le hizo un agujero en un costado. Por este costado empezaron a salir todos sus guerreros y finalmente la valerosa Untombina, más altiva que nunca.

El rey la tomó de la mano y la acompañó en triunfo hasta su madre, que tanto había llorado por ella.

Afortunadamente el Monstruo fue muerto, y el lago donde habitaba quedó, desde aquel instante, desencantado.

Takisé, o el toro de la vieja

Había una vez una vaca que se escapó del rebaño de su amo y se ocultó en un corral abandonado. Nació un lindo ternero y la vaca lo abandonó para volver al antiguo redil.

Y sucedió que una viejecita que por el lado del corral pasaba, vio al lindo ternero recién nacido y, compadeciéndose de él, llevólo a su casa, donde lo alimentó con salvado, mijo y hierba.

Creció el ternero y pronto se convirtió en un toro magnífico.

Un carnicero propuso a la anciana que le vendiese el toro, pero ella se negó rotundamente.

—Takisé (tal nombre le había puesto) no está en venta — respondió.

El carnicero se presentó ante el rey y le dijo:

—Poderoso señor, la vieja Zeynubé tiene un toro magnífico, grande y rollizo, un ejemplar digno de pertenecerle.

El soberano, reconocido glotón, ordenó al punto ir en busca del toro de la vieja Zeynubé. Varios carniceros, al mando de un funcionario del palacio, llegaron a la choza de la anciana.

El funcionario dijo a la anciana:

—El rey ordena que nos entregues el toro para sacrificarlo mañana.

— Cúmplase la orden del rey — contestó la anciana; — no puedo oponerme a ella. Pero os ruego una cosa: Llevaos a Takisé mañana por la mañana. Accedió el funcionario palaciego. Al día siguiente volvió a presentarse acompañado de los carniceros.

Fueron a coger el toro, pero éste resopló de cólera y se dispuso a cornearlos.

Los matarifes se asustaron, y el funcionario dijo a la anciana:

— Vieja, ordena al toro que se deje pasar una cuerda por el cuello. La anciana rogó al animal:

— Takisé, mi querido Takisé, deja que te aten con una cuerda. El toro accedió.

Le llevaron a palacio. Una vez allí, lo tumbaron al suelo, le ataron las patas y uno de los matarifes, empuñando un enorme cuchillo, se acercó para degollarlo.

Pero la hoja de acero no pudo cortar ni un solo pelo de Takisé; éste tenía el poder de impedir que el acero penetrase en su cuerpo.

El rey, enojado, hizo comparecer a la anciana, y le dijo:

— Si no consiguen degollar al toro ordenaré que te maten a ti.

La pobre anciana acercose al toro y, acariciándole el testuz, le dijo:

— Takisé, mi querido Takisé, ¡Déjate degollar! Takisé inclinó el testuz.

Degollaron al magnífico animal; luego lo desollaron y descuartizaron. Entregaron toda la carne al rey glotón, pero éste ordenó que diesen a la vieja la grasa y las tripas.

La anciana puso los restos que le entregara el rey en un cesto y regresó, triste y afligida, a su choza. Metió los restos en una tinaja, recordando apenada la muerte de su querido Takisé.

Y sucedió que, a partir de aquel día, cuando la anciana se levantaba, encontraba la choza limpia y aseada, las tinajas llenas de agua y todos los quehaceres listos.

Intrigada, la anciana resolvió aclarar el misterio.

Una mañana salió de la choza, cerró la puerta y se puso a vigilar por una rendija lo que ocurría en el interior.

Breves instantes después percibió un ligero ruido y luego el rumor de unas escobas que barrían el suelo.

Abrió la puerta de repente y vio a dos lindas jovencitas que corrieron a esconderse en la tinaja.

—No os escondáis — les dijo la anciana. — No os haré ningún daño.

Las dos jóvenes se acercaron, entonces, a la anciana y la saludaron cariñosamente.

Y la viejecita dioles un nombre: Ausa a una de ellas y Takisé — en recuerdo del amado toro — a la más linda.

Nadie conocía la existencia de las dos jovencitas, pues jamás salían de la cabaña.

Pero he aquí que un día llamó un forastero y pidió de beber. Takisé sirvióle bondadosamente.

El forastero, mientras bebía, se fijó en su rostro y quedó tan

prendado de su belleza que, sin pérdida de tiempo, se lo comunicó al rey, a quien, precisamente, iba a visitar.

Ordenó el soberano que la vieja se presentase inmediatamente acompañada de la hermosa Takisé.

Cuando vio a Takisé, quedose tan prendado de ella (jamás había visto belleza más perfecta) que al punto dijo a la anciana:

– Tu hija es bellísima, y quiero que sea mi esposa.

– Señor rey – respondió la anciana – no puedo oponerme a tus deseos. Pero quiero que me hagas una promesa: No permitas que Takisé salga jamás al sol ni se acerque el fuego, porque se derretiría como la manteca.

El rey lo prometió.

Pocos días después Takisé era la esposa del soberano.

Llegó un día en que el soberano tuvo que visitar una de sus ciudades lejanas. Y sucedió que sus hermanas, envidiosas, se pusieron de acuerdo para desembarazarse de su cuñada. Sabían que a Takisé le era funesto el calor.

Las cuñadas dijeron:

– Queremos ver cómo tuestas unos granos de sésamo.

– No puedo acercarme al fuego – respondió Takisé.

– Lo que te pasa es que eres una perezosa – le replicaron. – Tuesta esos granos de sésamo o, de lo contrario, te mataremos y arrojaremos tu cadáver al río.

Asustada, la pobre Takisé obedeció.

Y, ¡Oh destino!, mientras tostaba los granos, empezó a derretirse como la manteca al calor del sol y se convirtió en un líquido aceitoso que originó un caudaloso río.

Unos cuantos días después regresó el rey de su viaje y lo primero que hizo fue gritar:

— ¡Takisé! ¡Mi Takisé!

Una de las hermanas se le acercó y le dijo:

— Durante tu ausencia, Takisé púsose a tostar unos granos de sésamo y la pobrecita se derritió como si fuese de manteca y, al derretirse, se ha formado ese río caudaloso que ves allí.

El rey se quedó aterrado, y, loco de dolor, echó a correr hacia el nuevo río formado con el cuerpo de su amada Takisé.

Al llegar a la orilla transformose el rey en hipopótamo y sumergiose en las aguas en busca de Takisé. Y ésta, que adoraba a su esposo, tomó la forma de caimán y se arrojó también al agua para no separase jamás del rey, que era su amor.

Por esto, desde entonces, los hipopótamos y los caimanes viven siempre juntos en los ríos y en los esteros.

La comadreja y su marido

La Comadreja dio a luz un hijo, y, llamando a su marido, le dijo:

—Búscame unos pañales como a mí me gustan y tráemelos. El marido quería complacer a su mujer y le preguntó:

—¿Qué pañales son esos que a ti te gustan? Y respondió la Comadreja:

—Quiero una piel de elefante.

El pobre marido quedose perplejo ante tales pretensiones y no pudo abstenerse de preguntar a su cara mitad si por ventura no había perdido la cabeza.

La Comadreja por toda contestación le arrojó la criatura a los brazos y salió inmediatamente y a toda prisa. Buscó al Gusano, y, así que lo encontró, le dijo:

—Compadre, mi tierra está llena de hierba; ayúdame a renovarla un poco.

Y cuando vio al Gusano atareado, escarbando, la Comadreja llamó a la Gallina y le dijo:

—Comadre, mi hierba está plagada de gusanos y necesito tu ayuda.

La Gallina echó a correr, se comió al Gusano y se puso a rascar el suelo. Un poco más adelante, la Comadreja encontró al Gato y le dijo:

– Compadre, andan gallinas en mi tierra; bien pudieras en mi ausencia dar una vuelta por mis posesiones.

Un instante después el Gato había devorado a la Gallina. Mientras el Gato comía a sus anchas, la Comadreja dijo al Perro:

– Patrón, ¿Vas a dejar al Gato en posesión de esa tierra?

El Perro, furioso, corrió a matar al Gato, porque no quería que hubiese allí más amo que él.

Pasó por aquellos lugares el León, y la Comadreja le saludó con respeto y le dijo:

– Señor mío, no os acerquéis a ese campo, que pertenece al Perro.

Al oír esto el León, poseído de envidia, se arrojó sobre el Perro y lo hizo mil pedazos.

Por fin asomó el Elefante, y la Comadreja le pidió auxilio contra el León. Y el Elefante entró como protector en la tierra de la que le imploraba auxilio. Pero ignoraba la perfidia de la Comadreja, que había abierto un hoyo muy grande, disimulándolo con infinidad de ramas.

El Elefante, al caer en el lazo, se mató, pero antes había ahuyentado al León, que, temeroso, refugiose a toda prisa en la selva.

La Comadreja arrancó la piel del Elefante y se la presentó a su marido diciéndole:

– Te pedí una piel de elefante y me llamaste loca porque juzgaste mi deseo como el mayor desatino. Mediante Dios, la he obtenido y aquí la tienes.

El marido de la Comadreja ignoraba que su compañera era el

animal más astuto del mundo y ni remotamente soñaba que lo fuese más que él.

Pero entonces lo comprendió. Tal fama consiguió la señora con su ardid que, desde lo ocurrido, se dice: "¡Es más astuto que una Comadreja!".

El pollito que se hizo rey Érase un pollito muy chiquitito a quien no gustaba ni pizca la miel. Vino al mundo siendo ya huérfano, y dijo:

— ¡Mi padre ha muerto de hambre, y el rey le debía un grano de maíz!

Descolgó el zurrón de su difunto padre y, anda que te anda, partió a cobrar aquella deuda.

Apenas había andado media docena de pasos, cuando encontró en el camino un palo que le hizo tropezar y caer.

El Pollito se levantó y dijo:

— ¡Ah! Palo, ¿Aquí estás tú?. No te había visto.

— ¿Adónde vas? — le preguntó el Palo.

— Voy — contestó — a cobrar un crédito de mi difunto padre.

— Vamos juntos — dijo el Palo.

El Pollito cogió al Palo y se lo metió en el zurrón.

Anda que te anda, encontrose con un gato que, al verle, exclamó:

— ¡Ah, qué bocado más tierno!

— No — replicó el Pollito; — yo no valgo la pena.

— ¿Y adónde vas? — preguntó el Gato.

— Voy a cobrar un crédito de mi padre.

— Pues vamos allá juntos — dijo el Gato; — tal vez encuentre allí algo bueno que comer.

El Pollito cogió al Gato y lo metió en el zurrón. Y encontró a una hiena que le preguntó:

— ¿Adónde vas con el zurrón?

— Voy a cobrar un crédito de mi padre — explicó el Pollito.

— Vamos allá juntos — dijo la Hiena.

El Pollito cogió a la Hiena y la metió en el zurrón. Anda que te anda encontró a un león.

— ¿Adónde vas?

— A cobrar un crédito de mi difunto padre.

— Vamos allá juntos — dijo el León.

El pollito cogió al melencudo animal y lo metió en el zurrón. Encontró a un elefante que estaba hartándose de plátanos. El Elefante le preguntó cordialmente:

— ¿Adónde vas, Pollito?

— A cobrar un crédito de mi difunto padre.

— Pues, entonces, vamos juntos — dijo el paquidermo. El Pollito cogió al Elefante y lo metió en el zurrón.

Anda que te anda, encontró a un guerrero, que le preguntó:

— ¿Adónde vas con ese zurrón tan repleto?

— Voy a cobrar una deuda.

— ¿A casa de quién? — preguntó el Guerrero.

— Al palacio del rey — contestó el Pollito.

— Vamos juntos allá — dijo el Guerrero.

El Pollito lo cogió y lo metió en el zurrón. Por fin llegó a la ciudad donde vivía el rey.

La gente corrió a anunciar al soberano que el Pollito había llegado y que pretendía cobrar el crédito de su difunto padre.

— Haced hervir un caldero de agua y tirádsela hirviendo; así ese insolente polluelo morirá y no tendremos que pagar la deuda.

La hija del monarca se puso a gritar:

— Yo le tiraré el agua hirviendo.

Al verla venir, el Pollito le dijo al Palo:

— ¡Palo, ahora es la tuya!

El Palo hizo tropezar y caer a la hija del rey. El agua hirviendo se derramó y la hija del rey quedó escaldada.

La gente de la ciudad dijo entonces:

— Hay que encerrarlo en el gallinero con las gallinas, que lo matarán a picotazos.

Pero el Pollito sacó al Gato del zurrón y le dijo:

— ¡Te devuelvo la libertad!

El Gato mató a todas las gallinas, cogió la más gorda y se escapó con su botín.

La gente dijo entonces:

— ¡Que lo encierren en el corral con las cabras; allí lo pisotearán!

El Pollito dijo entonces:

— ¡Hiena, ya eres libre!

La Hiena mató a todas las cabras, escogió la más gorda y se escapó. La gente dijo entonces:

— ¡Que lo encierren en el corral de los bueyes! Y allí le metieron.

Pero el Pollito dijo:

— ¡León, ahora es la tuya!

El León salió del zurrón, degolló a los bueyes, escogió el más gordo y lo devoró en un santiamén.

Todo el pueblo estaba furioso y decía:

— ¡Este polluelo es un desvergonzado que no quiere morir! ¡Lo encerraremos con los camellos! Ellos lo pisotearán y matarán.

Lo encerraron. Pero el Pollito dijo:

— Buen amigo, compañero Elefante: Sálvame la vida. Ahora es la tuya. Y sacó al paquidermo del zurrón.

El Elefante miró a los camellos, los desafió y aplastó hasta el último. La gente del pueblo fue a ver al rey y le dijo:

– Este insolente polluelo no morirá aquí; démosle lo que se debía a su padre y que se vaya. Lo atraparemos en el bosque, lo mataremos y recuperaremos su herencia.

El soberano ordenó abrir su real tesoro y se dio al Pollito el grano de maíz que se le debía.

Y el Pollito abandonó, con su tesoro, el pueblo.

Entonces, todo el mundo montó a caballo, hasta el mismo rey, y se lanzaron en pos del Pollito.

Pero el Pollito sacó al Guerrero del zurrón y le dijo:

– ¡Guerrero, he aquí llegada tu hora! ¡Demuestra que eres hombre de armas tomar!

El Guerrero hizo trizas a todos.

Y el Pollito volvió entonces a la ciudad del rey; se hizo el amo y se proclamó el soberano de aquel pueblo al que, en buena lid, había vencido.

Cómo la sabiduría se esparció por el mundo

En Taubilandia vivía en tiempos remotos, remotísimos, un hombre que poseía toda la sabiduría del mundo. Llamábase este hombre Padre Ananzi, y la fama de su sabiduría habíase extendido por todo el país, hasta los más apartados rincones, y así sucedía que de todos los ámbitos acudían a visitarle las gentes para pedirle consejo y aprender de él.

Pero he aquí que aquellas gentes comportáronse indebidamente y Ananzi enfadose con ellos. Entonces pensó en la manera de castigarlos.

Tras largas y profundas meditaciones decidió privarles de la sabiduría, escondiéndola en un lugar tan hondo e insospechado que nadie pudiera encontrarla.

Pero él ya había prodigado sus consejos y ellos contenían parte de la sabiduría que, ante todo, debía recuperar. Y lo consiguió; al menos así lo pensaba nuestro Ananzi.

Ahora debía buscar un lugarcito donde esconder el cacharro de la sabiduría; y, sí, también él sabía un lugar. Y se dispuso a llevar hasta allí su preciado tesoro.

Pero... Padre Ananzi tenía un hijo que tampoco tenía un pelo de tonto; llamábase Kweku Tsjin. Y cuando éste vio a su padre andar tan misteriosamente y con tanta cautela de un lado a otro con su pote, pensó para sus adentros:

— ¡Cosa de gran importancia debe ser ésa!

Y como listo que era, púsose, ojo avizor, para vigilar lo que Padre Ananzi se proponía.

Como suponía, le oyó muy temprano por la mañana, cuando se levantaba. Kweku prestó mucha atención a todo cuanto su padre hacía, sin que éste lo advirtiera. Y cuando poco después Ananzi se alejaba rápida y sigilosamente, saltó de un brinco de la cama y dispúsose a seguir a su padre por donde quiera que éste fuese, con la precaución de que no se diera cuenta de ello.

Kweku vio pronto que Ananzi llevaba una gran jarra, y le agujoneaba la curiosidad de saber lo que en ella había.

Ananzi atravesó el poblado; era tan de mañana que todo el mundo dormía aún; luego se internó profundamente en el bosque.

Cuando llegó a un macizo de palmeras altas como el cielo, buscó la más esbelta de todas y empezó a trepar con la jarra o pote de la sabiduría pendiendo de un cordel que llevaba atado por la parte delantera del cuello. Indudablemente, quería esconder el Jarro de la Sabiduría en lo más alto de la copa del árbol, donde seguramente ningún mortal había de acudir a buscarlo... Pero era difícil y pesada la ascensión; con todo, seguía trepando y mirando hacia abajo. No obstante la altura, no se asustó, sino que seguía sube que te sube.

El jarro que contenía toda la sabiduría del mundo oscilaba de un lado a otro, ya a derecha ya a izquierda, igual que un péndulo, y otras veces entre su pecho y el tronco del árbol. ¡La subida era ardua, pero Ananzi era muy tozudo! No cesó de trepar hasta que Kweku Tsjin, que desde su puesto de observatorio se moría de curiosidad, ya no le podía distinguir.

— Padre — le gritó — ¿Por qué no llevas colgado de la espalda ese jarropreciado? ¡Tal como te lo propones, la ascensión a la más alta copa

te será empresa difícil y arriesgada!

Apenas había oído Ananzi estas palabras, se inclinó para mirar a la tierra que tenía a sus pies.

— Escucha — gritó a todo pulmón — yo creía haber metido toda la sabiduría del mundo en este jarro, y ahora descubro, de repente, que mi propio hijo me da lección de sabiduría. Yo no me había percatado de la mejor manera de subir este jarro sin incidente y con relativa comodidad hasta la copa de este árbol. Pero mi hijito ha sabido lo bastante para decírmelo.

Su decepción era tan grande que, con todas sus fuerzas, tiró el Jarro de la Sabiduría todo lo lejos que pudo. El jarro chocó contra una piedra y se rompió en mil pedazos.

Y como es de suponer, toda la sabiduría del mundo que allí dentro estaba encerrada se derramó, esparciéndose por todos los ámbitos de la tierra.

Fara y el viejo cocodrilo

Lo que voy a narraros sucedió en Madagascar.

Érase una vez dos hermanas, Rapela y Fara, que gustaban de jugar a la orilla del río. Su madre, tan sólo de vez en cuando les daba permiso, pues muchos cocodrilos rondaban por aquellos parajes. Un día, tanto le suplicaron Rapela y Fara, que no supo la buena madre negarles el permiso y, accediendo a sus preces, así las amonestó:

— Idos, pero guardaos de burlaros de Ikakinidriaholomamba. El viejo cocodrilo — añadió la madre — tiene muy mal talante y el peor de los genios; si os mofáis de él, os devorará.

Las dos hermanitas prometieron obedecer, y fuéronse alegres para jugar con las piedras del río.

Muy, pronto Ikakinidriaholomamba asomó entre los cañaverales para distraer su ocio con el juego de las niñas; viéronle éstas y como, en verdad, el viejo cocodrilo era enormemente feo, Fara, que había olvidado los consejos de su madre, exclamó:

— ¡Oh, oh, qué viejo está padre Cocodrilo!

— ¡Y qué cabeza tan hundida!

— ¡Y qué ojos tan hinchados!

— ¡Y qué vientre tan lleno de arrugas!

— ¡Y cuántas escamas tiene en su cuerpo!

Por lo que, Ikakinidriaholomamba, enfurecido, trepó hasta la orilla para alcanzarlas, mas ellas corrieron, ligeras como galgos, llegando salvas al hogar.

— Bien, hijitas, bien; — preguntó la madre — fuisteis prudentes y cautas, ¿No es cierto?

— ¡Oh, mamá! — contestó Rapela — ¡El viejo Cocodrilo intentó zamparse a Fara!

— ¡Ah! — exclamó la madre moviendo la cabeza — ¡Habrase Fara burlado de él! ¡Es menester saber moderar la lengua, hijitas mías!

A la mañana siguiente, las hermanas retornaron al río y nuevamente emprendieron sus juegos con las piedrecillas de la orilla.

Rapela divertíase mucho, sin cuitas de ningún género; mas Fara, intranquila con el recuerdo de las burlas del día anterior, contemplaba a Ikakinidriaholomamba que, ojos cerrados, permanecía tumbado a lo largo de un tronco de árbol.

Era horriblemente feo, y Fara, sin poderse contener, díjose de nuevo entre dientes:

— ¡Oh, qué viejo está padre Cocodrilo!

— ¡Y qué cabeza tan hundida!

— ¡Y qué ojos tan hinchados!

— ¡Y qué vientre tan lleno de arrugas!

— ¡Y cuántas escamas tienen en su cuerpo!

Mas esta vez fue la vencida, ya que el Cocodrilo echole el diente, engulléndosela.

En vano la desventurada Rapela imploró al monstruo para que le devolviese su hermana; aquél habíase sumergido ya en la corriente, dejándola triste y sin consuelo.

Los padres de Fara corrieron a la orilla y, llegados al lugar, la madre así imploró al viejo Cocodrilo:

— ¡Oh, Mamba, devuélvenos a Fara! ¡En verdad, ella fue muy mala, pero es tanta nuestra angustia que bien podrías devolvérsola!

A lo que Ikakinidriaholomamba respondió, imitando la voz de Fara:

" — Sí, sí, buena señora.

Acudid en busca de vuestra Fara.

Pero Fara tiene la lengua muy larga.

Buscad a Fara. — ¡Y qué cabeza tan hundida!

Buscad a Fara. — ¡Y qué ojos tan hinchados!

Buscad a Fara. — ¡Y qué vientre tan lleno de arrugas!

Buscad a Fara. — ¡Y cuántas escamas tiene en su cuerpo!

Así hablaba la niña, ¿No es cierto?"

La pobre madre quedó abatida ante tal réplica y, dirigiéndose a su marido, le dijo:

—¡Háblale tú al Cocodrilo, a ver si le convences! Entonces el padre de Fara gritó:

—¡Oh, Mamba, devuélvenos a Fara! ¡En verdad, ella fue muy mala, pero es tanta nuestra desdicha que bien podrías compadecerte y devolvérnosla! Mas Ikakinidriaholomamba le respondió:

" — Sí, sí, mi viejo.

Acudid en busca de vuestra Fara.

Pero Fara tiene la lengua muy larga.

Buscad a Fara. — ¡Y qué cabeza tan hundida!

Buscad a Fara. — ¡Y qué ojos tan hinchados!

Buscad a Fara. — ¡Y qué vientre tan lleno de arrugas!

Buscad a Fara. — ¡Y cuántas escamas tiene en su cuerpo!

Así hablaba la niña, ¿No es cierto?".

Los desventurados padres estaban descorazonados, cuando la madre propuso:

— ¿Y si le ofreciéramos algo a cambio de Fara?

— Ofrezcámosle un buey — dijo el padre. Y la madre voceó:

— ¡Oh, Mamba! Un buey te daremos por Fara. Ikakinidriaholomamba se dirigió a su prisionera y le dijo:

— Contesta a tu madre, que estoy muy cansado. Y Fara gritó:

— ¡Madre, mi buena madre, Mamba no quiere aceptar! Entonces el padre, mejorando la oferta, clamó:

— ¡Oh, Mamba, diez bueyes te daremos por Fara! Y Fara, nuevamente, gritó:

— ¡Padre, querido padre, Mamba no quiere aceptar! Rapela contempla a sus padres y ofrece:

— ¡Oh, Mamba, veinte bueyes te daremos, si me devuelves la hermana!

Y Fara también esta vez contestó:

— ¡Rapela, mi dulce hermana, Mamba no quiere, no! Entonces la madre, desesperada, clamó fuertemente:

— ¡Oh, Mamba, cien bueyes te daremos por nuestra Fara!

El viejo Cocodrilo, que era muy glotón, pensó que cien bueyes bien valían el rescate de una niña, y murmuró:

— Bien, bien; me place la oferta; preparad los cien bueyes.

Y Fara, llena de contento, desde el vientre del Cocodrilo, contestó:

— ¡Madre, oh madre, Mamba aceptó ya!

Rapela y sus padres corrieron a la villa con harta turbación, porque ellos tan sólo poseían veinte bueyes. Fueron al encuentro de parientes y amigos, y éstos, para que no se menoscabara el rescate de Fara, prestáronle cuantos bueyes hubieron menester para completar la oferta.

Los aldeanos reunieron los cien bueyes y dirigieron hacia la ribera.

Así que el viejo Cocodrilo divisó al rebaño soltó a Fara para aproximarse a la orilla, pero los labriegos habían colocado a la cabeza del rebaño al toro más poderoso y feroz; éste se lanzó sobre Ikakinidriaholomamba y con sus enormes cuernos vacióle los ojos; cundió el ejemplo y los demás bueyes pisoteáronle hasta darle muerte cruel.

Así el viejo Cocodrilo halló un muy desgraciado fin, quedándose sin un solo buey por haber apetecido muchos.

Cuando Fara, vióse nuevamente bajo el techo del hogar, hízose propósito firme de no hablar más de la cuenta en lo futuro y de medir las palabras en el resto de sus días.

Cuento o fábula, yo fui quien rompió el hueso para que vosotros,

niños, os aprovechaseis del meollo.

El anillo de la tórtola

Érase que se era un joven llamado Karambé, gran cazador de pájaros. Cada vez que visitaba sus trampas encontraba numerosos prisioneros. Había atrapado en sus redes todos los pájaros del mundo, a excepción de una tórtola de negra garganta, de la especie que los basutos llaman kurkundodorú y los bámbaras butuntuba – kanfi. Esta tórtola había burlado todas sus trampas.

Entonces Karambé renunció a capturarla por este medio y preparó cola con la corteza hervida del árbol toroblé y engomó todos los árboles del país.

La tórtola, que no conocía esta clase de lazo, fue a posarse sobre una rama y allí quedó prisionera.

Karambé corrió a apoderarse de ella. Entonces le dijo la tórtola:

– Joven, tu habilidad ha sido mayor que mi prudencia. Pero, ¡No me mates! Concédeme el tiempo necesario para ofrecer a mis grigris algunos polluelos.

– Bien – consintió Karambé –. Mas, para que no huyas, te ataré de una pata.

Entonces la tórtola empezó a cantar y, a su llamada, los pollos de los contornos acudieron. Atrapó a tres, que mató sobre los grigris, que ella acababa de invocar.

Terminada la ofrenda, el joven cazador se dispuso a matar a la

tórtola.

—No me mates — imploró la tórtola—. Te daré algo que te alegrará y también a tu padre, pues ya no te verás obligado a ir de caza con tu perro, como lo necesitas ahora.

—¿Y qué quieres darme tan precioso?

—Quiero darte ganado.

—¿Para qué? Yo no bebo leche.

—Entonces te daré infinidad de conchas.

—Las conchas no se comen. Tu carne es más preciada para mí. Y Karambé, impaciente, cogió a la tórtola por el cuello.

Ésta le dijo entonces con voz ahogada, pues la presión de los dedos le dificultaba el hablar:

—¡Suéltame! Te prometo una cantidad de oro tan grande como una montaña.

Al oír estas palabras, Karambé aflojó la presión de sus dedos. El pájaro puso entonces un huevo y dijo al cazador:

—Rompe este huevo. Encontrarás dentro una sortija. Mójala con tu sangre. Cuando Karambé hubo roto el huevo, vio en el interior una sortija blanca. Hízose entonces una pequeña incisión en la mano y mojó el anillo con su sangre. El anillo se puso amarillo como el oro.

—Ponte la sortija en el dedo — recomendó la tórtola—. Cada vez que necesites algo, golpea el suelo con la palma de la mano donde está el dedo portador del anillo. Pronuncia el nombre de lo que deseas y lo tendrás al instante.

— Voy a hacer la prueba sin esperar más — dijo Karambé — . Si has mentido, te asaré a la brasa y te comeré.

Púsose la sortija en un dedo de la diestra y golpeando el suelo con la palma de la mano, gritó esta sola palabra:

— Cuscús.

Cien calabazas de alcuzcuz, cubiertas de paja entrelazada, descendieron al instante de las montañas del Sudán.

El joven cazador se hartó y luego dijo a la tórtola:

— Tal vez esto sea un solo efecto de tus sortilegios. No creo que la sortija me haya procurado este delicioso cuscús. Voy a intentar una segunda prueba. Golpeando el suelo de nuevo, gritó:

— ¡Padre! ¡Madre! ¡Venid a comer cuscús conmigo! Al punto vio a sus padres a su lado.

Sentáronse y comieron, ellos también, con envidiable apetito.

— Tortolita — dijo entonces Karambé — , sea tu sortija eficaz o no, ya me has dado más alimento de lo que vale tu carne. Por tanto, voy a ponerte en libertad. Pero has de saber que si tu sortija cesa de serme útil, todavía podría atraparte.

Dicho esto, dejó en libertad a la tórtola, que fue a posarse sobre la rama de un árbol. Karambé regresó a su poblado, seguido de sus padres. La marcha fatigaba mucho a éstos, pues no habían podido darse cuenta de la enorme distancia recorrida cuando venían, pues habían sido transportados a través del espacio por obra y gracia de la sortija prodigiosa.

Karambé, viéndolos caminar penosamente, golpeó el suelo con la

palma de su mano y gritó:

– Necesito tres caballos alazanes.

Al punto, tres magníficos caballos, ricamente enjaezados, de cola y crines de hilos de oro, salieron de debajo de la tierra en el lugar mismo donde Karambé había golpeado.

El joven cazador ayudó a sus ancianos padres a montar los magníficos corceles, luego montó él a su vez, y así entraron en el poblado.

Una vez en la choza, Karambé golpeó el suelo pidiendo una más lujosa de la que habitaban, con rica azotea.

Al instante surgió de la tierra un palacio, más que una cabaña, alta como una montaña y tan sólida que podía desafiar los asaltos de los más furiosos huracanes.

La familia se instaló allí.

Un día, una vieja negra llegó al palacio de Karambé y vendió un jarro de leche a la madre del joven cazador; la madre deslió en ella un poco de harina e hizo un magnífico plato.

Karambé, después de haberlo probado, dijo:

– Esto es riquísimo. Puesto que mi sortija puede proporcionarme todo cuanto se me antoje, ahora quiero ganado que me dé rica leche y así condimentar manjares exquisitos.

Golpeó el suelo con la palma de la mano y al punto salieron centenares de gordas vacas.

Un jefe negro, hombre muy envidioso, supo que Karambé poseía

una sortija maravillosa y decidió arrebatársela.

Marchó a la cabeza de un poderoso ejército contra el poblado en que vivían Karambé y sus padres.

Entonces el joven cazador golpeó fuertemente en la roca con la palma de su diestra, y ordenó:

—Quiero poseer numerosos guerreros para derrotar a estos miserables invasores.

De todos los lados del poblado surgieron numerosísimos guerreros armados de lanzas y fusiles. Unos arrancaban los árboles para servirse de los troncos a guisa de estacas. Y otros iban provistos de piedras del tamaño de una choza.

Los guerreros de Karambé se lanzaron sobre los invasores e hicieron una gran matanza. Pocos supervivientes pudieron huir.

No pudiendo el jefe negro apoderarse de la sortija mágica, decidió apropiársela mediante una astucia.

A este fin, envió a su hija mayor al palacio de Karambé para rogarle que la aceptase como esposa. Antes de mandar a su hija le había dicho:

— ¡Tú sabes que eres hija de un rey! Espero que no permitirás que haya nadie que sea más poderoso que tu padre. El hombre a quien te envió tiene más poder que yo; posee un anillo que le proporciona todo cuanto quiere. Cuando te haya aceptado como esposa, harás todo cuanto sea necesario para apoderarte del anillo, si no quieres que yo te maldiga. Cuando la bella negrita se presentó ante Karambé, éste se enamoró locamente de ella y la aceptó como esposa.

La primera noche, en el momento de ir a retirarse a dormir, la

linda negrita dijo a su marido:

— No viviré contigo, si antes no me das una rica dote.

— Te doy cien esclavos — contestó Karambé.

— En el palacio de mi padre, yo tenía doscientos — replicó la linda desposada.

— Te regalaré cien collares y cien brazaletes de latón.

— En casa de mi padre los hay a millares, y de oro — repuso.

— Entonces ¿Qué quieres de mí? — preguntó Karambé.

— La sortija que llevas en el dedo.

— No te la puedo dar.

— Entonces, déjame y volveré a casa de mis padres.

Karambé estaba tan enamorado de la beldad de su esposa que cedió.

— Toma la sortija — dijo.

La nueva esposa recibió el presente mágico y añadió:

— Ahora que me la regalaste, tienes que indicarme el modo de servirme de ella.

Y dijo Karambé:

— Si quieres algo, golpea el suelo con la palma de tu mano, nombrando en voz alta el objeto deseado.

La joven negrita golpeó entonces el suelo y pidió:

— ¡Sortija del cazador de pájaros, llévame a mi choza!

Al instante vióse transportada a la casa de su padre y todos los bienes que Karambé había adquirido gracias a la sortija, la siguieron hasta la choza del rey negro, pues no podían separarse del dueño de la mágica joya.

Al día siguiente, la pérfida esposa entregó la sortija a su padre y éste hizo los preparativos para ir a destruir el poblado de su yerno.

— Otra vez volvemos a estar en la miseria — exclamó Karambé a su padre—. Ahora me las pagará la tórtola, porque la capturaré de nuevo.

El perro del viejo cazador intervino diciendo:

— No vale la pena apresar a la tórtola. Yo voy a intentar recuperar la sortija. Déjame partir, para obrar en consecuencia.

Acto seguido el perro fue a buscar a un gato.

— El anillo de mi amo — le dijo — ha caído en manos del rey. Si de ahora a esta noche la sortija no está en mi poder, exterminaré a toda la raza de los gatos.

El gato, a su vez, fue a buscar a una gusurú, especie de rata muy diestra en robar cuanto encuentra: Plata, jabón, objetos de vidrio, etc., etc.

Y le dijo:

— Si el anillo de Karambé se queda esta noche en casa del rey, mataré a todos los gusurús del mundo y aniquilaré vuestra raza.

A medianoche, tres gusurús penetraron en la morada del rey,

cuando éste estaba sumido en el más profundo sueño. Uno de ellos le sopló en el rostro; otro, en la planta de los pies, lo que, según cuenta la tradición de los kados, impide que el durmiente despierte. Entre tanto, el tercero le quitaba la sortija del dedo.

Cuando tuvo el anillo en su poder, fue prontamente a entregárselo al gato. Éste, a su vez, se apresuró a llevárselo al perro. Y el perro se lo dio a Karambé.

Con la sortija mágica volvieron todas las riquezas adquiridas por virtud de sortilegio.

Temió Karambé que se la sustrajeran de nuevo y cosióla en un saquito que colgó de su cuello, sin que jamás se desprendiera de él.

Luego golpeó el suelo y dijo:

— ¡Anillo, llévame lejos de los hombres, donde ningún rey pueda atacarme, interrumpiendo mi sosiego y felicidad!

En un abrir y cerrar de ojos, su familia y sus bienes viéronse transportados al pico de una montaña inaccesible y de prodigiosa altura, donde vivieron felices y tranquilos largos años.

Por qué los monos no hablan

En aquellos tiempos remotos en que los animales hablaban, los monos convivían en las aldeas con los hombres y con ellos conversaban.

Pero sucedió un día que los mortales humanos celebraban una

gran fiesta; por espacio de una semana tocaron, durante el día, el tam – tam, y bailaban y bebían sin cesar en las noches.

A raudales corría el vino de palma, porque el jefe de la aldea había ordenado poner doscientas tinajas llenas de tan comfortable vino en la plaza pública del pueblo.

Todo el mundo había bebido hasta saciarse, pero él, como correspondía a tan poderoso jefe, había bebido mucho más que los otros. Por esto, al despuntar el día, tembláronle las piernas como dos tiernas palmeras, sus ojos distinguían las cosas confusamente y su corazón sentíase inundado en un mar de felicidad.

Sus mujeres le llevaron cuidadosamente al palacio, pero él se negó a quedarse allí y, saliendo de nuevo, encaminóse hacia la aldea de los monos.

Cuando llegó, los monos, riendo y saltando a cual más, se apretujaron a su alrededor; ya uno le daba un tirón al taparrabos, ya otro le arrebatava el gorro; éste le sacaba la lengua, aquél le volvía la espalda o le hacía un gesto desvergonzado de burla. Y así la diversión era mayúscula, siendo el rey el hazmerreír de todos los monos.

El jefe, ya entrado en años, se irritó sobremanera al observar la irrespetuosa conducta de los monos y, montando en cólera, fue a quejarse ante el dios Nzamé.

Éste escuchó atentamente la queja del jefe de los hombres y, queriendo hacer rápida y ejemplar justicia, llamó al jefe de los monos.

Una vez el jefe de los monos estuvo en su presencia, Nzamé le preguntó muy enfadado:

– Dime por qué tu gente ha insultado de modo tan grosero a tu

padre, el jefe de los hombres.

El jefe de los monos no supo qué contestar.

Entonces Nzamé dijo con acento severo:

—Desde hoy en adelante, tú y tus hijos serviréis a los hombres, y ellos os castigarán. Así, desde ahora mismo quedáis sometidos a su autoridad.

El jefe de los hombres y el jefe de los monos se marcharon.

Pero cuando el primero ordenó al segundo que fuese a trabajar, el jefe de los monos, a pesar de las órdenes recibidas, contestó con la mayor insolencia:

—¡Estás soñando! ¿A mí hacerme trabajar? Vamos, que no estás bien de la cabeza.

El jefe de los hombres no insistió. Llegó a la aldea, se acostó y así que hubo descansado, maduró un plan para vengarse de los desvergonzados monos.

En cuanto llegó la fiesta siguiente, ordenó colocar en el centro de la plaza de la aldea centenares de tinajas, llenas de rico vino de palma.

Pero en el vino había mandado echar la hierba que hace dormir.

Advirtió a los suyos que no bebieran de otras tinajas que de aquellas que ostentaban una señal determinada; luego invitó a los monos a la fiesta.

Los simios no podían rehusar honor tan señalado y, en consecuencia, fueron a divertirse y a beber de lo lindo.

Pero, ¡Ay!, en cuanto hubieron bebido, todos sintieron invencibles deseos de dormir.

Y quedaron los monos sumidos en un profundo sueño, y el jefe de los hombres ordenó, entonces, que los atasen. Ya todos atados, los hombres empezaron a manejar los látigos.

Los monos, al sentir los latigazos, despertaron al instante, recobrando una agilidad verdaderamente extraordinaria, una agilidad nunca vista. Saltaban y bailaban maravillosamente.

Terminada la memorable paliza, los monos andaban agachados, buscándose los pelos y rascándose.

Entonces el jefe de los hombres ordenó que los señalasen con un hierro ardiente y luego les obligó a hacer los trabajos más penosos de la aldea.

Los monos no tuvieron más remedio que obedecer.

Pero un día, hartos de trabajar y sufrir, desesperados, se presentaron ante el jefe de los hombres para reclamar mejores tratos.

— Perfectamente — contestó el jefe —. Ahora veréis el trato que os doy.

Al punto ordenó a sus guerreros que azotasen a los monos y les cortasen la lengua.

— Así — dijo, terminada la operación • ya se han acabado las reclamaciones.

¡Y a trabajar, gandules!

Los monos, indignados, no podían proferir más que unos sonidos

inarticulados, pero como en lugar de obtener justicia, habían sido tratados con peor crudeza y menos caridad, decidieron huir a la selva.

Los descendientes de aquellos monos nacieron dotados de lengua, pero como temen que los hombres vuelvan a apoderarse de ellos para hacerles trabajar, no han pronunciado desde entonces una sola palabra.

Saltan y brincan como el día que les dieron de palos y lanzan gritos, muchos gritos, eso sí...

Cómo el sastre casó a su hija

Un sastre tenía una hija casadera, una negrita guapísima. Dos rivales se presentaron un día delante de la muchacha y, al pretenderla, le dijeron:

— Por ti venimos.

— ¿Y qué pretendéis? — exclamó la bella negrita, sonriendo.

— Los dos te amamos — contestaron los jóvenes negritos — y ambos deseamos casarnos contigo.

Como la linda negrita era una chica harto bien educada, llamó a su padre, quien, después de escuchar a los pretendientes, les dijo:

— Retiraos ahora, porque es tarde; pero volved mañana; lo pensaré, y entonces os indicaré cuál de los dos se llevará a mi bella hija por esposa.

Al día siguiente, al amanecer, los dos opuestos y gallardos negritos se presentaron nuevamente en casa del sastre y así hablaron:

— Aquí nos tenéis para recordamos vuestra promesa de ayer y saber cuál de los dos llevará vuestra hija por esposa.

— Esperad un momento — contestoles el padre; he de llegarme al mercado para comprar una pieza de paño, y, en cuanto regrese, que será enseguida, sabréis mi respuesta.

Efectivamente, estando de vuelta el sastre, llamó a su hija y habló

en estos términos a los pretendientes:

— Sois dos y yo no tengo más que una hija. ¿A quién se la doy? ¿A quién se la niego? En mí incertidumbre y deseando ser imparcial, vamos a hacer una cosa: De esta pieza de paño cortaré dos vestidos enteramente iguales para que la labor sea la misma en su confección. Cada uno de vosotros coserá una, y el que primero concluyo la tarea, será mi yerno.

Los negritos rivales aceptaron la idea feliz y tomaron su labor respectiva, disponiéndose a coser en presencia del maestro.

El padre llamó a su hija y le ordenó:

— Aquí tienes hilo; prepáralo para esos dos obreros.

La muchacha obedeció a su padre; tomó el hilo y se sentó junto a sus rivales. Pero la linda negrita era muy astuta. El padre no sabía a quién amaba, ni los pretendientes sabían cuál de los dos era el preferido. Ella guardaba su secreto en el fondo de su corazón.

Fuése el sastre y ella preparó el hilo con el cual los mozos habían de coser. La pícara negrita daba hebras cortas al negro que amaba, mientras que se las ofrecía muy largas al rival que su corazón desechaba.

Los obreros cosían con idéntico afán, pues su pasión era grande. A las once de la mañana, no obstante el incesante trabajo, apenas la labor llegaba a la mitad; pero, a eso de las tres de la tarde, el negrito de las hebras cortas tanto había adelantado, que tenía su obra terminada. Cuando regresó el sastre, el vencedor mostróle el vestido terminado, en tanto que su rival seguía dando puntadas.

— Hijos míos — exclamó el padre—: No quise favorecer a

ninguno de los dos y por eso corté mi pieza de paño en dos porciones iguales, para que mi hija fuese el premio del que más se afanara en la obra. "El que primero concluya, éste será mi yerno." Así lo comprendisteis y así lo aceptasteis, ¿Verdad?

—Padre — respondieron los dos apuestos negritos—, comprendimos tus palabras y aceptamos la prueba. Lo hecho, bien hecho está.

El raciocinio del padre había sido éste: El que primero acabe, será el más diestro y por tanto el más indicado para sostener la casa con prosperidad y decoro; pero no había podido sospechar que la picaruela de su hija daría hebras cortas al que amaba y largas al negro que no quería. Así, con su malicia, decidió la prueba, y ella fue quien se eligió el esposo y la suerte de su hogar.

Amadú Kekediurú (el salvador de los suyos)

Dos hermanos se disponían a hacer un largo viaje. Su hermana, viuda, quiso acompañarles, pero ellos se opusieron y emprendieron la marcha. Pocas horas después, la hermana dio a luz un niño que, inmediatamente, abrió los ojos y rompió a hablar.

— ¡Madre! — gritó —. ¡Lávame! La madre respondió:

— Puesto que sabes hablar, lávate tú solo. Cuando el niño se hubo lavado, preguntó:

— ¿Dónde está mi padre? La madre contestó:

— Ha muerto.

— ¿Y no tienes familia alguna? — siguió preguntando el recién nacido.

— No tengo más que dos hermanos que acaban de emprender un largo viaje.

El niño quedó pensativo un momento y luego dijo:

— Voy a reunirme con ellos... Les amenazan muchos peligros y quiero evitarlos.

Levantóse, tomó una hoz diminuta y un hilo de pescar y se lanzó corriendo por el camino que habían seguido sus tíos.

Éstos se hallaban ya en las cercanías de un poblado habitado por

hechiceros, brujos y magos, siendo su jefe una hechicera, mil veces más bruja y perversa que todos ellos.

El camino estaba guardado por infinidad de perros y toros que mataban a los que no tenían nada que darles de comer.

El niño, que se llamaba Amadú Kekediurú, es decir, Amadú que – no – teme – a – los – brujos, había llevado también consigo un haz de heno. Con el hilo de pescar, provisto de varios anzuelos en un extremo, consiguió pescar algunos peces y se los metió en su zurrón.

A pesar de esta carga, volaba como el viento detrás de sus tíos.

Amadú llegó junto a ellos en el momento en que iban a ser devorados por los toros y los perros.

– ¡Tíos, no temáis nada! – les gritó –. ¡Voy a ayudaros!

Echó a los toros el haz de heno y lanzó los peces a los perros. Las feroces bestias se dedicaron a comer tranquilamente y no se ocuparon de los hombres ni de su sobrino.

– Continuemos la marcha – dijo el niño. – Soy vuestro sobrino... Os acompañaré...

– Nada de eso – respondieron los tíos –. Nos has salvado de los toros y de los perros, pero no permitiremos que nos acompañes... Por otra parte, es imposible que seas nuestro sobrino, ya que nuestra hermana no tenía ningún hijo cuando abandonamos nuestra tienda...

Y los dos hombres prosiguieron su camino, abandonando al niño.

Amadú se convirtió entonces en un "dibrí" o sombrero cónico de paja y se situó en el borde del camino, delante de sus tíos.

El mayor de ellos descubrió el sombrero y exclamó:

— ¡Mira qué suerte, hermano! Este sombrero me protegerá contra la lluvia. Y se lo colocó en la cabeza.

El sombrero gritó entonces:

— No soy un sombrero, tío, sino tu sobrino Amadú...

Al oír esto, el tío se quitó el cubrecabezas y lo arrojó al suelo, de donde desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra.

El niño se transformó en una sortija y fue a apostarse en la carretera, en un punto donde no tenían más remedio que pasar sus tíos.

Esta vez fue el más joven de ellos el que lo descubrió.

Lanzando un grito de alegría, recogió el anillo y se lo puso en el dedo. Entonces el anillo habló y dijo:

— No soy un anillo, tío, sino tu sobrino Amadú.

El menor de los tíos se quitó enfurecido la sortija y la tiró al suelo. Inmediatamente Amadú recobró la forma humana y habló de este modo:

— Si no me permitís que os acompañe, tíos míos, os pesará... Acordaos de lo que os sucedió con los toros y con los perros...

El mayor de los tíos repuso entonces:

— Puesto que persistes en llamarnos tíos, empiezo a creer que eres en realidad nuestro sobrino... Acompáñanos...

Llegaron finalmente al poblado de los hechiceros. La reina les hizo un magnífico recibimiento.

Al caer la tarde, cada uno de los forasteros recibió una gran calabaza llena de "to", o cuscús, que les enviaba la reina.

El mijo de la primera estaba cubierto de carne de buey; el de la segunda, de carne de perro, y el de la tercera, de carne humana.

Cuando los esclavos portadores de los regalos se hubieron retirado, Amadú les dijo a sus tíos:

—No toquéis el "to" hasta que yo os diga.

acercose a las calabazas y metió su dedito en la primera, sin que ocurriera nada. Hizo luego lo mismo con la segunda y cuando quiso retirar el dedo, el "to" se había adherido a él de tal modo que no pudo conseguirlo; con la tercera sucedió exactamente igual.

—Comed de la primera calabaza — aconsejó a sus tíos —; las otras contienen carne mala.

Los dos tíos siguieron el consejo de su sobrino.

Durante este tiempo, la reina hechicera había ordenado a sus esclavos que pusieran agua a hervir en gran cantidad, pues tenía la intención de lavar bien a sus víctimas después de degollarlas.

Hacia la medianoche, armada de una enorme lanza, se dirigió a la tienda en que reposaban sus huéspedes.

Cuando llegó ante la puerta de la tienda, Amadú la oyó y gritó:

— ¡Eh, no entres todavía! ¡No me puedo dormir!

— ¿Y por qué no te has dormido aún? — preguntó la bruja.

— Porque no me has dado de cenar lo que mi padre acostumbra a

darme todas las noches.

– ¿Y qué te da tu padre, nenito?

– Estrellas.

– Voy a cogerte unas cuantas – contestó la hechicera.

Y se pasó la noche haciendo señas a las estrellas para que vinieran a ponerse al alcance de sus manos.

Durante cuatro noches consecutivas repitióse la misma escena entre la reina hechicera y Amadú.

La sexta noche, el niño dijo a la vieja:

– Si quieres que me duerma la noche próxima, trae a tus dos hijas para que me hagan compañía durante esta velada. Quiero aprender las canciones del país y que me cuenten cuentos.

Al día siguiente por la tarde, la reina llevó a sus dos hijas, las cuales, enseñaron las canciones del país y contaron algunos cuentos maravillosos a Amadú.

Llegada la medianoche, las dos hijas se acostaron en una habitación contigua.

De madrugada, la hechicera volvió a la tienda, golpeó el suelo por tres veces con su lanza y, comprobando que nadie le respondía, entró sigilosamente.

Amadú, al percibir los pasos de la vieja, se había subido al techo y se escondió entre las maderas que sostenían la paja.

Antes había despojado a las hijas de la hechicera de sus cabellos y

se los había colocado a sus tíos, como si fuesen pelucas. Cuando la reina hechicera entró, palpó las cabezas de los tíos y notando que tenían cabellos creyó que eran sus hijas. Entonces penetró en el cuarto contiguo, y empuñando la lanza mató a los que allí dormían, mató a sus dos hijas, creyendo que eran los dos tíos de Amadú.

Luego se retiró silenciosamente.

Antes de que saliera el sol, Amadú despertó a sus tíos y todos juntos regresaron corriendo a su poblado.

En el mismo instante, la hechicera envió un esclavo, para que despertara a sus hijas.

El esclavo volvió minutos después para anunciarle que habían sido sus hijas y no sus huéspedes los degollados.

— ¿Qué dices, insensato? ¿Quieres darme a entender que ya estás lo suficientemente gordo para servirme de almuerzo?

— No — respondió el esclavo —. Te anuncio que has matado a tus propias hijas en vez de a los forasteros.

La hechicera, enfurecida, lo ensartó con la lanza. Luego envió a otro esclavo en busca de sus hijas. A su regreso, éste dijo simplemente:

— Ve tú misma a ver lo que ocurre. La reina se dirigió a la tienda y vio a sus hijas bañadas en su propia sangre.

Sin una lágrima, sin volver a casa siquiera, la reina se lanzó tras las huellas de los fugitivos.

— ¡Amadú Kekediurú es el culpable de la muerte de mis hijas! — gritaba —.

¡Me vengaré! ¡Me vengaré!

Pero antes de que lograra alcanzarles, Amadú y sus tíos habían entrado ya en su poblado.

Cuando la hechicera se encontró frente a las primeras chozas, se convirtió en un gran azufaifo cargado de apetitosas yuyubas. De este modo esperaba atraer a los niños y, entre ellos a Amadú.

En efecto; tan pronto como vieron el árbol frutal, todos los niños se apresuraron a trepar a sus ramas; solamente Amadú se abstuvo de hacerlo, pues se dio cuenta de la identidad del azufaifo.

—¡No subáis a ese árbol, camaradas! • les dijo—. Tengo la seguridad de que se trata de una hechicera disfrazada.

Apenas sintió en sus ramas el peso de los niños, el azufaifo se puso en marcha hacia el poblado de los brujos.

Pero Amadú llegó antes que la hechicera, pues convirtiéndose en tórtola, pudo hacer el camino volando.

Cuando se encontró entre los suyos, la hechicera abandonó su aspecto de azufaifo y recobró su forma natural.

La reina llamó entonces a su boyero y le dijo:

—Es necesario que hoy mismo tenga la vaca negra un ternerillo para que esos niños, que no tienen nada que hacer, cuiden de él. Si no consigues que lo tenga, te comeré.

El boyero salió de la tienda real derramando abundantes lágrimas.

Amadú, que había recobrado la figura humana, salió a su

encuentro y le preguntó:

— ¿Por qué lloras, boyero?

El desgraciado refirió al niño lo que esperaba de él la reina. Entonces, Amadú le dijo:

— No llores más. Ata la vaca en un árbol del bosque y vuelve al poblado. Yo me encargaré de lo demás.

El boyero obedeció.

Aquella mismo noche, la vaca tuvo un ternero.

El desgraciado boyero, loco de alegría al ver el milagro, fue a contarlo a la reina, que acudió para convencerse por sus propios ojos.

Después de mirarlo bien, como en su calidad de hechicera podía ver cosas que se le ocultaban a los demás, declaró perpleja:

— Este ternero tiene expresión humana. Una de los asistentes protestó:

— ¡No intentes ver lo que no hay, mi ama! ¿No ves que tiene cuatro patas y dos orejas como todos los animales de su especie?

Al día siguiente, el ternero fue entregado a los niños para que lo guardaran.

La mitad de los pequeños condujeron al animal a pacer al prado, pero el becerro se puso a correr delante de ellos y les hizo alejarse un buen trecho del poblado de los brujos.

Allí recuperó su aspecto, normal y les dijo:

— Soy Amadú Kekediurú, vuestro camarada de juegos... He

venido para llevaros con vuestros padres.

— ¿Y los otros? — preguntó uno de los niños.

— Vuelve tú solo al poblado de la hechicera y dile que no podéis llevar el ternerillo hasta allí y que es preciso que vengan los demás niños a ayudaros.

El muchacho obedeció.

Regresó al poblado de los hechiceros y transmitió las palabras de Amadú a la reina, que inmediatamente dispuso que salieran los demás niños a ayudar a los otros a traer el ternerillo recalcitrante.

Cuando Amadú vio que estaban todos los niños junto a él, los condujo a sus casas.

Al enterarse de que Amadú había conseguido arrebatarse sus jóvenes cautivos, la reina se dirigió una vez más al poblado de aquél y se transformó en una preciosa piragua, colocándose a la orilla del riachuelo que atravesaba la aldea.

Los niños, acompañados de Amadú, fueron al riachuelo a bañarse. Lentamente, la piragua se aproximó al lugar en que ellos se hallaban.

— ¡No subáis a la piragua! — gritóles Amadú—. ¡Os llevaría al poblado de los brujos, igual que hizo el árbol!

Pero los niños no le hicieron caso y subieron a la piragua que, inmediatamente, se puso en camino y los condujo, a pesar de sus protestas, a la aldea de los hechiceros.

Amadú se convirtió entonces en un cervatillo y se puso a saltar ante los niños, cuando éstos abandonaron la piragua, consiguiendo que

corrieran tras él con la esperanza de atraparlo y alejándolos así de las garras de la terrible reina.

Cuando los vio fuera de peligro, recobró la forma humana y los condujo una vez más a las tiendas de sus padres.

La reina hechicera, desesperando de lograr sus propósitos, se convirtió inmediatamente en una joven bellísima y se dirigió al poblado de Amadú Kekediurú, declarando que sólo aceptaría por esposo al menor de los tíos de este último.

— ¡No te cases con esa desconocida! aconsejóle el sobrino —. ¡Es la vieja hechicera que quiso mataros!

Pero el tío no quiso hacer caso del consejo de su sobrino y le respondió que aquella misma noche se casaría con la joven.

Inmediatamente se empezó a construir una choza para ella. Mientras la edificaban, Amadú estuvo pronunciando palabras mágicas ante cada uno de los materiales que se utilizaban: Paja, madera y lianas. Además, en el centro del lugar elegido para erigir la cabaña, enterró unos polvos extraños.

Llegada la noche, el tío se casó con la falsa joven.

Hacia la medianoche, la esposa se levantó dispuesta a estrangular a su marido; luego le llegaría el turno a Amadú y al otro tío.

Pero la paja gritó en aquel momento:

— ¡Eh! ¿Adónde vas?

La manta habló a su vez y dijo:

— ¡No seas parlanchina! Todavía no ha conseguido salir de debajo

de mí. Las lianas declararon:

– Como intente salir la estrangularemos. Y el suelo anunció con voz ronca:

– Como ponga el pie encima de mí me la tragaré. Espantada, la hechicera volvió al acostarse.

Al día siguiente dijo a su marido:

– Esta choza no me conviene. Tienes que hacerme otra... Además, no quiero que Amadú esté presente cuando la construyan.

El tío accedió a los deseos de su esposa y, para obligar a Amadú a estarse quieto, lo ató a un árbol mientras se edificaba la cabaña nueva.

Hacia la medianoche, la hechicera se levantó sin que nada ni nadie la amenazara, pronunció algunas palabras pegando la boca a las palmas de sus manos, luego se las frotó, después de escupir en ellas.

A renglón seguido fue a sentarse a la cabecera de su marido y dijo en voz baja:

– ¡Que tus ojos vengan a mis manos! Instantáneamente se realizó su deseo.

Salió entonces de la choza e hizo lo mismo con el otro tío, pero a Amadú no pudo encontrarlo por parte alguno.

Cansada de la infructuosa búsqueda del pequeño, la reina emprendió el regreso a su poblado, llevando consigo los ojos de los tíos.

Al día siguiente, por la mañana, Amadú dijo a los dos ciegos:

– Ha sido culpa vuestra, por no haberme dejado asistir a la

construcción de la segunda choza. Pero no temáis; recobraréis la vista...

dirigiose inmediatamente al poblado de los hechiceros, tomando la figura de una de las hijas de la vieja hechicera, que se hallaba ausente desde hacia una infinidad de tiempo, presentándose ante ésta.

— Mamá — le dijo —, me he enterado de que un diablillo llamado Amadú Kekediurú te ha estado proporcionando enormes disgustos... ¿Es verdad?

— Verdad es, hija mía — respondió la hechicera —, pero me he vengado con creces... Le he quitado los ojos a sus tíos...

— ¿Y ya no podrán ver en toda su vida?

— A menos que yo quiera, no... En mi cabaña tengo un saquito con polvos mágicos... Si se diluyen en agua unos pocos de estos polvos y se frota uno las manos, formulando al propio tiempo el deseo de que aparezcan en ellos los ojos de los dos hombres, así sucederá... Y nada más fácil que volver a colocárselos en sus lugares respectivos... Pero solamente tú, hija mía, sabes este maravilloso secreto y no creo que lo digas a nadie...

Pensad cuál sería la alegría de Amadú Kekediurú al enterarse del secreto. Esperó a que la hechicera saliera a medianoche para dedicarse a sus brujerías e inmediatamente se aprovechó de su ausencia para apoderarse del saquito de los polvos mágicos.

Luego se lanzó a todo correr hacia su poblado, entró en su tienda y siguió las indicaciones que le diera la engañada reina.

Aquella mismo noche, sus dos tíos habían recobrado la vista.

La cólera de la hechicera al darse cuenta de que Amadú había vuelto a hacerla víctima de su ingenio, fue terrible.

Inmediatamente se convirtió en un hermoso caballo y se presentó en el o de Amadú.

Pero éste la reconoció en el acto. Cogió al caballo por la crin, lo condujo a su casa, lo ensilló, le colocó un buen bocado, montó en él y, cuando estuvo con los pies en los estribos, gritó:

—¡Te he reconocido, vieja hechicera! Ahora no bajaré de aquí hasta que hayas muerto.

Hincó entonces las agudas espuelas en los ijares del caballo, y éste salió al galope tendido a través de selvas, montañas y ríos...

Amadú, sin dejarse desmontar, obligó al animal a correr tanto, que lo reventó de fatiga.

Y así fue cómo Amadú Kekediurú salvó a los suyos de la perversa reina hechicera.

El huerfanillo odiado por sus hermanos

Cuentan que una vez hubo un matrimonio que tuvo siete hijos. Todos eran fuertes y apuestos mozos; tan sólo el más pequeño era de constitución débil y nada agraciado de rostro. Sus hermanos le despreciaban, y cuando los padres murieron, aquéllos aumentaron su desdicha; ordenábanle toda suerte de penosos trabajos y tratábanle peor que a un esclavo.

El pobre muchacho, cierto día que reflexionaba sobre su desventura, díjose:

— Mi padre ha muerto y mi madre muerta está; mis hermanos, que debieran reemplazarlos, son malos para mí, que soy débil y carezco de atractivos. ¿Qué puedo esperar, pues? Es preciso que me vea con Zanahary, el dios bueno de Madagascar.

Y Faralahy, que así se llamaba el pobre muchacho, empezó por tomar consejo de un aldeano viejo, muy viejo, llamado Rafuvatú, al que habló de esta manera:

— Yo quiero ir al encuentro de Zanahary; decidme: ¿Qué debo hacer? Rafuvatú contempló fijamente al muchacho y, al ver su decisión, le instruyó así:

— El martes próximo será un excelente día para emprender tu viaje; lo realizarás con éxito si atiendes mis consejos.

— Atento escucho — dijo Faralahy —; decidme cuanto deba hacer.

– Perfectamente; cuando estés a la otra ladera de esta gran montaña, allá abajo, verás un fértil campo de cañas de azúcar; son las de Zanahary; no te aproximes a ellas y sigue, siempre, tu camino por la mitad del sendero.

Unos pasos más allá, muy luego, verás unos carneros; estarán bien cebados y serán muy hermosos. Son de los rebaños de Zanahary; déjalos pacer tranquilos. Y llegado que fueres a la otra orilla del valle, verás hermosos naranjales, cargados de ricos frutos, tan grandes como tu cabeza; son las doradas naranjas de Zanahary; no pruebes una tan sólo.

" Así que hayas ganado una nueva montaña, verás dos enormes bueyes; son los bueyes de Zanahary; no les arrojes piedras, ni les asustes. Luego, más allá, tropezarás con un profundo pozo de agua fresca y cristalina; es el rico manantial de Zanahary; aunque la sed te devore, no bebas de sus aguas.

" Y llegado que fueres a la morada de Zanahary, si estuviera ausente, saludarás a su esposa, y si ella te ofreciera agua con que calmar tu sed, beberás, cuidando de no tocar el asa del cántaro."

Faralahy agradeció a Rafuvatú sus consejos y púsose en camino.

Muy pronto vio los campos de cañas de azúcar, mas él contentóse con exclamar: "¡Hermosas son estas cañas de azúcar!"

Un poco más lejos encontróse con los carneros, y exclamó: "¡Magníficos son estos carneros!", pero sin detener sus pasos. Prosiguió ligero su ruta, y he aquí que sus ojos divisaron los bellos naranjales, cargados de frutos grandes como su cabeza. El hambre le acosaba, le devoraba la sed, pero Faralahy no desvió un paso de su camino. Luego cruzó por delante de los bueyes. "¡Soberbios ejemplares!", díjose, pero sin aproximarse a ellos. Y así, llegó junto al pozo de agua viva y aunque

no pudo dejar de exclamar: "¡Qué agua tan pura y cristalina! ¡Cuán deliciosa debe de ser!", ni siquiera la punta de los dedos mojó en ella.

Resistidas las tentaciones, Faralahy llegó, por fin, a la morada de Zannahy. Zannahy no estaba en casa; tan sólo se hallaba presente su esposa.

Faralahy saludóla reverente y pidióle de beber y, al darle el cántaro, él no lo cogió; abrió sencillamente la boca, conformándose con el agua que la sirvienta le echara.

Luego que Zannahy regresó, preguntó:

—¿Qué pretende con su visita Faralahy, tan odiado de sus hermanos?

—Señor — contestó humildemente Faralahy —, yo quisiera ser guapo mozo y muy fuerte, pues las gentes me desprecian.

—¿Y viste mis cañas de azúcar, camino de este lugar?

—Yo las vi, mas no las toqué.

—¿Y viste, también, mis carneros?

—Señor, paciendo los vi, pero en paz los dejé.

—¿Y viste, asimismo, mis naranjales?

—Ciertamente los vi, pero dejé el dorado fruto en el árbol y no lo probé.

—¿Y viste mis bueyes?

—Sí, los vi; tropecé con ellos en mi camino, pero ni una sola piedra les tiré.

— ¿Y viste, seguramente, mi manantial de agua viva?

— En verdad que sí, pero me abstuve de calmar mi sed en sus aguas. Entonces Zanahary volvióse hacia su esposa y preguntóle:

— ¿Es éste el que saludó al franquear la puerta?

— Éste es — contestó la mujer —, y con alta cortesía lo hizo.

— Cuando le diste de beber, ¿Abrió tan sólo la boca, sin coger el cántaro?

— Así lo hizo, señor — contestó la sirvienta.

En aquel instante, Zanahary premió la virtud de Faralahy: Le tocó, y, ¡Oh prodigio!, tornose súbitamente guapo mozo y muy robusto, él que era tan débil y feo de rostro.

Faralahy agradeció el beneficio de todo corazón y emprendió alegre la vuelta al hogar.

Cuando llegó, sus hermanos se resistían a creer lo que sus ojos veían.

— ¿Eres tú, Faralahy? ¿De dónde vienes?

— Tan desgraciado era, que fuíme en busca de Zanahary; compadecióse de mi suerte, y he aquí lo que hizo de mí.

Entonces los seis hermanos se dijeron:

— Nosotros somos ya bellos y fuertes; si vamos al encuentro de Zanahary, hará de nosotros unos verdaderos gigantes.

Y fuéronse a Rafuvatú, quien los miró y así les dijo:

— Podéis partir el miércoles, mas no os garantizo un feliz viaje. Con todo, si sabéis abstenemos de todo cuanto yo os diré, tal vez logréis algo.

— Así lo haremos — contestaron a coro — . Dinos, pues, de qué se trata.

— Cuando veáis las cañas de azúcar de Zannahary, no las toquéis. Cuando veáis los grandes carneros de Zannahary, no matéis uno siquiera. Cuando veáis las enormes naranjas de Zannahary, delicia de los ojos, no las cojáis. Cuando tropecéis con los bien cebados bueyes de Zannahary, no los asustéis ni tiréis piedra alguna. Cuando alcancéis los ricos manantiales de Zannahary, no bebáis de sus aguas.

— ¿Y luego?

— Llegados que fuereis a la morada de Zannahary, si él estuviera ausente, saludad a la mujer, y si os da de beber, no toquéis el asa del cántaro. Escuchados estos consejos, los seis hermanos emprendieron el camino, y tan pronto vieron las deliciosas cañas de azúcar, exclamaron:

— ¡Oh, qué maduras y jugosas están! Por una que cojamos cada uno, ¿Quién se va a enterar?

Más allá divisaron los rebaños de carneros y dijeron:

— ¡Qué gordos están y cuántos! Sin comida, imposible nos será llegar a la meta de nuestra ruta.

Por lo que mataron uno de los carneros y se lo comieron.

Muy pronto contemplaron los naranjales; tenían sed y se saciaron de naranjas.

Y cuando pasaron junto a los bueyes, asombráronse de su

magnitud y gordura y no supieron abstenerse de lanzarles piedras con que amedrentarlos.

Y bebieron a placer en los manantiales de Zannahary.

Y cuando llegaron a la morada de Zannahary, olvidáronse de saludar a la esposa, mas pidieron groseramente de beber, y tomaron el cántaro del asa y bebieron ávidamente.

Y llegó Zannahary.

— ¿Qué pretendéis los seis aquí? — les preguntó.

Los hermanos saludaron con una profunda inclinación de cabeza y contestaron:

— Hemos venido a visitaros, señor, para que nos convirtáis en unos gigantes.

— En vuestra ruta, ¿Visteis mis cañas de azúcar?

— Sí, las vimos y cogimos tan sólo una cada uno.

— ¿Visteis mis carneros?

— Sí, los vimos; tanta hambre teníamos, que nos comimos uno.

— Y mis naranjales, ¿Los visteis también?

— Sí, y tanta era nuestra sed que cogimos algunas naranjas.

— No habréis tirado piedras a mis bueyes, ¿Verdad?

— Fue éste el que las tiró — dijeron los cinco hermanos señalando al primogénito.

— Cuando entraron en mi morada, ¿Te habrán saludado? — preguntó a su esposa.

— No, por cierto — contestó ésta.

— Y cuando bebieron, lo hicieron con glotonería y sin soltar el cántaro, ¿Verdad?

— Así fue, señor — confirmó la sirvienta. Entonces Zanahary exclamó:

— Ya que habéis quebrantado los consejos de Rafuvatú, y os habéis comportado como brutos faltos de razón, animales irracionales os tornaréis.

Al instante, el primogénito convirtiose en lagarto; el segundo, en serpiente; el tercero, en rana; en repugnante sapo, el cuarto; el quinto, en camaleón, y en murciélago el último de todos, que era el sexto.

Y mientras ellos habitaban el bosque, junto con los demás animales, Faralahy heredó los bienes de sus hermanos, viviendo rico de bienes y de poder.

Y en Madagascar, donde la historia se cuenta, terminan con esta enseñanza: "El débil jamás debe descorazonarse, y el que es apuesto y fuerte tampoco debe engreírse."

La pequeña liebre

Érase una vez una mujer que dijo a su esposo:

– Ardo en deseos de comer hígado de "nyamatsané" ; si me amas, ponte inmediatamente en camino y no vuelvas hasta que hayas conseguido atrapar un nyamatsané para que yo pueda comerme el hígado.

Su marido le respondió:

– Tuesta un poco de pan, quítale la corteza y lléname un saquito.

Hízolo así la mujer y cuando todo estuvo dispuesto lo entregó a su marido, que partió al punto con el decidido propósito de matar un nyamatsané. Caminó durante mucho tiempo, alimentándose de las cortezas de pan con que su mujer había llenado el saco y, finalmente, llegó al país de los nyamatsanés, junto a un gran río, donde vivían en crecido número.

Pero cuando él llegó, los nyamatsanés no estaban; habíanse marchado a pastar a bastante distancia de allí, dejando en casa a su vieja y decrepita abuela.

El hombre se apresuró a matarla, le quitó la piel y el hígado y se escondió en sus despojos lo mejor que pudo. No había hecho más que cubrirse con la piel del animal cuando llegaron los nyamatsanés, ansiosos por volver a ver a su amada abuela.

Al entrar en la choza gritaron:

– ¡Olemos a carne fresca! ¡Aquí hay un hombre!

El hombre, disfrazado con la piel de la nyamatsané, respondió desfigurando la voz:

– Os equivocáis, hijos míos... No hay ningún hombre entre nosotros... Pero ellos continuaron husmeando y murmurando:

– Tiene que haberlo, abuela... Lo olemos...

Finalmente, los nyamatsanés, cansados por la infructuosa búsqueda, se acostaron y no tardaron en quedarse dormidos.

Al día siguiente, cuando se despertaron, como no estaban completamente tranquilos, dijeron cuando se disponían a partir:

– Vente hoy a pacer con nosotros, abuela.

El disfrazado hombre salió con ellos y fingió comer guijarros, como ellos hacían, pero en realidad lo que comía eran cortezas de pan de las que llevaba en el saco.

Los nyamatsanés se convencieron de que era su abuela; al poco regresaron todos a casa, se acostaron y se durmieron.

A la mañana siguiente, cuando se despertaron, dijeron a quien creían su abuela:

– Vamos a ejercitarnos en saltar un gran foso.

Saltaron ellos primero, y luego gritaron a la abuela desde el otro lado:

– ¡Salta tú ahora!

La falsa abuela franqueó el foso, sin gran trabajo.

Absolutamente convencidos de que se trataba de su abuela, a pesar de oler como un hombre, los nyamatsanés se marcharon a la mañana siguiente a pacer muy lejos de allí, dejando solo en casa al valiente marido.

Cuando hubieron desaparecido, nuestro hombre se apresuró a

tomar el hígado de la vieja nyamatsané, se lo guardó en un bolsillo, se despojó de la piel y, después de haber recogido una piedrecita brillante que descubrió en un escondrijo del suelo de la choza, la guardó con el hígado y salió huyendo a toda velocidad.

Al caer de la tarde, volvieron los nyamatsanés a su choza y se dieron cuenta de que su abuela estaba muerta y no quedaba de ella más que la piel.

— ¡Tuvimos razón al suponer algo extraño! ¡Era en realidad un hombre el que se había disfrazado con la piel de la abuela, después de matarla!

Inmediatamente los nyamatsanés husmearon el suelo y se lanzaron frenéticos en persecución del asesino de su abuela.

Nuestro hombre estaba ya muy lejos cuando vio una nube de polvo que subía hasta el cielo.

— ¡Estoy perdido! — exclamó —. ¡Ésos deben ser los nyamatsanés que viene a devorarme!

En efecto, los nyamatsanés avanzaban hacia él a una velocidad inusitada. Ya babeaban de júbilo creyendo que no tardarían en destrozarlo entre sus agudos dientes.

Pero el hombre sacó de su bolsa la piedrecita brillante y pulida y la echó al suelo, donde se convirtió en el acto en una enorme roca de paredes escarpadas y lisas, sentándose él en la cumbre.

Los nyamatsanés intentaron inútilmente escalarla. No consiguieron más que lastimarse en los escarpados flancos. Continuaron en sus vanos esfuerzos hasta la puesta del sol; luego, agotados por la fatiga, se quedaron dormidos al pie de la roca.

Aprovechándose del sueño de sus enemigos, el hombre redujo la roca a su primitivo tamaño y escapó a todo correr.

A la mañana siguiente, los nyamatsanés se dieron cuenta de la desaparición del fugitivo. Husmearon la pista fresca y reanudaron con furia reconcentrada su persecución.

En el preciso instante en que estaban a punto de alcanzarlo, el hombre volvió a sacar la piedrecita y a tirarla al suelo, convirtiéndose en una roca enorme sobre la cual se sentó tranquilamente.

Los nyamatsanés intentaron de nuevo escalarla, con el mismo resultado negativo que anteriormente, y al atardecer, completamente agotados por el terrible esfuerzo, se quedaron dormidos como troncos.

Entonces nuestro hombre prosiguió su precipitada fuga.

Repitióse este hecho durante varios días, reanudándose la persecución desde la salida a la puesta del sol, para interrumpirla al caer la noche. Finalmente nuestro hombre llegó a su poblado, y los nyamatsanés, comprendiendo lo inútil de sus esfuerzos, regresaron a su punto de partida, pues estos animales no se atreven a adentrarse en las comarcas habitadas por seres humanos a causa de los perros, a los que temen extraordinariamente. Cuando el hombre llegó a su casa, gritó:

– "¡Itchú!" (¡Qué cansado estoy!). Luego dijo a su mujer:

– Dame de beber.

Después de haber bebido se sintió algo más aliviado, y añadió:

– Ve a buscar leña y enciende el fuego.

Entonces sacó de la bolsa el hígado del nyamatsané y se lo entregó a su esposa, diciendo:

— ¡Ahí lo tienes! Supongo que ahora estarás convencida de que te amo de veras.

La mujer le respondió:

— Está bien. Haz que salgan todos nuestros hijos. He de quedarme sola en la choza.

Hizo cocer entonces en un viejo cuenco de barro el hígado de nyamatsané.

— Cómetelo entero tú sola — advirtiéndola su marido —. No des de él a nadie, ni siquiera a los niños.

Y la mujer le obedeció y se lo comió entero.

Apenas hubo acabado de hacerlo cuando sintió una sed insaciable. Tomó un gran vaso de agua y se lo bebió de un solo trago; luego se fue a casa de una vecina y le dijo:

— Amiga mía, dame de beber.

La vecina le dio una gran calabaza llena de agua, que bebió asimismo de un solo trago.

— Dame más — pidió.

— No — respondióle la vecina —. Dejaría sin agua a mis hijos y no debo hacerlo.

La mujer fue entonces a visitar a otra vecina, bebiendo todo el agua que le dieron, y así, de choza en choza, fue bebiendo sin cesar, sin conseguir apagar su sed devoradora.

Salió del poblado, se dirigió a una fuente y no dejó en ella ni gota;

de allí se fue a buscar otra, que siguió la suerte de la primera, luego otra, y otra... Cuando hubo terminado con las fuentes, se arrastró, con la boca seca y la lengua hinchada de sed hasta el río que corría frente al poblado y, en el punto precisamente en que afluían las aguas de otro río, se tendió de bruces sobre la orilla y estuvo bebiendo hasta que dejó secos ambos ríos. Pero no por eso sació su sed. Arrastrándose penosamente consiguió llegar hasta el enorme lago donde iban a abreviar los animales salvajes del bosque, y bebió con tanta avidez que a los pocos instantes no había dejado en él una sola gota de agua.

Esta vez la mujer no pudo moverse ya; tenía el vientre tan desmesuradamente hinchado que se elevaba por encima de su cabeza y tenía las dimensiones de una colina.

Cuando los animales, apremiados por la sed, llegaron a su abrevadero, descubrieron estupefactos que el lago había desaparecido. A la orilla vieron tendido un objeto informe, inmenso, que apenas tenía aspecto de figura humana.

Entonces, el Gran León preguntó:

— ¿Quién es el que se ha tumbado al borde del lago de mi abuelo?

Cuando se acercaron comprobaron que se trataba de Molkadi — sa — Molata. Preguntáronle:

— ¿Qué haces tumbada junto al lago de nuestros abuelos?

Ella respondió:

— Estoy tumbada porque no puedo andar. Me lo impide el agua que he bebido.

El Gran León gritó entonces:

— ¿Quién de vosotros horadará el vientre de esta mujer para recobrar el agua que nos pertenece?

Viendo que nadie respondía, llamó al conejo y le dijo:

— Hazlo tú, conejo. Éste contestó:

— No me atrevo, señor.

El Gran León dio la misma orden a la gacela. Pero ésta repuso:

— Tengo miedo, señor.

Asimismo se negaron todos los animales, a excepción de la liebre, que se alzó sobre las patas posteriores y desgarró el vientre de Molkadi — sa — Molata de una sola dentellada.

Brotó inmediatamente el agua, que llenó el lago, los ríos y las fuentes.

El Gran León prohibió seriamente que bebieran agua hasta que se hubiese clarificado, y todos los animales se retiraron a sus cubiles sin haber bebido.

Cuando la pequeña liebre vio que todos dormían, se levantó sin hacer ruido y fue a beber al lago del Gran León; luego, tomó un poco de barro y manchó con él las rodillas y el hocico del conejo, a fin de que creyesen que había sido éste el que había bebido agua durante la noche.

Al día siguiente, tan pronto como despertó, el Gran León se dirigió al lago, y vio que alguien había ensuciado el agua durante la noche.

Reunió inmediatamente a todos los animales y, furioso, les preguntó:

— ¿Quién ha sido el osado que ha bebido de esta agua a pesar de mi prohibición?

La liebre hizo una pirueta y, señalando al pobre conejo, dijo:

— ¡Ése es que el que ha bebido agua del rey! ¡Mirad las manchas de barro de sus patas, rodillas, frente y hocico!

El conejo, aterrorizado, intentó inútilmente protestar de su inocencia. El Gran León dio orden de que le administraran cincuenta vergajazos, castigo que llevó a cabo el elefante.

Al día siguiente, creyéndose sola, la pequeña liebre empezó a jactarse de lo que había hecho, incapaz de guardar su secreto.

— ¡Yo, yo soy la que se ha bebido el agua del Gran León y he demostrado la culpabilidad del conejo!

Uno de los animales que dormitaba cerca de allí, desvelado por los gritos de la liebre, le preguntó:

— ¿Qué diablos estás diciendo?

La liebre se apresuró a responderle:

— Te estaba preguntando si habías visto mi bastón.

Algo más tarde, creyendo que nadie la oía, continuó diciendo:

— ¡Yo, yo soy la que se ha bebido el agua del Gran León y he demostrado la culpabilidad del conejo!

Pero uno de los animales la oyó y fue a decirlo al monarca de la selva, que inmediatamente dio orden de que la pequeña liebre compareciera a su presencia.

— ¿Qué estabas diciendo, pequeña liebre? — le preguntó irritado. La liebre, sin atemorizarse, respondió:

— Dije, y lo repito, que yo fui la que se bebió el agua de tu abuelo y luego eché la culpa al conejo.

Inmediatamente emprendió la fuga, corriendo con toda la velocidad que le permitían sus ágiles piernas.

Todos los animales se pusieron en el acto a perseguirla.

Viéndose a punto de ser alcanzada, la liebre se metió en una estrecha fisura entre dos rocas; pero una de sus orejas sobresalía y fue descubierta por sus perseguidores. Mas éstos no lograron sacarla de allí por más esfuerzos que hicieron, aunque al final de sus infructuosas tentativas la oreja de la liebre quedó convertida en una masa sanguinolenta e informe por las infinitas heridas que le causaron con dientes y uñas los enfurecidos animales.

Cuando se hubieron marchado, la liebre abandonó su escondite, y al cabo de poco tiempo se encontró con el conejo.

— ¡Ah, amigo conejo — le dijo —; ya ves que, como a ti, me han pegado! El conejo le respondió:

— No te compadezco por eso... Te portaste muy mal conmigo, ya que, habiendo sido tú la que bebiste el agua, me echaste la culpa a mí...

La liebre le interrumpió diciendo:

— Bueno... Ya estamos en paz... Y para que veas que te aprecio, te voy a enseñar el secreto para no morir.

— ¿Qué secreto es ése? — inquirió el conejo.

– Vamos a hacer un agujero aquí mismo.

Cavaron un hoyo poco profundo, y entonces añadió la liebre:

– Ahora encendamos una hoguera aquí dentro.

Buscaron leña y hojas secas y encendieron una gran hoguera. Cuando empezaron a elevarse las llamas, la liebre dijo al conejo:

– Amigo mío, cógeme ahora y arrójame al fuego... No me saques hasta que mi piel empiece a crepitar al chamuscarse y me oigas decir: "¡Itchi, itchi, basta ya!".

Obedeció el conejo, y asiendo a la pequeña liebre por la oreja sana, la arrojó al fuego. Apenas sintió el calor de las brasas, la liebre echó a las llamas las bayos verdes de que se había provisto, y éstas empezaron a crepitar, a tiempo que la liebre gritaba:

– ¡Itchi, itchi, sácame de aquí! ¡Ya está bien!

El conejo cogió a la pequeña liebre de la oreja y la sacó del fuego.

– Ahora te toca a ti, amigo mío...

Y la liebre asió al conejo y lo arrojó a la hoguera.

Cuando el conejo sintió el intenso calor del fuego, empezó a gritar:

– ¡Itchi, itchi, me quemo, sácame de aquí! Pero la liebre le respondió:

– Nada de eso... Puesto que has sido lo suficientemente tonto para dejarte engañar, sufre el castigo de tu ingenuidad... ¿Ignorabas que el fuego quemaba, idiota?

Y así murió el pobre conejo, consumido por el fuego. Muy pronto no quedó de él más que los huesos.

Cuando el fuego se extinguió, la pequeña liebre descendió al hoyo, cogió una de las tibias del conejo y se hizo una flauta, con la que empezó a tocar, interrumpiéndose de vez en cuando para cantar:

"¡Pii, pii, flautita amada!

¡Pii, pii, al conejo he engañado!

¡Pii, pii, le hice ver que me quemaba!"

¡Pii, pii, y ha sido él el que se ha quemado!"

Y se paseó por todas partes, envaneciéndose de la muerte del conejo, cantando a diestro y siniestro su canción:

"¡Pii, pii, flautita amada!

¡Pii, pii, al conejo he engañado!

¡Pii, pii, le hice ver que me quemaba!"

¡Pii, pii, y ha sido él el que se ha quemado!"

A renglón seguido, la pequeña liebre se dirigió a la caverna en que moraba el Gran León y entro a su servicio.

Un día le dijo:

— Abuelo, ¿Quieres que te indique un medio para saciarte de carne sin necesidad de salir de caza?

— Hazlo y te lo agradeceré — respondióle el León.

— Vamos a cavar una fosa — propúsole la liebre.

Entre los dos cavaron una fosa de muchos metros de profundidad. Entonces la pequeña liebre sugirió al monarca de la selva:

— Acuéstate en la fosa y hazte el muerto. El León obedeció.

La liebre subió a un montículo y empezó a soplar en un cuerno para llamar la atención de los animales, gritando después:

"¡Pii, pii, el León ha muerto!

¡Pii, pii, la paz ha vuelto!"

Acudieron los animales corriendo.

— Entrad todos — díjoles la liebre — . Que no se quede nadie fuera.

Todos obedecieron a excepción del mico que llegó el último, llevando a su hijo a horcajadas sobre los hombros. El cuadrumano cogió un tallo de hierba y se puso a hacer cosquillas al León, observando que se estremecía, por lo que dijo a su pequeño:

— ¡Vámonos de aquí, hijo mío!... ¡No me convence este cadáver que tiene cosquillas!

La liebre dijo a los otros animales:

— ¿Estáis todos?

— Sí — le respondieron.

— ¡Levántate ya, abuelo! — gritó entonces al León.

El gran soberano de los bosques se puso en pie de un salto y degolló en pocos momentos a todos los animales que había en el recinto, ayudándole la fiebre a despedazarlos.

Como quiera que el León no daba a la liebre más que los desechos, quedándose él con los mejores trozos, el inteligente animalejo buscó el medio de vengarse. Había observado lo ignorante que es el león a pesar de su fortaleza, y lo fácil que resultaba engañarlo.

— ¡Vamos a construir una choza, abuelo! — le dijo, cuando hubieron terminado de comer.

El León accedió.

Cuando tuvieron clavados los postes y las estacas, colocaron el armazón del techo, y la liebre dijo al León:

— Súbete al techo para ayudarme a terminarla.

El León obedeció. La larga cola le llegaba hasta cerca del suelo. La liebre tomó entonces un clavo grueso, puso el centro de la cola junto al mayor de los postes y la clavó a él de un solo martillazo.

— ¿Qué es lo que me ha picado en la cola, pequeña liebre?

— No sé, abuelo — contestóle la aludida —. Baja tú a verlo.

Pero, por muchos esfuerzos que hizo, el León no pudo descender del techo. Entonces la liebre se puso a comer la carne del león ante sus mismas narices.

El León emitía furiosos rugidos de cólera e impotencia, pero la liebre continuó comiendo tranquilamente.

Cuando hubo terminado, subióse a un árbol y, soplando en su

flauta de tibia, empezó a cantar:

"¡Pii, pii, caiga la lluvia y el granizo!"

Inmediatamente el cielo se cubrió de nubes, retumbó el trueno por todas partes y sobre la choza cayó una granizada espantosa.

La pequeña liebre, refugiándose en la choza, gritó al León:

— ¡Baja, abuelo!... ¡Vente a comer conmigo!

La granizada terminó por matar al león, incapaz de desasirse, mientras que la liebre comía tranquilamente la carne que el difunto había acaparado en el interior de la choza.

Cierto día empezó a soplar el viento cuando la liebre se hallaba comiendo dentro de la cabaña, y derribó con gran estruendo los restos del León, ya casi desecados.

La liebre dio un salto, frenética de pavor, pero viendo que el León no se movía y que de él apenas quedaba otra cosa que la piel, se acercó y lo limpió cuidadosamente, y le mantuvo abierta la inmensa boca valiéndose de unas ramitas.

Entonces se deslizó bajo la piel del león y se puso a viajar disfrazada de esta guisa.

No tardó en llegar al país de las hienas.

Cuando éstas lo descubrieron se estremecieron de pánico y gritaron:

— ¿Cómo podríamos escapar a las insaciables mandíbulas de este feroz animal?

La pequeña liebre penetró en el domicilio del rey de las hienas y se instaló allí.

Todos decían:

– Hoy seremos devorados sin compasión.

La pequeña liebre, viendo un caldero lleno de agua hirviendo, dijo a una hiena:

– ¡Siéntate ahí dentro!

La hiena no se atrevió a desobedecer y murió escaldada.

La pequeña liebre fue recorriendo las chozas de las hienas, diciendo a todas:

– ¡A sentarse inmediatamente sobre el agua hirviendo!

Con lo que las hienas murieron rápidamente, despoblándose la aldea, en la que no quedaron más que las hembras.

Un día que todas las hienas se habían marchado al campo, no dejando en el poblado más que a una pequeña, nuestra liebre se dirigió al "lapa", sin darse cuenta de la presencia de la pequeña, y, saliendo de la piel del león, se puso a cantar y a saltar.

"Yo soy la pequeña liebre, vencedora de las grandes hienas!"

La pequeña hiena se dijo:

– ¡Y pensar que un animalito tan pequeño ha hecho morir a tantos de los nuestros!

Un ligero soplo de viento hizo que la liebre, al ver moverse las cañas del "lapa" se apresurara a vestirse la piel del león.

Por la noche, cuando las hienas regresaron a sus chozas, la pequeña dijo a su padre:

—Padre mío, nuestro pueblo ha sido casi completamente exterminado...

¿Sabes quién ha sido el causante?

—Pues el maldito León, hijo mío... ¡Nadie puede matarlo!

—Te equivocas, padre... No fue el León, sino un animalejo insignificante que se ha disfrazado con su piel.

El padre, repuso riendo:

—¡Eso lo has soñado tú, hijito!

—No, padre; estoy seguro de lo que digo... Lo vi con mis propios ojos. El padre fue a transmitir la noticia a uno de sus amigos, que le dijo:

—Escondámonos mañana y comprobaremos si tu pequeño ha dicho la verdad.

Así lo hicieron. Al amanecer, los dos padres se escondieron detrás del "lapa". Poco antes del mediodía vieron llegar a la liebre, que se despojó de la piel del león y se puso a saltar y a cantar alborozadamente:

"¡Yo soy la pequeña liebre, vencedora de las grandes hienas!"
Llegada la noche, las dos hienas dijeron a sus compañeras:

—Nos hemos dejado exterminar por un animal insignificante. Creíamos que era un león, y no era más que su piel.

Cuando terminaran de hacer la cena, nuestra liebre, cubierta con la piel del león, dijo a una de las hienas:

— ¡Siéntate sobre el agua hirviendo!

Ninguna de las hienas se movió; pero una de ellas se levantó de pronto y lanzó una piedra con todas sus fuerzas sobre la piel del león.

La liebre abandonó su escondite de un salto y emprendió precipitada huída, perseguida por todas las hienas, grandes y chicas, que lanzaban espantosos gritos de cólera.

En un recodo del camino, la liebre se cortó la única oreja que le quedaba para no ser reconocida por sus enemigos, y fingió roer una piedra plana. Cuando llegaron junto a ella, las hienas le preguntaron:

— ¿No has visto pasar por aquí a la pequeña liebre?

— Sí — respondió el astuto animal —. Hace unos segundos pasó por aquí, corriendo con triple velocidad que la de la gacela; parecía que ni siquiera posaba los pies en el suelo... Ha estado a punto de derribarme con el aire que levantaba su veloz huida... Si no corréis mucho, no lograréis alcanzarla jamás.

Las hienas, ebrias de venganza, prosiguieron la persecución, dispuestas a no cejar hasta haber dado muerte a su verdugo, y se dice que todavía están corriendo.

La pequeña liebre, en cambio, murió aquel mismo día, reventada de tanto reír.

Kuakú Baboní (la más terrible de todas las criaturas)

Hubo una vez un matrimonio. El marido había emprendido un largo viaje y, durante su ausencia, la mujer dio a luz a un niño.

La madre del recién nacido aguardaba, impaciente, el regreso del marido para mostrarle el pequeñuelo, que era un negrito encantador, de ojos risueños y picarescos. Una monada de criatura.

Y he aquí que, a los pocos días del nacimiento del lindo negrito, cuando la madre se preguntaba qué nombre daría al retoño, pasmada de asombro, oyó que el hijito exclamaba:

— ¡Mi nombre es Kuakú Baboní!

Mas al siguiente día aumentó su asombro. La mujer gruñía porque, debido a la ausencia del marido, no podía ir al bosque a recoger leña, cuando el precoz negrito, que no contaba más que de siete a ocho días de edad, dijo:

— Yo iré al bosque.

Y así lo hizo. Fuése a recoger leña y regresó con medio bosque a cuestas. Tendría mes y medio tan sólo cuando su madre hubo precisión de ir hasta el río a lavar ropa y dejó al prodigioso negrito en casa, durmiendo en su cuna.

De regreso encontró en la puerta a todo un ejército de negritos que armaban un formidable escándalo.

— ¡Tu hijo nos ha pegado! — le dijeron lloriqueando.

— ¡Mi hijo! — exclamó la madre, estupefacta —. ¡Si es mi pequeño un niño de teta y vosotros sois ya grandullones! Además, está en la cuna, donde le dejé hace poco, durmiendo como un bendito.

Y para convencerles, les hizo entrar.

Pero, ¡Oh desencanto!, por más que buscaron, no pudieron encontrarlo por ninguna parte. Y la madre tuvo que presentar excusas a los muchachos para que le perdonaran, pues era muy pequeño y no sabía lo que se hacía. Y para mayor burla, al cabo de un rato, llegó con mucho sigilo y, sin que nadie lo advirtiera, subióse él mismo a la cuna.

Tantas y tantas fueron las travesuras y fecharías del precoz negrito, que sus padres, espantados, creyendo tener en su casa a un verdadero diablillo, lo echaron de la choza, prohibiéndole que pusiera nuevamente los pies en ella.

Y el negrito, en vez de entristecerse, partió silbando alegremente.

Anda que te anda, al anochecer divisó una linda casita. Vivían en ella, juntos y en franca armonía, muy felices, un león, un tigre, un lobo, una cabra y un elefante.

He de advertir a nuestros pequeños lectores que, en aquel tiempo, los animales hablaban y se querían como hermanos. Jamás se peleaban y se ayudaban mutuamente.

Los animales de nuestra historia: El lobo, la cabra y el elefante que vivían fraternalmente, estaban sentados aquel atardecer alrededor del fuego, fumando en pipa y contándose leyendas heroicas y cuentos de hadas, de los que mucho gustaban.

Cuando llegó el pequeño negrito, saludó cortésmente a la familia

de animales y les pidió permiso para permanecer entre ellos, ofreciendo servirles como criado, pues agregó ser huérfano de padre y madre.

La Cabra, que, por ser la más joven de la familia, estaba encargada del trabajo doméstico, dijo:

– Aceptemos sus servicios. Así tendré quien me ayude en la pesada labor de la casa, ya que, mientras vosotros os paseáis o tomáis el sol, tengo que atender a todas las cosas.

Los animales conferenciaron y accedieron. Luego le invitaron a cenar. El negrito aceptó complacido y engulló cuantos manjares le presentaron; parecía no haber comido en su vida, de tal modo lo devoraba todo.

Los cinco animales acostumbraban llegarse, por riguroso turno, a una finca que poseían a unos kilómetros de distancia, en busca de provisiones para el sostén de la casa; era ésta una labor de todas las mañanas.

Y como a la mañana siguiente a la llegada de nuestro negrito le tocaba a la Cabra, ésta pidió que el negrito la acompañase para ayudarla a traer el cesto.

Y así se acordó. Entregaron el cesto a Kuakú Baboní, y éste, muy contento, echó a andar tras la Cabra.

Cuando llegaron a la finca propiedad de los cinco animales, el negrito dejó en el suelo el cesto y echó a correr de un lado a otro, jugando y curioseándolo todo.

Fue inútil que la Cabra le llamara la atención y que le amonestara para que fuese en su ayuda; él proseguía en sus juegos y en sus fisgonerías. Tanto, que ya la Cabra se enfadó, y, llevada de los nervios,

dióle unos tirones de orejas con la consabida reprimenda.

Mas ¡Cuál no sería su estupefacción, al ver que Kuakú Baboní le propinaba un formidable puñetazo que la tiraba al suelo, rodando! Y hubo más: Lanzándose sobre ella, le dio una paliza soberana, hasta que la Cabra, extenuada, pidió gracia.

Pero Kuakú Baboní siguió aporreándola hasta que ella juró terminar el trabajo, dejándole en paz con sus diversiones, llevar el cesto lleno de provisiones y no decir a nadie ni una sola palabra de lo ocurrido.

Sólo entonces Kuakú Baboní permitió que la Cabra se levantara del suelo, donde la tenía acorralada. Estaba llena de contusiones y tenía un ojo hinchado y el labio partido; lo que vulgarmente se dice, una verdadera calamidad.

Llegado el momento del retorno, la Cabra cargó, sobre su cabeza, con el cesto lleno de provisiones y emprendieron la marcha.

Al llegar cerca de la choza, Kuakú Baboní tomó el cesto, aparentando la ayuda que no había prestado. Y así llegó con la Cabra.

Extrañados los animales del lastimoso aspecto que presentaba su compañera, preguntáronle qué le había ocurrido.

—Tuve la desgracia — explicó la Cabra, de tropezar con un enjambre de abejas cuando estaba recogiendo las provisiones. Me agujonearon y dejáronme en el deplorable estado en que me veis.

A la mañana siguiente le tocó al Lobo, y fuése a la finca acompañado de Kuakú Baboní. También aquél regresó con el rostro hinchado y el cuerpo lleno de contusiones.

La Cabra, adivinando lo ocurrido, oyó las explicaciones que dio el

Lobo sin poder contener una sonrisa harto significativa.

Luego, la Cabra y el Lobo hablaron de lo sucedido, extrañando que una criatura tan chiquitina como Kuakú Baboní tuviese fuerza tan enorme y osadía tan singular.

Todos los días, por la mañana, uno de los animales, el que le correspondía, iba a la finca e, infaliblemente, regresaba hecho un "ecce—homo". Por fin, habiendo corrido todos la misma suerte y no habiendo motivos para disimular, celebraron concilio con el único y exclusivo objeto de estudiar el modo de desembarazarse de Kuakú Baboní, la más terrible de todas las criaturas.

Acordaron abandonar la choza y dejar en ella a Kuakú Baboní como solo propietario.

Antes de emprender la fuga para librarse de aquella terrible criatura, prepararon, con gran reserva, un cesto lleno de provisiones, a las que agregaron los utensilios indispensables de cocina: Un jarro para la leche, una cacerola, cinco calabazas que servíanles de plato, una gran cafetera y las diferentes pipas de la cuadrilla.

Desgraciadamente para ellos, Kuakú Baboní se enteró de sus proyectos. Y, sin que ellos ni siquiera lo sospecharan, cogió una hoja de árbol, muy grande, se introdujo en el cesto y se envolvió en aquélla, cosa muy factible para Kuakú Baboní, porque ya sabéis que era muy chiquitín.

Al amanecer, sin el menor ruido por temor a despertar al terrible Kuakú Baboní, la pandilla emprendió la fuga. Sentían ganas e saltar, de brincar, de cantar y de reír, al verse libres del terrible negrito.

Y cuando ya habían andado algunos kilómetros de su antigua morada la Cabra, que llevaba el cesto de provisiones sobre la cabeza,

sintiéndose fatigada, se detuvo un instante a descansar.

Entre tanto, sus compañeros proseguían el camino y perdióles de vista; acordóse de los manjares que llevaba y entróle deseos de comerse un bocadillo, sin que ellos lo vieran; la Cabra era muy glotona. ¡Cuál no sería su sorpresa y asombro! Al levantar la tapa del cesto, recibió una formidable trompada al mismo tiempo que oía una voz que le decía:

— ¡Cierra el cesto y a callar se ha dicho!

Faltóle tiempo a la Cabra para obedecer y echó a correr tras de sus compañeros, aterrada por aquella terrible criatura.

Y así que los divisó los llamó y exclamó luego:

— ¡Lobo, ahora te toca a ti cargar con el cesto! ¡Yo estoy muy cansada!

El Lobo tomó la carga. Pero, al poco, recordando también las sabrosas provisiones que contenía la cesta, fingiendo estar fatigado, se detuvo a descansar un instante.

Y cuando sus compañeros se hubieron distanciado un largo trecho, abrió el cesto. Y, como la Cabra había recibido antes, asestáronle un formidable puñetazo. Dejó caer la tapa del cesto y reanudó la marcha muy ligero para alcanzar a sus compañeros.

El León y el Tigre, uno tras otro, llevaron el cesto. Y los dos, a cual más glotón, levantaron la tapa del cesto de provisiones para engullirse alguna golosina. Y los dos, respectivamente, recibieron un puñetazo soberano.

Le tocó el turno al Elefante, que también recibió una trompada. Cuando se reunió con los demás y pidió que le librasen de la carga, todos exclamaron:

— ¡Si no quieres seguir llevando el cesto, tíralo; nosotros, ya estamos cansados de cargar con él!

El Elefante, al oír estas palabras, tiró precipitadamente el cesto y echó a correr como alma que lleva el diablo, en dirección al bosque.

Sus compañeros echaron una mirada al cesto y apretaron a correr tras el Elefante, también hacia el bosque.

Continuaron así corriendo todo el día y toda la noche, sin descansar, hasta que se internaron en el bosque. Rendidos de fatiga se echaron a descansar junto a un baobab, gigante entre los árboles.

Pero el terrible Kuakú, al caer el cesto, salió y echó a correr a campo traviesa, en dirección al bosque. Sabía que los fugitivos descansarían a la sombra del gigantesco baobab. Trepó a una rama y se ocultó entre el follaje.

Los animales, rendidos de cansancio, y tendidos al pie del baobab se enzarzaron en una violenta discusión. Todos censuraban a la Cabra por haberles propuesto que tomasen a su servicio aquella terrible criatura.

La Cabra, indignada, replicó:

— ¡Fue de común acuerdo el tomarle a nuestro servicio! Y añadía:

— ¡Yo no tengo la culpa! ¡Si ese diablillo estuviera presente me daría la razón! Es más: Os culparía a vosotros.

Al oír estas palabras, Kuakú se dejó caer entre los animales que allí discutían. Poseídos de terror, los cinco animales huyeron en direcciones distintas.

El Lobo corrió hacia la estepa; el Tigre se escondió en el bosque; el

León no paró hasta llegar al desierto arenoso; el Elefante huyó hacia la región del Níger, y la Cabra fue a pedir protección a las regiones habitadas por los hombres.

Y desde entonces, viven separados y en lugares tan diferentes; su vida es muy otra a la que observaban cuando, bajo el mismo techo, vivían fraternalmente.

En cuanto a Kuakú Baboní, la más terrible de todas las criaturas, continúa vagando por el mundo para terror y espanto de todos los animales, que temen su presencia en cualquier instante.

Pues habéis de saber que el Lobo, el León, el Elefante, el Tigre y la Cabra advirtieron a sus hijos que se cuidaran muy mucho de tener el menor trato con la más terrible de las criaturas de la creación, Kuakú Baboní.

Por esto, por haber sido advertidos, muchos de los descendientes de aquellos animales, como tienen buena memoria, huyen, desconfiados, en cuanto divisan o huelen la presencia del hombre.

Ntyi, vencedor de la serpiente

En el país de Bana había una vez una serpiente boa que arrebatava a las recién casadas la primera noche de bodas, y al cabo de siete días las devoraba.

Era imposible remediar aquel estado de cosas, pues cada vez que le cortaban la cabeza, le brotaba una nueva.

Cierto día, la serpiente se apoderó de la esposa de un hombre llamado Ntyi.

A la mañana siguiente, el enfurecido esposo se dispuso a terminar con la serpiente de una vez para siempre.

Cuando llegó a la cueva de la boa, oyó a su mujer que se expresaba de este modo:

—Preciosa serpiente, la muerte que me amenaza no me impide experimentar un deseo... Quisiera saber cómo se te puede dar muerte...

—Voy a complacerte, mujer — respondió la boa—. En la selva que hay al sur del poblado habita un toro salvaje; en el vientre del toro hay una zorra viva, en el de la zorra, una pintada, y en el de la pintada, una tórtola, que lleva un huevo en el suyo. Para matarme es necesario romper ese huevo, y que una mosca pique en la yema y luego venga a posarse en mí. Tan pronto como lo haya hecho, caeré muerta.

Al oír estas palabras, Ntyi se dio cuenta de que era inútil emplear contra la serpiente las armas y los medios de combate ordinarios.

Alejóse, pues, y se dirigió a la selva.

No bien hubo atravesado el poblado, se encontró con un león de enorme tamaño que le cerró el paso, rugiendo ferozmente y mostrándole sus larguísimos colmillos y terribles garras.

Pero Ntyi continuó su camino sin mostrar el menor temor.

— ¡Hombre — díjole el león sorprendido —, eres el primero a quien no han aterrorizado ni mis rugidos ni la amenaza de mis colmillos! ¿Por qué es eso?

Ntyi respondió:

— No te tengo miedo porque he de enfrentarme con un animal mucho más terrible que tú.

— ¿Quieres que te acompañe? — propúsole el león.

— No me parece mal — respondió Ntyi. Y el león le acompañó.

A algunos pasos de allí, una pantera saltó de repente sobre Ntyi y quiso asestarle un zarpazo, pero él la desvió con el codo y prosiguió su camino sin volver la cabeza.

Asombrada, la pantera le preguntó:

— ¿Cómo es posible que no me tengas miedo?

— He de entendérmelas con una fiera mucho más terrible que tú — respondió Ntyi.

— ¿Quieres que te acompañe?

— Perfectamente.

Y Ntyi prosiguió su camino, seguido del león y de la pantera.

Al llegar a una meseta cubierta de hierba, un águila se lanzó sobre Ntyi y le desgarró una oreja, la derecha.

—No quiero combatir contigo — dijo Ntyi—. Tengo que luchar con un enemigo más peligroso que tú.

El águila se brindó también a acompañarlo, y él aceptó.

A pocos pasos de allí, un halcón desgarró la oreja izquierda de Ntyi, que le dijo:

—El águila es más fuerte que tú y no le he tenido miedo.

Y el halcón pidió y obtuvo permiso para unirse a la pequeña comitiva. Andando que te andarás, Ntyi tropezó de repente contra una piedra y del encontronazo le saltó la uña del dedo pulgar del pie derecho, pero no se detuvo por eso y prosiguió su camino sin mirarse el pie siquiera.

La piedra le dijo:

—Ntyi, eres el primero a quien hiero sin que se preocupe por su herida. Permíteme que vaya contigo.

Y Ntyi accedió.

A alguna distancia de allí metiósele una mosca en la nariz y le salió por la boca sin que estornudase.

—¿Por qué no has estornudado? — exclamó la mosca, asombrada.

—Estoy preocupado por una lucha terrible que he de sostener. La mosca rogó que la dejara acompañarlo y él accedió gustoso.

Todos untos se dirigieron al bosque. Cuando hubieron llegado, Ntyi dijo a sus compañeros:

— Mis queridos camaradas, supongo que sabréis que en los alrededores de mi poblado hay una serpiente boa que se dedica a robar a todas las recién casadas. La noche pasada se apoderó de mi mujer.

"Dispúzeme a luchar con ella y habríalo hecho con el mismo fatal resultado que todos los que hasta ahora lo han intentado, cuando, al aproximarme a la cueva, la oí que confiaba a mi mujer el único medio de darle muerte.

"Para ello es necesario que se pose sobre ella una mosca que haya estado picoteando la yema de un huevo que se encuentra en el vientre de una tórtola; la tórtola, a su vez, se halla en el vientre de una pintada, la pintada en el de una zorra, la zorra en el de un enorme toro salvaje que habita en este bosque.

"Cada uno de vosotros podrá concurrir con buen éxito al feliz resultado de mi empresa."

En aquel momento se hallaban en el corazón del bosque. No tardó en aparecer el toro, que vino mugiendo hacia ellos, pero el león se enfrentó con él y lo estranguló de un zarpazo.

Abriósele el vientre seguidamente y saltó la zorra, que murió en las garras de la pantera.

Al desgarrarle las entrañas salió volando la pintada, que atrapó el águila en un santiamén. Del vientre de la pintada surgió como una flecha la tórtola, pero el halcón se lanzó sobre ella con la velocidad del rayo y la abatió sin vida.

Sacáronle el huevo. La piedra lo rompió y la mosca, después de

revolcarse en la yema, fuése en busca de la serpiente boa.

A los pocos minutos de alejarse la mosca del bosque se oyó un estrépito terrible. La mosca acababa de posarse sobre la serpiente. Al cabo de unos instantes todo quedó en el mayor silencio.

El monstruo había muerto.

Ntyi dio las gracias a sus amigos y se encaminó al antro de la serpiente. Allí encontró a su esposa sana y salva y a la boa reventada. Inmediatamente sacó a su mujer de aquel terrible lugar y penetró en el poblado, donde fue recibido por todos los notables, que le aclamaron delirantemente.

Los músicos compusieron cánticos en su honor, ensalzando su magnífica victoria, aunque él refirió la verdad de lo sucedido.

La fama de sus hazañas llegó hasta el "alamar", que lo hizo llamar a su palacio y le regaló cien cosas de cada especie, por lo que Ntyi vivió en lo sucesivo extremadamente rico y feliz.

Fanfarronadas

Érase una vez tres camaradas que partieron juntos de viaje.

El primero se llamaba Bimbiri, el segundo, Kurlankan, y el tercero, Dungonotu.

Anda que te andarás, caminaban los tres amigos, cuando se encontraron con un pozo.

Todos estaban sedientos pero el pozo era muy profundo.

Dungonotu cogió el pozo, como si hubiese sido una simple jarra, y vertió el agua para que sus compañeros pudiesen beber.

Luego Bimbiri se cargó el pozo a la espalda.

Al poco se adentraron en un bosque con el propósito de cazar elefantes. Consiguieron matar una docena cada uno y, en el mismo día, se comieron el producto de la caza.

Algunos días más tarde vieron a una mujer guinarú. Kurlankan se enamoró perdidamente de ella y le dijo: – Te adoro.

Inmediatamente contrajo matrimonio con ella y abandonó a sus compañeros.

La mujer se llamaba Kumba Guiné; era muy linda y no mucho más alta que cualquier otra mujer.

A diario, Kurlankan se jactaba ante su esposa de ser el hombre

más fuerte del mundo. Cierta día que discutieron a este respecto, Kumba Guiné dijo a su marido:

– Te equivocas, Kurlankan... Ven conmigo a casa de mis padres y verás cómo hay alguien mucho más fuerte que tú.

Pusieron en marcha al amanecer, y al cabo de muchas horas de viaje divisaron al padre de Kumba acostado en el suelo.

El guinarú tenía una rodilla levantada...

Y ¡Habríase dicho que era una montaña!

Lleno de asombro, Kurlankan preguntó a su esposa:

– ¿Qué es aquello que mis ojos ven?... ¿Es una montaña?

– No seas mal educado – contestó ella, enfadada –. Lo que estás viendo es mi padre.

Tuvieron que andar durante cuatro horas antes de llegar al lugar en que reposaba el padre de Kumba Guiné. Al ver de cerca a su gigantesco suegro, Kurlankan tuvo miedo.

Los tres hermanos de Kumba, Amadi, Samba y Delo, se hallaban de caza en aquel momento.

Kurlankan preguntó:

– ¿Dónde podría encontrarlos?

– Ve por allá – díjole el suegro, señalándole una senda.

– Voy a conocerlos – declaró Kurlankan. Al primero que conoció fue a Amadi.

Había matado a quinientos elefantes; liados en un paquete los llevaba atados a un costado de su cintura.

— ¿Quieres qué te los lleve? — preguntó Kurlankan.

— No... No podrías con la carga — repuso Amadi—. Prosigue tu camino y encontrarás a mi hermano. Tal vez puedas servirle de algo.

Poco después encontró Kurlankan a Samba.

Éste había matado otros quinientos elefantes y los llevaba atados asimismo a la espalda.

— ¿Quieres que te ayude?

— No podrías, muchacho... Te lo agradezco... Sigue tu camino. Tal vez a mi hermanito pequeño puedas servirle de algo...

Kurlankan llegó finalmente a presencia de Delo.

Éste no había podido matar más que cuatrocientos elefantes y, en el momento en que llegaba ante él el marido de su hermana, se le rompió la correa de una de sus sandalias.

— ¿Te puedo ayudar en algo?

— Con los elefantes no podrías... Pero, llévame la sandalia al pueblo...

Echó la sandalia a Kurlankan y éste quedó enterrado bajo ella. No pudo desembarazarse de su enorme peso por más esfuerzos que hizo. Ni siquiera logró asomar la cabeza.

Delo se reunió en la aldea con sus dos hermanos. Los tres tuvieron que escuchar la repulsa de su padre, que les reprendió

duramente por haber cazado tan poco aquel día.

— ¿No os da vergüenza? — les dijo—. ¿Sabéis que tenemos un invitado, el marido de vuestra hermana, y es ésa toda la carne que tenemos para el cuscús?...

Y volviendo la vista a su alrededor, preguntó:

— ¿Dónde está mi yerno? Amadi contestó:

— Lo envié a buscar a Samba. Samba se apresuró a responder:

— Pues yo lo envié a buscar a Delo. Y Delo afirmó:

— Yo le dije que me trajera la sandalia, pues se me rompió la correa...

— Tal vez no haya podido con la sandalia — dijo Kumba Guiné—. Voy a ver...

Púsose inmediatamente en camino y no tardó en ver la sandalia. Levantóla y vio debajo a su marido.

Juntos regresaron a la aldea, llevando Kumba la sandalia, ya que era demasiado pesado para Kurlankan.

Cuando todo estuvo dispuesto, se reunieron a comer. Pero la calabaza era excesivamente alta y Kurlankan no podía probar bocado.

Delo, al ver su embarazo, lo cogió en sus manazas y se lo puso en las rodillas; pero Kurlankan, al empinarse para coger un puñado de cuscús cayó dentro de la calabaza, y Delo, confundiéndolo con un pedazo de carne, se lo echó a la boca.

A la mañana siguiente, Amadi preguntó:

— ¿Qué le habrá sucedido a nuestro cuñado?... Anoche comimos juntos...

¿Qué habrá sido de él?

Delo tenía una muela cariada y Kurlankan había conseguido meterse en el hueco de la carie.

— ¡Cómo me duele la muela! — exclamó el guinarú —. ¿Qué será?

Metióse el dedo en la boca y no tardó en sacar a su cuñado, colocándolo cuidadosamente en el suelo.

Kumba se acercó y, como se trataba de su marido, trajo un cubo lleno de agua y lo lavó de pies a cabeza.

— ¿No te dije que había alguien más fuerte que tú? — preguntó a Kurlankan, que bajó la cabeza humillado—. Pues esto no es nada todavía... Aun verás cosas más extraordinarias...

Entre los esclavos de los guinarús había una mujer llamada Syra, que era guinarú también. Cuando estaba triste se pasaba llorando sin cesar toda una semana.

El padre de Kumba le ordenó que encendiera fuego en la choza en que habían de vivir los recién casados y Syra se agachó para soplar.

Kurlankan, que entró a oscuras, se metió en la boca de la guinarú, creyendo que era la puerta de la cabaña. Llegó hasta su estómago, tendió la estera y, como buen musulmán, se arrodilló antes de acostarse y dijo con voz profunda:

— ¡Que Alá vele mi sueño! Syra lo oyó y repuso:

— Sal de ahí, Kurlankan... Te has metido en mi estómago...

El pobrecillo se apresuró a salir y cuando llegó Kumba le refirió la aventura.

—He pasado un miedo horrible — añadió—. ¡Vámonos de aquí mañana mismo!

Al amanecer, Kumba lo despertó diciendo:

—Syrá, llena de remordimiento por lo que pudo ocurrir si no se hubiese dado cuenta de que tú te habías metido en su estómago, ha empezado a llorar... Démonos prisa porque está vertiendo las lágrimas a torrentes, y si nos alcanzaran en el camino correrías un gran peligro... A mí no me sucedería nada.

Pusiéronse en marcha sin más demora.

Alrededor de las diez, cuando se hallaban varias leguas del poblado, oyeron un tumulto semejante al de una cascada cayendo de lo alto de una montaña.

Kurlankan, asustado, preguntó:

—¿Qué es eso?

A lo que repuso Kumba:

—Syrá que está llorando.

Las lágrimas, formando un torrente vertiginoso, rodearon a los fugitivos, pero Kumba se hizo muy alta, muy alta, tomó a su marido en brazos y consiguió salvarlo de la inundación.

Cuando estuvieron lejos de todo peligro, Kumba recobró su estatura normal y depositó a su esposo en el suelo.

Kurlankan le dijo entonces:

– Vuelve con los tuyos, Kumba... Te estoy muy agradecido por lo que has hecho; pero te confieso que tu familia me da miedo...

Kumba sonrió y contestó:

– Desde que te casaste conmigo no has dejado de decir que no había nadie más fuerte que tú.

– Pues ahora comprendo que estaba equivocado... Adiós, Kumba, que seas feliz... Cásate con un semejante tuyo...

Y se separaron para siempre.

Este cuento demuestra que no debemos jactarnos de ser más fuertes que los demás, pues cualquiera puede encontrar un guinarú.

Las aventuras de Xatla, el Chacal

Hubo un tiempo, hace ya muchísimos años, en que los animales de la selva andaban bastante escasos de agua. Los pobres no sabían dónde podían encontrar agua para beber.

Después de mucho buscar, lograron hallar una fuente donde había un poco de agua, muy escasa, porque era poco profunda.

— Hagámosla más honda para tener agua en abundancia — dijeron. El chacal se negó a trabajar con ellos. Cuando hubieron terminado, se reunieron y acordaron vigilar la fuente para impedir que bebiera el chacal, ya que no había querido ayudarles a obtener más agua.

El primer día pusieron de guardia al conejo, mientras unos salían de caza y los otros iban a pacer.

Cuando estuvieron lejos, el chacal se acercó a la fuente y gritó:

— ¡Buenos días, conejo! ¡Buenos días, amigo! El conejo devolvió el saludo.

Entonces el chacal se aproximó al vigilante, desató el pequeño saco que llevaba colgado al hombro y extrajo de él un trozo de miel que se puso a morder.

— ¿Qué te parece, conejo? — le dijo — ¿Te gustaría comer un poco de esta miel exquisita?

El conejo respondió:

– Claro que sí... Dame...

El chacal cortó un trocito diminuto y se lo dio.

– ¡Qué rico está! – exclamó el conejo cuando lo hubo probado – .
¡Dame más! El astuto chacal le respondió:

– Si quieres que te dé más tienes que dejarte atar las patas y tumbarte panza arriba.

Accedió el conejo, y cuando estuvo con las patas atadas, incapaz de moverse, el chacal se acercó a la fuente y estuvo bebiendo hasta saciarse. Cuando hubo terminado se volvió tranquilamente a su cueva.

Aquella noche, cuando los animales volvieron dijeron al conejo:

– ¿Cómo te has dejado engañar? ¡Serás tonto! El conejo respondió:

– Ha sido culpa del chacal. Me dijo que me daría un buen trozo de miel si me dejaba atar las patas y me tumbaba panza arriba... Luego vi que todo era una artimaña para beberse nuestra agua...

Los animales le dijeron:

– Eres tonto... Te dejamos vigilando, para que impidieras que el chacal, que se había negado a trabajar con nosotros, se aprovechara de nuestro trabajo, y le dejaste beber hasta saciarse...

Después de deliberar un momento, decidieron que el que se quedara a vigilar la fuente fuese el animal que hubiese dado ya pruebas evidentes de inteligencia.

La liebre se apresuró a responder:

— Yo me encargaré de eso.

Al día siguiente partieron los animales, dejando a la liebre a cargo de la vigilancia de la fuente.

Cuando estuvieron lejos, se acercó el chacal y dijo:

— ¡Buenos días, amiga liebre! ¡Buenos días! La liebre le devolvió el saludo.

El chacal le dijo:

— Dame un poco de tabaco.

— No tengo — respondióle la liebre.

El chacal se descolgó entonces el saco que llevaba al hombro, sacó de él un trozo de miel dura y se puso a mordisquearla.

— ¿Qué es lo que comes? — preguntóle la liebre.

— Un manjar exquisito, regalo de un pariente mío... Además de su dulzor exquisito, humedece el paladar y quita la sed. Por eso no quise trabajar con vosotros... ¿Qué necesidad tenía de fatigarme, poseyendo esto que me alimenta y me refresca a un tiempo?

— ¿Quieres dejármelo probar?

— No tengo inconveniente; pero para ello tienes que dejarte atar las patas por detrás del lomo. Luego te tumbars boca arriba y te echaré en la boca de este manjar divino.

La liebre respondió sin vacilar:

– Átame, pues...

El chacal se apresuró a hacerlo, y cuando tuvo bien atada a la liebre descendió a la fuente y se hartó de agua, sin prestar atención a los gritos de protesta de la burlada liebre.

Aquella noche, cuando volvieron los animales, vieron con sorpresa que la fuente estaba casi agotada, y que la liebre, inmóvil, había sido atada exactamente igual que el conejo.

– ¿Qué te ha sucedido? – le preguntaron –. ¿Cómo te has dejado engañar con el mismo truco que el tonto del conejo, tú, que presumías de astuta?

¿Dónde podremos beber ahora?

La liebre se lamentó del engaño del chacal, que, después de prometerle un buen trozo del rico manjar que alimentaba y quitaba la sed a un tiempo, la había atado, dejándola inmóvil, y se había bebido casi toda el agua de la fuente.

– ¿Quién va a montar la guardia, ahora, si no podemos confiar ni en la liebre? – se dijeron.

La pantera, después de reflexionar un instante, exclamó:

– ¡Ya sé!... Mañana montará la guardia la tortuga.

Como de costumbre, los animales partieron de madrugada, a cazar unos, a pasear otros, dejando a la tortuga encargada de velar el agua.

Apenas se hubieron perdido de vista, apareció el chacal, que saludó atentamente a la celadora.

— ¡Buenos días, señora tortuga! ¡Buenos días! La aludida no respondió.

— ¡Buenos días, señora tortuga! ¡Buenos días! Silencio.

Entonces el chacal se dijo:

— La guardadora de la fuente es más tonta que sus antecesores. Voy a darle la vuelta de un puntapié y luego me aprovecharé para beberme toda el agua de la fuente.

Aproximose lentamente a la tortuga y volvió a decir en voz baja:

— ¡Buenos días, señora tortuga! ¡Buenos días! La tortuga no respondió.

Entonces, dando un salto, el chacal dio con las patas de delante, y la volvió sobre la espalda.

Inmediatamente se acercó a la orilla de la fuente y empezó a beber tranquilamente.

Pero la tortuga, con un esfuerzo, se puso derecha y se aferró con los dientes a una pata del chacal.

Éste dio un grito de dolor y exclamó:

— ¡Suelte, señora tortuga suelte! ¡Me va a quebrar la pata!

Pero no consiguió sino que la tortuga apretara con más fuerza.

El chacal se descolgó el zurrón y dio a oler a la tortuga el perfume de la miel; pero ella volvió la cabeza y se negó a oler en absoluto.

— Estoy dispuesto a darte mi zurrón con todo lo que contiene — murmuró el chacal.

Pero la tortuga no soltó su presa.

Al fin vinieron los otros animales. Cuando el chacal los vio venir dio un salto terrible, después de liberarse de la presa de la tortuga con un gran esfuerzo, y huyó a todo correr.

Los animales dijeron a la tortuga:

—Te felicitamos, compañera. Has demostrado tu valentía impidiendo que el chacal nos robara el agua como en otras ocasiones. En lo sucesivo, nosotros nos encargaremos de proporcionarte el alimento que necesites. Entre tanto, el chacal, ebrio de furor, fue a dar rienda suelta a su cólera al bosque, y viendo un nido de palomas, dijo a la madre:

—Échame a uno de tus pichones, si no quieres que los devore a todos.

La paloma, asustada, le echó uno de sus pequeñuelos.

Cuando el chacal se alejó, la desgraciada madre se puso a llorar desconsoladamente.

Acertó a pasar por allí una garza y, al ver llorar a la paloma, le preguntó:

—¿A qué se deben tus lágrimas? La paloma respondió:

—El chacal me amenazó con devorar a todos mis pequeñuelos si no le echaba uno y no tuve más remedio que hacerlo.

—Hiciste mal — respondió la garza —. Si hubiese podido coger a todos tus pichones no se habría conformado con uno solo... No puede saltar hasta tu nido, paloma... No vuelvas a dejarte engañar...

La garza continuó su camino.

Al poco volvió el chacal, que gritó a la paloma:

— Dame otro de tus pichones, si no quieres que te deje sin uno siquiera. Pero la paloma respondió:

— Te quedarás con las ganas, asesino... No me engañarás otra vez.

El chacal intentó vanamente saltar hasta el nido de la paloma. No consiguió más que romperse una uña y hacerse varias desgarraduras en la piel con los salientes de la pelada roca en cuya cima tenía su nido la paloma.

Finalmente, fatigado de su inútil esfuerzo, el chacal preguntó:

— ¿Cómo es que esta mañana no te negaste a darme un pichón y esta tarde sí?

— Porque he recibido un consejo.

— ¿De quién?

La paloma, que no sabe mentir, respondió:

— De la garza.

— ¿Dónde está ahora?

— Allá, detrás del cañaveral.

El chacal se alejó de la paloma y se dirigió hacia el lugar en que se hallaba la garza. Cuando llegó cerca de ella le preguntó:

— ¿Hacia qué lado te vuelves cuando sopla el viento de allá, garza? La garza le respondió:

— ¿Y tú?

— Yo me vuelvo hacia este lado.

— Pues yo o mismo que tú — declaró la garza. El chacal preguntó de nuevo:

— ¿Y cuando el viento viene de esta dirección?

— ¿Hacia qué lado te vuelves tú?

— Hacia éste.

— Pues yo también.

El chacal, irritado, siguió preguntando:

— ¿Hacia qué lado te vuelves cuando viene la lluvia de allá?

— ¿Hacia qué lado te vuelves tú? — preguntó la garza.

— Hacia éste.

— Pues yo también.

El chacal meditó un instante y continuó interrogando:

— ¿Qué haces cuando la lluvia cae recto al suelo? La garza respondió:

— ¿Qué haces tú?

— Pues me cubro la cabeza con las patas... Así...

— Pues yo me la cubro con las alas... Así...

En aquel mismo instante, el astuto chacal saltó sobre la garza y la

asió por el cuello.

La garza le suplicó que tuviera piedad de ella, pero el chacal le respondió:

– Te devoraré por haber enseñado a la paloma a burlarse de mí. La garza, viéndose perdida, contestó:

– Si me dejas libre te diré dónde tiene su cubil una pantera que tiene varios cachorros recién nacidos, de los que a ti te gustan.

El chacal respondió sin vacilar:

– Condúceme enseguida allá y te soltaré.

La garza le dijo el camino, pero el chacal no la soltó hasta que se convenció de que no lo engañaba. Cuando olió la presencia de los cachorros de la pantera y los oyó runrunear, dio la libertad a la garza, asegurándole que como la sorprendiera en otra ocasión metiéndose en camisas de once varas, no tendría compasión de ella.

El chacal se acercó al cubil de la pantera y, viendo a la pantera madre asomar la cabeza, le dijo respetuosamente:

– ¡Buenos días, señora! ¿Quiere que cuide de sus preciosos hijos mientras está usted de caza?

La pantera respondió:

– Eres muy amable, mi buen chacal... Desde luego que quiero... Lloran mucho durante mi ausencia... Gracias, chacal, gracias... Quédate aquí y hasta luego...

El chacal se apresuró a entrar en el cubil de la pantera y vio que había diez cachorros.

Sin titubear, estranguló a uno de ellos de un zarpazo y lo devoró.

Cuando llegada la noche volvió la pantera de la caza, se acercó a la puerta del cubil y gritó desde fuera:

– Chacal, haz salir a mis pequeños.

El chacal hizo salir a uno. Cuando hubo mamado y volvió, le dio salida a otro; luego a otro... Finalmente, después de mamar el noveno, hizo salir de nuevo al primero; por lo que la pantera no se dio cuenta de que le faltaba uno.

Al día siguiente, cuando la pantera regresó de la caza, gritó al chacal, que, había aprovechado su ausencia para devorar a otro de los cachorrillos:

– ¡Chacal, haz salir a mis pequeños!

El chacal dio salida, uno a uno, a los ocho que quedaban; luego hizo salir de nuevo al primero y detrás de él al segundo, con lo que la pantera no notó la falta de ninguno de sus hijos.

Al día siguiente, el chacal devoró a otro de los cachorros de la pantera, a la cual engañó del mismo modo, y así fueron pasando los días hasta que se comió el último.

Entonces hizo un agujero por la parte posterior de la caverna y esperó la llegada de la pantera.

Cuando ésta regresó de la caza, dijo al chacal:

– Haz salir a mis pequeños. El chacal respondió:

– ¿Habrás visto descaro igual?... Te los has comido a todos y ahora vienes a decirme que los haga salir...

La pantera repitió irritada:

— Haz salir a mis pequeños, chacal.

En vista de que no recibía respuesta, la fiera entró en su cubil, de donde el chacal acababa de salir por la abertura que había practicado por detrás. Buscó en vano a sus cachorros y no encontrándolos salió por el mismo agujero que el chacal y emprendió su persecución.

En su huída, el chacal descubrió una colmena que había depositado su miel en la grieta de una roca.

Detúvose allí y esperó a que lo alcanzara la pantera, que le preguntó airadamente:

— ¿Dónde están mis pequeñuelos? El chacal respondió:

— Están ahí dentro. El cubil olía mal y me los traje aquí para darles clase. La pantera replicó:

— ¿Dónde están que no los veo?

— Ven por aquí. Los oirás cantar, cosa que hacen magníficamente. La pantera se aproximó a la hendidura de la roca y aplicó el oído. El chacal le dijo:

— ¿Los oyes?

— ¡Oh, sí, creo que sí!

El chacal se alejó rápidamente, dejando a la pantera escuchando extática el canto de sus cachorros.

Un babuino se aproximó a la fiera y le preguntó:

— ¿Qué haces aquí, pantera? La pantera respondió:

– Estoy escuchando los cánticos de mis pequeñuelos... Los ha educado el chacal...

El babuino cogió una vara de almendro y la agitó en todos sentidos dentro de la hendidura de la roca, diciendo:

– Quiero conocer a tus pequeños, a los que no he visto nunca.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando salió el enjambre en pleno, con su reina a la cabeza, y las abejas se lanzaron furiosamente sobre la pantera.

El babuino dio un salto tremendo y ascendió a lo más alto de las rocas, lanzando gritos de terror.

Desde allí gritó a la pantera:

– ¿Son éstos tus pequeños?

El chacal apareció en aquel instante para excitar a las abejas contra la pantera.

– ¡No la dejéis descansar, abejas! – les gritaba –. ¡Es una madre desnaturalizada que se ha comido a sus propios hijos!... ¡Picadle, picadle bien y hondo!...

La pantera, aterrada, se sumergió en un estanque que encontró en su camino; pero cada vez que sacaba la cabeza para respirar, las abejas le picaban ferozmente en los ojos, en el hocico, en la lengua colgante, obligándola a mantener constantemente la cabeza dentro del agua, hasta que se ahogó.

La burra del lavandero

Vivían una vez un mono y un tiburón que eran íntimos amigos. El Mono vivía en un pomposo árbol cuyas ramas colgaban sobre las aguas del mar. Y en este árbol crecían deliciosos frutos. Cada vez que el Mono se ponía a comerlos, gritaba el Tiburón.

– Amigo, tírame un par.

Y durante muchos días, semanas y meses el Mono tiró, cotidianamente, dos o tres veces por jornada, algunos de los codiciados frutos.

Un hermoso día dijo el Tiburón al Mono:

– Amigo, me has prestado muchos servicios con tu bondad y desearía realmente hacer algo por ti. ¿No te agradecería dar un paseo hasta mi morada?

– ¿Y cómo podría yo ir hasta allí? – preguntó el Mono:

– Yo te llevaré y ni un pelo de tu cuerpo se mojará. Baja del árbol y póstate sobre mi lomo.

El Mono así lo hizo.

Al cabo de un rato, cuando habían nadado un regular trecho, cabalgando el Mono sobre el lomo del Tiburón, dijo éste:

– Tú eres mi amigo y quiero decirte la verdad.

—Sí, dímela — respondió el Mono.

—Escucha, pues — empezó el Tiburón • donde yo habito yace enfermo de muerte el Sultán, y sus sabios y médicos de cabecera aseguran que únicamente el corazón de un mono puede darle la vida.

— ¡Ah, ah! — exclamó el Mono—. Podrías habérmelo dicho antes.

— ¿Y qué habrías contestado, amigo, a mi invitación? — preguntó el Tiburón. El Mono pensó:

— Ahora tengo que idearme algo para salvarme, pues de lo contrario estoy perdido.

Como no respondiese en el acto, pregúntole el Tiburón por qué no decía nada.

— ¡Ah! — suspiró el Mono—. ¿Qué podría decirte? Si me hubieses dicho la verdad hubiera traído conmigo el corazón, gustosamente.

Asombrado, preguntó el Tiburón:

— ¡Cómo! ¿No llevas encima tu corazón?

— No — respondió el Mono—. ¿No sabes, pues, la costumbre que tenemos los monos? Cuando salimos de nuestras casas, dejamos nuestro corazón colgado del árbol en que vivimos. Tan sólo nuestro cuerpo se aleja. Pero, tonto de mí, ¿Por qué te cuento eso? No me creerás, pensando, acaso, que yo tengo miedo. Vamos, llévame enseguida al palacio del Sultán, para que me maten sus esclavos. Entonces verás por tus propios ojos que en mi cuerpo no se encuentra el corazón que precisáis y te lamentarás de tu error.

El Tiburón dio crédito a las palabras del Mono y dijo:

—Entonces lo mejor será regresar a la costa para que puedas ir a tu árbol en busca de tu corazón.

—No, no, — respondió el astuto Mono — nada de eso. Llévame al palacio del Sultán.

Pero el Tiburón se mantuvo enérgico en sus trece y declaró que primero debían ir a buscar el corazón del Mono. Dióse éste por convencido, y al poco hallóse de nuevo en tierra firme y encaramado en su árbol.

Mas cuando estuvo sano y salvo y en lugar seguro se quedó mudo y sin hacer el menor ruido.

El Tiburón le gritó ordenándole que se diera prisa. No hubo respuesta.

El Tiburón volvió a gritar, esta vez con todas las fuerzas de sus pulmones:

— ¡Ven de una vez! ¡Vamos ya!

— ¿Que vaya contigo? — respondió el Mono — ¿Y adónde debemos ir?

— Pues, al palacio del Sultán; ¿No recuerdas? — respondió el Tiburón.

— Tú estás completamente loco — replicó el Mono.

— ¿Qué quieres decir? — reclamó el Tiburón.

— ¡Por lo visto, tú me has tomado por la burra del lavandero!

— ¿La burra del lavandero dices? ¡Que me cuelguen si te

entiendo! ¿Qué es eso?

– Es algo sin corazón y sin orejas – explicó el Mono.

– ¿Qué pasó con tu burra del lavadero? Amiguito, cuéntamelo para que yo pueda comprender lo que quieres decir.

– Escucha, pues – dijo el Mono –. "Érase una vez un lavadero que tenía una burra que se escapó del lavadero y se adentró en el bosque. Allí le iba tan bien que ya no pensó en volver al lado de su amo. Se pasaba todo el santo día comiendo manjares deliciosos y pronto se puso redonda como un tonel.

Una vez la vio la liebre y al verla se le hizo la boca agua y se dijo:

– Esa bestia está muy gorda y convida a comérsela.

Y corriendo fue a ver al león que, habiendo estado enfermo mucho tiempo, se encontraba ahora muy débil. Y dijo al León:

– Mañana te traeré un exquisito trozo de carne, para que lo comamos juntos.

El León contestó:

– Muy bien.

Al día, siguiente, al rayar el alba, se encaminó la liebre hacia el lugar donde había visto la burra. Y le dijo:

– He sido enviada por el poderoso señor que quiere hacerte proposición de casamiento.

– ¿Quién te ha mandado? – preguntó la Burra.

– El mismito León – respondió la Liebre.

—Muy bien — dijo la Burra —. Voy contigo. Fueron juntas al cubil del león y el León dijo:

—Entra y toma asiento. Y la Burra se sentó.

La Liebre dio a entender al León que el delicioso trozo de carne de que le había hablado estaba allí, y, acto seguido, se marchó.

A la Burra le dijo:

—Tengo que ir a mi casa. Habla con tu novio para que os conozcáis.

Apenas había salido la Liebre, cuando el León saltó sobre la Burra para despedazarla, pero la Burra luchó valerosamente, dando coces y mordiscos, hasta que el León, que estaba debilitado, cayó en un rincón. Entonces la Burra, llena de heridas de las garras del León, regresó a su bosque.

Un rato después llegó la Liebre al cubil del León y le preguntó:

—Amigo, ¿Ya terminaste el banquete?

—No — suspiró el León — aquella bestia era demasiado fuerte. Primeramente me asestó un par de coces fenomenales; luego me mordió y por último se me escapó. Yo le había dado unos zarpazos, pero a causa de mi enfermedad fueron poco potentes; ¡Estoy muy débil!

—No, no — replicó la Liebre — estás mejorando a pasos agigantados.

Un par de días después fue y preguntó al León si se veía con ánimos y sentía haberse repuesto.

—Sí — respondióle —; ahora soy el León de antes y me haría con

la presa por fuerte que fuera, si me entrara en ganas.

– Bien – dijo la Liebre –; te la buscaré.

Cuando llegó al bosque, la Burra la saludó cordialmente y le preguntó si había novedad.

– Sí – contestó la Liebre –; tu novio te ruega que vayas a verle.

– No – contestó la Burra, – no me agrada tal invitación. Ya antes me arañó y me lastimó tanto, que, asustada, huí de él.

– Bah – replicó la Liebre –; prueba otra vez. El León no es tan mala persona. Y tampoco un partido despreciable. Es así como él recibe a los otros animales.

– Bueno – dijo la Burra –; probaré nuevamente.

Pero, ¡Ay!, apenas hubo penetrado en la cueva del León, cuando éste saltó sobre la pobre Burra y la mató.

Poco después, la Liebre se presentó en la cueva del León y éste dijo:

– Escucha: Coge la carne y ácala. Yo no quiero más que el corazón y las orejas; el resto puedes comértelo tú.

– Muchas gracias – dijo la Liebre, y se llevó la carne hasta donde el León no la podía observar.

Cogió primero el corazón y las orejas, se los comió con verdadera fruición y escondió el resto de la carne.

Al cabo de un rato apareció el León para ver dónde estaba la Liebre.

— Amiga Liebre — le dijo —, dame seguidamente el corazón y las orejas de la burra; tengo hambre y desfallezco.

La Liebre le contestó:

— ¿Dónde están el corazón y las orejas?

— ¿Por qué preguntas esto? — dijo el León sobresaltado.

— Sí — añadió la Liebre —; ¿No sabes que ésta era la burra del lavandero?

— Ciertamente — respondió el León — ¿Pero qué tiene que ver esto con su corazón y sus orejas?

— ¡Oh, León! — exclamó la Liebre —. Eres un animal ya crecido y al parecer no comprendes que, si semejante burra hubiese tenido corazón y orejas, no hubiese comparecido por segunda vez a tu cueva. La primera vez, al presentarse, pudo comprender que querías matarla, y por eso huyó. Y presentóse por segunda vez, ello no obstante; dime, pues, ¿Lo hubiera hecho de tener corazón?

Y el León contestó:

— Amigo, hay algo de verdad en lo que dices.

— Pues bien, amigo Tiburón — dijo el Mono —, ésta es la historia de la burra del Lavandero. ¿Verdad que yo no sería más cauto y sabio

que la burra del cuento si fuese contigo? ¡Adiós, Tiburón! Vete a ver a tu querido Sultán. Y... dale recuerdos de mi parte.

Aua, la huérfanita

Había una vez un hombre viudo que tenía una hija llamada Aua. El hombre casó de nuevo y de este matrimonio hubo otra hija, que era tan querida como odiada aquélla.

Una noche, mientras la pequeña Aua dormía, se le apareció su madre y le habló de esta manera:

– Hija mía, mañana tu madrastra te dará una piel de carnero para que la laves en el río Amarillo. No le contestes. Ponte en camino para lavar la piel que tu hermanastra Alimata ha ensuciado. Vete sin temor, pues dondequiera que tú vayas, yo estaré siempre cerca de ti.

A la mañana siguiente, sucedió cómo había advertido la aparición. Y Aua fue enviada al río Amarillo a lavar la piel de carnero.

Hallábase en camino cuando estalló una espantosa tormenta. Aua divisó una choza a lo lejos y corrió para refugiarse en ella.

Pero la choza huía, huía de la muchacha. Hasta que Aua consiguió darle alcance, no sin haberse calado hasta los huesos.

Un perro peludo guardaba la choza y el perro dijo:

– Linda Aua, puedes entrar.

Aua no se hizo rogar. Penetró en la choza y en el fondo del albergue vio colgada una enorme pierna de buey.

El peludo perro era el esclavo y guardián de esta pierna de buey

que, a su vez, dijo al perro:

– Haz sentar a esta niña en la esterilla.

El enorme perro peludo invitó a Aua a sentarse, y la niña se sentó. Al cabo de un rato, la Pierna de Buey ordenó al perro, su esclavo:

– Dale a la niña algo con que pueda preparar su comida.

Y el perro dio a la niña dos granos de arroz, y cuando ella los puso a cocer en la marmita, los granos se hincharon hasta llenarla por completo.

Cocido el arroz, Aua lo sacó de la marmita y vio, sorprendida, que estaba condimentado con grasa. Y comió, Aua, hasta que hubo satisfecho su apetito y, entonces, lo que quedaba en la marmita desapareció como por encanto.

Aua pasó así ocho días en esta choza, habiendo por compañía al perro fiel y a la hospitalaria Pierna de Buey. Día y noche se alimentaba de arroz con carne grasa, y el manjar mucho le apetecía.

En la noche del octavo día, la Pierna de Buey dijo al perro:

– Di a la niña que venga a darme masaje.

Sin hacerse rogar, la niña prestó sumisa el servicio pedido. Entonces la Pierna de Buey dijo:

– Veo que realmente eres una niña dechado de bondad. Vuelve a casa de tu padre, pero, antes de partir, toma estos dos huevos. Cuando llegues a un sitio donde no oigas ninguna voz, rómpelos.

Aua tomó los dos huevos y se puso en camino para regresar a la choza paterna. No se hallaba muy lejos de la de Pierna de Buey, cuando

oyó voces de gentes invisibles que le gritaban:

— ¡Rompe los huevos, que nosotros los sorberemos!

La pequeña Aua prosiguió su ruta sin impresionarse por las voces misteriosas que le gritaban órdenes.

Por fin llegó a un sitio solitario; no había ni un solo guijarro y no se percibía el menor ruido.

Entonces dejó caer uno de los huevos sobre el suelo y el huevo se rompió. Caballeros, guerreros armados de fusiles, esclavos y esclavas, salieron de aquel huevo.

Aua rompió el otro huevo: Montones de alhajas, vestidos suntuosos y toda clase de animales domésticos salieron de éste.

Mandó entonces a uno de los caballeros:

— Di a mi padre que estoy de vuelta para abrazarle.

El caballero entró en el pueblo en el momento en que el jefe, habiendo convocado a todos los hombres por medio del tambor, tomaba disposiciones para rechazar a la escolta de la huerfanita, a quien tomara por una columna enemiga.

El rey, acompañado del padre de Aua, salió al encuentro de la joven y la condujeron, montada en un soberbio caballo, a la choza paterna.

Pasaron unos días, y la madrastra, celosa de ver a Aua tan parecida a una reina, dio a su hija Alimata la piel de carnero que antes confiara a su hijastra, para que fuera a lavarla, también, al río Amarillo.

Alimata obedeció. Como anteriormente su hermanastro, ella

encontró la choza fugitiva.

Como Aua, también la persiguió en medio de una espantosa tormenta y se caló hasta los huesos.

Llegó por fin delante de la choza de Pierna de Buey. El enorme perro peludo la invitó a entrar.

— ¡Ah! — exclamó ella—. ¡Cuanto más vieja una se hace, más cosas se ven!

¡Un perro que habla!

Y así que hubo entrado, la Pierna de Buey ordenó al perro que la invitase a sentarse.

— ¡Otra maravilla! — exclamó—. ¡Carne que habla!

A la noche, siempre obedeciendo las órdenes de Pierna de Buey, el enorme perro peludo dio a Alimata dos granos de arroz para que preparase su cena.

La atolondrada se enfadó y gritó:

— ¡Ah! ¿Así obsequian a los forasteros? ¿Qué plato puede prepararse con dos granos de arroz?

Y acostóse sin haber comido.

A la mañana siguiente, Pierna de Buey la despidió, no sin haberle regalado dos huevos, que le recomendó no rompiera hasta pasar por un lugar donde no se percibiera voz ninguna.

Alimata partió sin dar ni siquiera las gracias. Pronto oyó voces que le gritaban:

— ¡Rompe los huevos! ¡Rompe los huevos!

Y apresuróse a romperlos, dejándolos caer sobre una piedra.

Al instante, ciegos, cojos, bestias feroces, sapos, escorpiones y alacranes, salieron de los dos huevos rotos contra las recomendaciones de Pierna de Buey.

Y se lanzaron todos sobre ella, y la mordieron, picaron y destrozaron, teniendo Alimata un fin tan horroroso, como feliz había sido el de la obediente y bondadosa Aua.

La novia de la raza yblisa

Érase una vez un hijo de rey que no quería por esposa más que a una doncella de la raza yblisa.

Para encontrarla recorrió considerable extensión del país. Un día, por fin, llegó a la choza de un yblis. Penetró en el interior y encontró a dos muchachas, una de ellas de edad casadera.

Cuando ésta vio al hijo del rey le gritó:

— ¡Humano, retírate enseguida, pues mi madre va a venir y te devorará!

— Aunque fuese así, no me retiraría; tengo que llevarte al pueblo de mi padre — respondió el joven príncipe—. He venido únicamente para llevarte conmigo.

De esta manera conversaban cuando oyeron pasos que resonaban como el retumbar del trueno.

La joven yblisa cogió entonces al príncipe y lo escondió en la despensa de la carne en salazón.

Cuando la madre yblisa entró en la choza, husmeó el aire, diciendo:

— ¡Pequeñas, huele a hombre!

— Vivimos muy lejos de los seres humanos, madre, y es imposible que haya uno en este recinto — respondió la mayor.

El joven príncipe temblaba de espanto...

La vieja no insistió y partió de nuevo para la caza.

Cuando la madre hubo marchado, dijo la joven al príncipe:

—No salgas de donde estás y guárdate de hacer el menor movimiento. A medianoche, mientras el hogar de la chimenea permanezca rojo, no te muevas. Cuando oscurezca y todo esté envuelto en tinieblas, no te muevas aún, y, al rayar el alba, tan pronto como veas venir la claridad del día será el momento de ponernos en marcha. Será entonces cuando mi madre estará sumida en profundo sueño. Yo estaré presta para partir contigo.

El príncipe hizo lo que se le recomendaba. Vio que el hogar de la chimenea tornaba sucesivamente los tres colores: El rojo de ascua encendida, el negro de fuego extinguido y luego el blanco de la luz de la mañana. Entonces salió de la despensa de la carne en salazón.

—Aguarda — dijo la joven — a que ponga un mortero de maíz en el sitio que yo dejo libre. Si mi madre se despierta después de nuestra partida, creará, al tocar el mortero, que yo sigo allí, pues cada noche me obliga a dormir entre sus piernas por temor a que me secuestren.

Ella puso el mortero en el sitio donde había costumbre de dormir; luego el príncipe montó a caballo y, con la yblisa a la grupa, partió veloz en dirección al reino de su padre.

A la mañana siguiente; al despertar del sueño, la madre yblisa advirtió que no tenía entre sus piernas más que un simple mortero. Levantóse y, de un puntapié furioso, rompió en mil fragmentos el mortero.

Y luego dijo a su otra hija:

— ¡Se han llevado a tu hermana mayor! ¡Dame mi pipa! ¡Voy en su busca!

La vieja cargó la pipa; la encendió y exhaló una enorme bocanada de humo, en el seno de la cual se escondió. La bocanada de humo la llevó camino por donde habían huido los fugitivos.

Al volver la cabeza, la joven yblisa distinguió a su madre y dijo:

— Mi marido humano, mi madre nos persigue. Pero no temas. Llegaremos al poblado antes que ella.

Tiró al suelo un grigri, que se transformó al punto en una altísima montaña.

Pero cuando la madre llegó al pie de esta altísima montaña, la cogió como si fuera un guijarro y se lo escondió en el cinto de perlas de vidrio que llevaba ceñido a la frente.

La hija volvió a mirar atrás y vio que su madre se aproximaba rápidamente. Entonces volvió a tirar otro grigri.

Y formóse allí un ancho y caudaloso río.

Cuando la madre llegó a las orillas de aquel río, se agachó, cogió el agua en el hueco de la mano, la bebió de un trago y reanudó la persecución.

El príncipe se volvió a su vez y percibió que la bocanada de humo continuaba avanzando.

— ¡El humo sigue persiguiéndonos! — gritó.

— Es mi madre que se ha envuelto en él y corre en sus alas — dijo la hija.

— Mira por ese lado.

— No puedo.

— ¿Por qué no puedes?

— Porque nos traería desgracia.

— ¡Quiero que mires y tires otro grigri, como hiciste antes!

— Te repito que nos traería desgracia si me vuelvo de ese lado.

— ¡Mira! — ordenó el príncipe con voz imperiosa.

La doncella obedeció y volvió la cabeza. Pero al punto convirtiose en una mona, arañando y mordiendo a su compañero. Sin embargo, el príncipe pudo atarla con su turbante.

Cuando la madre yblisa vio a su hija así amarrada, juzgó estar suficientemente vengada, y volvió sobre sus pasos de regreso a su choza.

El hijo del rey llegó por fin, a su pueblo. Primero fue a ocultar la mona en la choza de su madre, a la que contó su aventura. Aquélla, a su vez, la contó a una vieja amiga que tenía en el pueblo.

Esta vieja fue a ver al rey y le dijo:

— Jefe, tu hijo, que se negaba a casarse con una doncella de la raza humana, ha traído aquí una mona, de la que ha hecho su esposa. ¡Si yo miento, rómpeme la cabeza, así como la de mi nieto, que ves aquí!

— ¡Ofrece tu cabeza, pero no la mía! — protestó el nieto.

Para comprobar la denuncia de la vieja, el rey ordenó que fuese la mona la que le preparase la comida.

Cuando la mona supo la orden del rey lloró a lágrima viva.

Su hermanita, que se había quedado con la madre yblisa en el bosque y que iba a visitarla de vez en cuando bajo la forma de una mosca, dijo a su madre:

— Mi hermana mayor sufre mucho y corre grave peligro. El rey quiere que ella le prepare la comida, y ella no puede hacerlo por haberla convertido tú en mona.

— Ve y dile — respondió la madre — que salga de su choza a medianoche. A su regreso encontrará preparados todos los platos que se esperan de ella.

A medianoche la mona salió de la choza, siguiendo el consejo que su hermanita le había transmitido. En su ausencia, la madre yblisa fue y guisó una calabazo de arroz, aderezado con carne grasa, que recubrió con un lindo disco de paja trenzada.

A la mañana siguiente la madre del príncipe llevó a su marido el rey el plato así preparado. El rey lo encontró mucho mejor que todo cuanto hasta entonces había probado. Llamó, pues, a la vieja denunciante y le dio un puñado de arroz, diciendo:

— Prueba este guiso, tú que pretendes sea obra de una mona. La vieja lo probó y respondió:

— Jefe, estoy convencida de que este plato no lo ha preparado la mujer de tu hijo. Si quieres saber la verdad, hazla comparecer ante tu presencia. Y si no ves a la mujer de que te hablo bajo la forma y figura de una mona, mátame, así como a mi nieto, aquí presente.

— ¡Que te maten a ti sola! — protestó el nieto.

El rey convocó a todas sus nueras para el día siguiente. La mona,

al conocer esta noticia, lloró de espanto.

La madre yblisa, avisada por la hermanita de esta nueva pena de su hijo mayor, dijo a la pequeña:

—No temas por tu hermana. No le ocurrirá nada malo. A medianoche estaremos en su choza.

Y a medianoche se dirigieron las dos hacia la choza de la mona. La vieja yblisa frotó a la mayor con un unguento mágico que la transformó en una doncella mucho más linda que antes, y adornóla con joyas de oro en profusión.

A la mañana siguiente todas las mujeres de los príncipes fueron presentadas al rey, que encontró a su nueva nuera más bonita que todas las otras. Sin pronunciar palabra, desenvainó su sable, y, de un golpe certero, abatió la cabeza de la vieja denunciante.

La hija yblisa le parecía tan bella que decidió arrebatársela a su hijo. A este fin ordenó a sus herreros que cavasen un gran hoyo, que ellos llenarían de ascuas encendidas. Ejecutadas sus órdenes, disimuló la boca del hoyo con una linda piel de cordero; luego hizo llamar a su hijo.

Cuando el príncipe hubo llegado, el rey le invitó a sentarse sobre la piel de carnero y apenas hubo puesto éste los pies encima, cuando cayó dentro del hoyo. Pero no se hizo el menor daño, porque la vieja yblisa había cambiado los carbones encendidos por copos de algodón.

El príncipe se levantó y vio una galería subterránea. Adentróse en ella y, al cabo de un largo rato, salió al aire libre a corta distancia del poblado.

Allá se encaminó de nuevo y encontró a su padre que se disponía

a casarse con la joven yblisa. Al verle venir, el rey no dijo nada, pero ordenó matar un buey, del que reservó la piel. Se cosió al príncipe en esta piel y lanzaron el bulto al río.

Pero la madre yblisa se encontraba allí. Había advertido al rey de los guinarús del río que si a su yerno le ocurría el menor mal, ella exterminaría a todos los miembros de su raza e impediría que los jóvenes viviesen en el agua. Por esta razón el jefe de guinarús vigilaba atentamente.

Tan pronto como el joven príncipe cayó al agua, se le recogió y se le llevó a una linda choza debajo del río donde le aguardaba la madre yblisa, su suegra.

Ésta le dio montones de oro, piezas de rica tela y toda clase de objetos preciosos, y le dijo:

– Vete en busca de tu padre. Dile que sus parientes le envían sus saludos y que habitan el fondo de las aguas, donde se encuentran muy bien. Dale, de parte de los parientes de mi hija, las riquezas que yo acabo de regalarte. El príncipe salió del agua. Aquella misma noche el rey iba a celebrar su casamiento con la joven yblisa, cuando se le anunció que su hijo acababa de llegar.

El príncipe se presentó ante el rey y le dijo:

– Padre: Mis suegros te saludan. Ellos me envían para traerte este oro y estas ricas telas. Me han encargado decirte que tú no posees ni la mitad de los tesoros que ellos tienen en el fondo del agua, ya que no habitan en el otro mundo, como tú te imaginas.

El rey tomó lo que su hijo le traía; luego ordenó le cosiesen dentro de una piel de buey para recorrer el mismo camino que su hijo y visitar a sus suegros en el fondo del agua.

Se le obedeció y se le arrojó al agua.

Pero allí quedó y su hijo le sucedió en el trono.

Historia de Rabotity

Rabotity se encaramó en un árbol, pero la rama estaba podrida. Cayóse y se lastimó la pierna.

Rabotity dijo:

— El árbol ha roto la pierna de Rabotity; nada hay más fuerte que el árbol.

— Yo soy fuerte — dijo el Árbol — mas el viento me azota y me troncha. Rabotity dijo:

— El viento azota y troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; nada hay más fuerte que el viento.

— Yo soy fuerte — dijo el Viento — mas donde el muro se levanta, yo no puedo pasar.

Rabotity dijo:

— El muro pone freno a los vientos; los vientos tronchan el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; nada hay más fuerte que el muro.

— Yo soy fuerte — dijo el Muro — mas el ratón roe el cemento y abre en él un boquete.

Rabotity dijo:

— El ratón desportilla el muro; el muro contiene los vientos; el viento troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; nada hay

más fuerte que el ratón.

– Yo soy fuerte – dijo el Ratón – mas el gato me come. Rabotity dijo:

– El gato se come al ratón; el ratón desportilla el muro; el muro contiene los vientos; el viento troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; nada hay más fuerte que el gato.

– Yo soy fuerte – dijo el Gato – mas la cuerda me estrangula. Rabotity dijo:

– La cuerda estrangula al gato; el gato se come al ratón; el ratón desportilla el muro; el muro contiene los vientos; el viento troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; nada hay más fuerte que la cuerda.

– Yo soy fuerte – dijo la Cuerda – mas el cuchillo me corta. Rabotity dijo:

– El cuchillo corta la cuerda; la cuerda estrangula al gato; el gato come al ratón; el ratón desportilla el muro; el muro contiene los vientos; el viento troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; nada hay más fuerte que el cuchillo.

– Yo soy fuerte – dijo el Cuchillo – mas el fuego me funde. Rabotity dijo:

– El fuego funde el acero; el acero corta la cuerda; la cuerda estrangula al gato; el gato se come al ratón; el ratón desportilla el muro; el muro contiene los vientos; el viento troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de

Rabotity; nada hay más fuerte que el fuego.

—Yo soy fuerte — dijo el Fuego—; mas el agua me extingue. Rabotity dijo:

—El agua extingue el fuego; el fuego funde el acero; el acero corta la cuerda; la cuerda estrangula al gato; el gato se come al ratón; el ratón desportilla el muro; el muro contiene los vientos; el viento troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; nada hay más fuerte que el agua.

—Yo soy fuerte — dijo el Agua — mas los navíos flotan sobre mi espalda. Rabotity dijo:

—El navío flota sobre el agua; el agua extingue el fuego; el fuego funde el acero; el acero corta la cuerda; la cuerda estrangula al gato; el gato se come al ratón; el ratón desportilla el muro; el muro contiene los vientos; el viento troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; nada hay más fuerte que el navío.

—Yo soy fuerte — dijo el Navío — mas al dar contra las rocas me estrello. Rabotity dijo:

—Contra las rocas se estrella el navío; el navío flota sobre el agua; el agua extingue el fuego; el fuego funde el acero; el acero corta la cuerda; la cuerda estrangula al gato; el gato se come al ratón; el ratón desportilla el muro; el muro contiene los vientos; el viento troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; nada hay más fuerte que la roca.

—Yo soy fuerte — dijo la Roca — mas el cangrejo anida en mí. Rabotity dijo:

—El cangrejo anida en la roca; contra la roca se estrella el navío; el navío flota sobre el agua; el agua extingue el fuego; el fuego funde el acero; el acero corta la cuerda; la cuerda estrangula al gato; el gato se

come al ratón; el ratón desportilla el muro; el muro contiene los vientos; el viento troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; nada hay más fuerte que el cangrejo.

—Yo soy fuerte — dijo el Cangrejo — mas el hombre me caza y arranca las patas.

Rabotity dijo:

—El hombre caza al cangrejo; el cangrejo anida en la roca; contra la roca se estrella el navío; el navío flota sobre el agua; el agua extingue el fuego; el fuego funde el acero; el acero corta la cuerda; la cuerda estrangula al gato; el gato se come al ratón; el ratón desportilla el muro; el muro contiene los vientos; el viento troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; nada hay más fuerte que el hombre.

—Yo soy fuerte — dijo el Hombre; mas Zanahary, el dios de Madagascar, me envía la muerte.

Rabotity dijo:

—Zanahary envía la muerte al hombre; el hombre caza al cangrejo; el cangrejo anida en la roca; contra la roca se estrella el navío; el navío flota en el agua; el agua extingue el fuego; el fuego funde el acero; el acero corta la cuerda; la cuerda estrangula al gato; el gato se come al ratón; el ratón desportilla el muro; el muro contiene los vientos; el viento troncha el árbol; el árbol rompe la pierna de Rabotity; NADA HAY MÁS PODEROSO Y FUERTE QUE ZANAHARY.

Seetetelané

Érase una vez un hombre pobre, tan pobre que carecía de familia, alimentándose únicamente de ratones silvestres con cuyas pieles se había fabricado un tseha o calzón corto, que apenas le llegaba a la rodilla, constituyendo esta prenda su único vestido.

Cierto día que salió a cazar ratones silvestres como de costumbre, tropezó de pronto con un huevo de avestruz.

Llevólo rápidamente a su hogar y reanudó seguidamente la caza. Cuando regresó, fatigado por la dura jornada y hambriento, ya que sólo había conseguido cazar dos miserables ratones, se encontró la mesa puesta y sobre ella un apetitoso voala de harina de mijo y carne de cordero lechal. Asombrado, exclamó:

— ¿Me habré casado, sin saberlo?... Esta comida es obra de una mujer, sin duda alguna... ¿Eh, dónde está la mujer que ha hecho esto?

En aquel momento se abrió el huevo de avestruz que recogiera y salió de él una doncella hermosísima.

— Me llamo Seetetelané — dijo con dulce voz — . Permaneceré a tu lado hasta que, en un momento de embriaguez, me llames hija de huevo de avestruz. Si lo hicieras, desapareceré y no volverás jamás a verme.

El cazador de ratones salvajes prometió solemnemente no embriagarse en su vida y durante varios días gozó de una existencia paradisíaca en compañía de su bella esposa, que le narraba cuentos

maravillosos y le confeccionaba platos exquisitos.

Un día, viendo que se aburría, le dijo: — ¿Te gustaría convertirte en jefe de tribu y tener esclavos, animales y servidores?

—¿Serías tú capaz de proporcionármelos? — preguntó él incrédulo. Seetetelané sonrió.

Acto seguido dio una patada en el suelo y la tierra se abrió, surgiendo de ella una caravana de esclavos con camellos, caballos, mulos, bueyes, carneros y cabras, así como gran número de hombres y mujeres que inmediatamente empezaron a aclamar al cazador de ratones, gritando con todas sus fuerzas:

— ¡Viva nuestro jefe! ¡Viva nuestro jefe!

El hombre se pellizcaba las mejillas para convencerse de que no soñaba. Seetetelané, sonriendo, le hizo mirarse en las aguas de un riachuelo y se dio cuenta de que estaba joven y apuesto, y que su tseha de pieles, de ratones se había transformado en riquísimos vestidos de pieles de chacal, de pelo largo y de mucho abrigo.

Cuando volvieron a la choza, ésta se había convertido en una casa de piedra y madera con cuatro recintos y su habitación estaba llena de pieles de pantera, cebra, chacal y león.

Estuvo a punto de desmayarse al ver tanta riqueza.

Durante dos semanas se condujo como un verdadero jefe, haciendo equitativa justicia entre los suyos y dando ejemplo de sabiduría, enseñándoles a trabajar la tierra y a cazar o a erigir cabañas de troncos y hojas.

Pero una noche celebraron una fiesta para conmemorar el nacimiento de un niño, y el antiguo cazador de ratones no supo resistir

a la tentación de beber.

Cuando hubo trasegado a su vientre cuatro vasos de maíz fermentado se le enturbiaron los ojos, se le soltó la lengua y empezó a insultar a los padres de familia que asistían a la reunión.

Seetetelané, disgustada, quiso hacerle entrar en razón, pero él, furioso por la intervención de su esposa, le dio un empujón terrible y exclamó con voz pastosa de borracho:

—¡Quítate de mi presencia, miserable hija de un huevo de avestruz! Seetetelané lo miró dolorosamente y no dijo nada.

Aquella noche, el borracho sintió frío. Levantóse para buscar una piel de chacal y no encontró ninguna. Salió a la puerta para llamar a un esclavo y se dio cuenta de que se hallaba en su antigua cabaña y de que estaba completamente solo, vestido con su tseha de pieles de ratones salvajes.

El bienestar que había gozado durante aquellas semanas lo había vuelto más sensible a los rigores de la temperatura, haciéndole infinitamente perezoso.

El resultado fue que a los pocos días murió de hambre y de frío, más solo que un leproso, reprochándose hasta su último momento su falta de voluntad para resistir a la tentación de la embriaguez que había causado su desgracia.

La lanza perdida

Aconteció un día, en los tiempos que las hadas moraban aún en la tierra y los negros no habían sido expulsados de la costa hacia el interior del país, que un poderoso Rey convocó a todos sus jefes para presenciar un torneo entre cuatro jóvenes, los más fuertes, valerosos, apuestos y gallardos de todos sus súbditos.

Y el galardón de la victoria era la hija menor del Rey — Lala, la de los ojos negros —, se la ganaría para esposa quien de los cuatro apuestos y gallardos jóvenes lanzara más lejos la azagaya.

Numerosos príncipes y jefes, acompañados de sus secuaces, reuniéronse en la ciudad del Rey, junto al mar; celebráronse fiestas en días sucesivos y eligiéronse de entre la multitud los cuatro jóvenes que, a la vez, eran los más fuertes, los más valientes y los más apuestos y gallardos.

Ardua empresa. Tres de los elegidos resultaron ser hijos de famosos jefes, pero el cuarto carecía de nobleza de armas y era un oscuro pastor.

Sin embargo, la princesa Lala, que estaba en la choza de su padre, dio al humilde pastor sus preferencias y la predilección de su corazón.

Para la lucha eligióse una llanura arenosa que se extendía entre las montañas, y los cuatro campeones se alinearon para lanzar la azagaya.

El primero de los competidores tiróla bien, y la azagaya cayó

verticalmente en un hormiguero, lejos, muy lejos.

La segunda azagaya quedó clavada, temblorosa, en la corteza de un árbol, muchos pasos más allá del hormiguero.

La lanza del tercero atravesó el pecho de un pájaro de la miel, verde y dorado, que revoloteaba por encima de un alto aloe en flor, más lejos, mucho más lejos aún que el hormiguero y el árbol.

Pero el pastor, que era el cuarto de los contendientes, tiró su azagaya con tal vigor e ímpetu, que voló, como un rayo, hacia el cielo, hiriendo a un halcón que se cernía en busca de presa.

Grandes fueron las aclamaciones de los concurrentes, que le proclamaron vencedor en la prueba.

La Princesa lloró de alegría; pero el poderoso Rey no se avenía a que su hija casara con un humilde pastor.

Y dijo el Rey:

—Que repitan la prueba con lanzas que yo les daré. ¡El arma del pastor debe estar embrujada!

Así, a la mañana siguiente, el soberano mandó buscar nuevas lanzas de oro. Las mejores y más equilibradas fueron entregadas a los príncipes; al pastor, empero, entregósele una lanza tosca e infiel.

De nuevo tiraron y de nuevo la azagaya del pastor sobrepasó a las de sus rivales los príncipes. La lanza de aquél voló esta vez hasta las nubes y en su blancura perdióse.

Pero el Rey era injusto y dijo:

—¡No ganarás a la hermosa Lala hasta encontrar la lanza; es

indispensable que me la entregues y deposites a mis pies! ¡Vete!

La Princesa se abrazó a su padre y lloró sin consuelo; ella amaba a este valiente pastor, pero el Rey desembarazóse de sus brazos y ordenóle se retirara. Desobedecer al Soberano significaba la muerte, y la doncella se marchó.

Y Zandilli, el pastor, partió en busca del arma real.

Vagó, día tras día, por las montañas, pues la lanza había desaparecido en las nubes que coronaban sus crestas.

Y llegó el cuarto día de búsqueda, y mientras contemplaba las profundidades de un charco, un "pájaro –carnicero" cayó a sus plantas, llevando en sus garras una ranita verde. Gritaba ésta pidiendo socorro, y Zandilli logró ahuyentar al pájaro voraz. Y la Ranita expresó su gratitud así:

—Siempre que estés en trance apurado y creas que puedo serte útil, cierra tus ojos, recuerda con tu imaginación este charco, y correré en tu auxilio. Zandilli dio las gracias a la bondadosa ranita, la que desapareció en la profundidad del agua.

Poco más adelante vio una mariposa grande, negra y amarilla, prendida de una espina de chumbera. La liberó, y la Mariposa dijo:

—Dos manecitas morenas, las de una niña de grandes ojos negros, me clavaron en esa espina. Ella fue muy cruel. Tú, en cambio, eres bondadoso y te estoy agradecido. Siempre que estés en trance apurado y difícil y creas que puedo serte útil, llámame y presto iré en tu ayuda.

Luego, la hermosa Mariposa extendió sus alas y se alejó, volando, para jugar con sus compañeras entre las orquídeas carmesí.

Caía la noche del quinto día de sus correrías y todavía no había encontrado la lanza perdida entre las nubes. Era una calurosa noche de verano y la luna elevóse, cual bola de fuego carmesí, de la niebla del Este. Zandilli, rendido, estaba ansioso por encontrar albergue para pasar la noche, y, a este fin, penetró en una estrecha garganta por la cual corría un arroyuelo. La oscuridad más espantosa reinaba en aquel barranco. Sus paredes eran muy altas, muy altas, y Zandilli cayó en profundos escollos y tropezó contra resbaladizos peñascos.

Pero Zandilli no se descorazonó; sabía cuán a menudo se hallan pequeñas cuevas en estos barrancos. Y dio, al fin, con la cueva apetecida. La luna, ya libre de la niebla, había ascendido al más alto cielo, y resplandecía iluminando la pared occidental del barranco.

Zandilli penetró audazmente en su refugio; acostumbrado a las soledades de las altitudes, no conocía el miedo. La luz de la luna no penetraba muy adentro en la cueva y él estaba demasiado cansado para explorar la oscuridad, y echóse al suelo a descansar, con su lanza al alcance de la mano.

Despertóse y, al despertar, encontró la cueva sumida en oscuridad completa; una misteriosa y suave música arrullaba sus oídos. Era música más dulce que la de la tórtola llamando a su macho; más suave que el murmullo del viento entre las campanillas en flor. Sus notas llenaron de emoción el corazón de Zandilli y avivaron en él deseos de conocer a la privilegiada autora de tan divinos sonos.

Levantóse y avanzó con paso silencioso y con gran cautela, como el leopardo en acecho, hacia el lugar de donde venían tan divinos acordes. Aumentaba el volumen de la música y, a medida que ganaba terreno, se ensanchaba la cueva, haciéndose más amplias sus bóvedas, que iluminaba una pálida luz.

Y Zandilli proseguía, siempre adelante, y a cada paso era más

sonoro el acorde y más brillante la luz, hasta que sus ojos atónitos contemplaron lo que jamás mortal alguno había visto antes.

Un lago de grandes proporciones y de aguas de zafiro extendíase ante él.

El techo de la cueva resplandecía como el sol, y gigantescas columnas refulgentes con el brillo de incontables diamantes se levantaban de entre las aguas para perderse en la deslumbrante gloria de la cúpula.

Del centro del lago partían las gradas, talladas en oro, que conducían a un trono de Majestad; cada grada emitía destellos de fuego verde, destellos de una única esmeralda bellamente tallada.

El lago parecía no tener límites, pues sus orillas se perdían en la oscuridad lejana.

De las sombras, de todas direcciones, surgían, flotando, incontables lotos rosados, llevando, cada uno de ellos, una preciosa hada hacia el Trono.

La divina música que Zandilli oyera flotando en los aires, provenía de estas preciosas hadas que cantaban mientras se peinaban sus largos cabellos dorados.

Jamás había visto Zandilli figuras tan bellas como estas hadas.

Los lotos, donde iban las hadas, flotaban por todas partes, al parecer guiados por algún poder invisible.

Cuando los lotos tocaron los peldaños de oro, las hadas saltaron de sus pétalos rosados y sacudiendo sus cabellos de oro como un manto sobre sus hombros, reuniéronse con las multitudes de hadas tan bellas como ellas, que ya rodeaban el Trono.

Zandilli contemplaba esta maravilla con ojos de asombro.

No podía distinguir a la Reina del trono, pues una luz cegadora defendía como un velo la gloria de la Majestad.

Los botes — los lotos — vacíos flotaban perezosamente sobre sus aguas, como el loto azul en el remanso del río.

Y cesó, de súbito, la música...

— ¡Esta gente extraordinaria — díjose Zandilli — ha notado mi presencia!

Hubo cuchicheos entre las multitudes de hadas que hacían Corte de Honor ante el Trono.

Luego, un ancho sendero se abrió entre las incontables hadas, y un Ser, vestido de gloria, descendió del Trono y se acercó a la orilla del agua.

Una voz argentina tembló en los aires y dijo:

— ¡Oh, Mortal! A ti aguardábamos. Tú eres Zandilli, el pastor. Tu búsqueda no nos es desconocida. Buscas una lanza real y aspiras a la mano de una hermosa hija de rey. La luna ha florecido cinco veces desde que venciste a los tres príncipes en tirar la lanza. Cuando la luna vuelva a brillar dos veces más sobre la tierra y el mar, tu novia, a menos que la salves, se habrá casado con otro. Con todo, no temas; tú eres valeroso, Zandilli, y la lanza real está a tu alcance.

Las melodías argentinas cesaron y Zandilli se postró humillado en tierra y así oró:

— ¡Oh, gran Ser, cuya gloria es semejante a la luz del Sol y cuya sabiduría es mayor que la de nuestros Magos, ayuda a tu servidor para

encontrar la lanza que Tú dices está a mi alcance!

Una canoa de oro, de extraña forma salió disparada de los peldaños del trono y se detuvo a los pies de Zandilli.

Subió a ella sin miedo y, veloz como la luz, fue llevado hacia las gradas del trono.

El deslumbrante Ser que lo presidía dióle su mano cuando él saltaba de la canoa. Alzó él los ojos y vio la presencia de una mujer más bella que la mañana. Incontables rayos de luz salían de un ceñidor y peto de diamantes y de las flotantes ropas de tejido plateado que la vestían, dejando tan sólo desnudos su garganta y sus brazos, blancos como dos lirios. Sus cabellos de oro caíanle hasta los pies y ceñía su frente una corona de flores de estrellas.

— ¡Bienvenido seas al país de las Hadas de la Luna! — exclamó ella, y tomó la mano de Zandilli para conducirlo al Trono, junto a su beldad.

La multitud que hacía Corte de Honor inclinóse humildemente a su paso. Entonces Zandilli habló:

— ¡Oh, gran Reina! ¡Más blanca que las nubes de viento, más bella que la aurora, di a tu servidor cómo puede servirte mejor y reconquistar la lanza! Ella posó sus ojos, azules como el lago, sobre él, y contestó:

— Ojalá pudiera decir: "Tuya es ahora", para llevártela; pero hay entre nosotros una muy antigua ley que prohíbe hasta a la Reina permitir dejar llevar de nuestro tesoro "lo que sea".

"Y a esta lanza real de oro, que tú lanzaste en buena lid y con arte y fuerza sumas, y que, venturosamente, cayó en la boca de esta gruta, le ha sido dado un lugar entre nuestros tesoros.

"Se profetizó, en tiempos lejanos, que un Mortal vendría a nuestro reino en busca de su lanza, gloria y alegría de su vivir. Y se fijaron, para cuando este Mortal llegara a nosotros, dos trabajos a realizar por él. Si los realizaba, la lanza le sería entregada...

"Tú, Zandilli, el pastor, eres ese Mortal. ¿No buscas, por ventura, una lanza que ha de proporcionarte la más bella de las esposas? Deliberaremos sobre los trabajos que se te impondrán. Entretanto, mis doncellas te mostrarán las bellezas de nuestra mansión."

Pronunciadas estas palabras, levantóse la Reina y descendió a un bote — un loto • que se la llevó rápidamente.

Tres de las más lindas hadas subieron con Zandilli a la canoa de oro. Maravilla tras maravilla aparecía ante su asombrada mirada. ¡Todo era gloria deslumbradora y luz!

Pero había una caverna oscura, cuyas paredes carecían de lustre y eran negras como la noche.

Zandilli estaba impaciente por reconquistar la lanza, especialmente al recordar que la Reina habíale hablado de otro que iba a casar con la princesa Lala antes de que la luna brillara por segunda vez. Y suplicó le llevarsen de nuevo ante la Reina, que había reaparecido en el Trono.

Y así fue complacido.

Y la Reina le saludó y puso su mano blanca de lirio sobre su bronceado brazo de pastor guerrero.

— Hemos decidido — dijo — tu primer trabajo. Mis consejeros no lo han querido fácil de realizar. ¿Viste la cámara negra, en la más profunda de las oscuridades? Es la única mancha de nuestra mansión.

Si tú puedes hacerla tan hermosa como todas las otras, la mitad de tu trabajo habrá quedado ejecutado. Has de terminarlo antes de que salga la luna; de lo contrario, morirás.

Zandilli fue llevado a la cámara negra y allí le dejaron solo en la canoa de oro, con desesperación en su corazón, pues no poseía ningún medio para embellecer aquellas horribles paredes.

—Pensó en el mar, en las crestas de las olas coronadas por la blanca espuma que jamás volvería a ver; en la tímida doncella que la fatalidad le arrebató, privándola de ser su esposa. Pensó en las flores, en los pájaros, en las mariposas... Y al pensar en ellos, recordó la mariposa que él salvó, y se echó a reír.

¿Podría servirle de ayuda? Parecía no haber esperanza. Zandilli suspiró y, rendido por el cansancio, se echó a dormir...

La Mariposa oyó el grito de socorro que, con un suspiro, había exhalado su antiguo salvador. Así, al romper el día, llamó a todas sus hermanas y a sus primas, las luciérnagas. Todas entraron volando en la negra caverna. El sonido de tanto aleteo despertó a Zandilli.

Indescriptible fue su sorpresa al encontrar las negras paredes transformados en un palacio de hadas, de gloriosas alas y tiernas gemas verdes, claras, pálidas. Las mariposas y las luciérnagas se habían extendido por todos los ámbitos, invadiéndole de luz y color.

Cuando la Reina y su séquito fueron a comprobar el trabajo, no pudieron disimular su gran sorpresa y alegría ante el prodigio realizado por el Mortal.

Y a coro exclamaron:

— ¡Ha vencido! ¡Ha vencido!

Todo aquel día transcurrió en fiestas, mientras la Reina, ausente, discutía con sus sabios consejeros el segundo trabajo que debía el Mortal ejecutar. Al declinar el día, la Reina habló así a Zandilli:

—Terminaste tu primer trabajo; lo realizaste con éxito maravilloso y, en parte, tienes ganada tu lanza. Ahí está colocada; sobre los peldaños de mi trono. ¡Mira! Éste es tu segundo trabajo: Los vestidos de mis doncellas están tejidos con alas de moscas. Nuestros husos están ociosos, ya, que nuestros almacenes están sin provisiones. Se te encarga el trabajo de llenar cien de nuestros botes de alas de moscas.

Dicho esto la Reina desapareció.

Zandilli se echó en el fondo de su canoa y se abandonó a la desesperación. Este trabajo parecía ser mucho más difícil que el anteriormente confiado: Era un imposible.

Jamás vería el sol; jamás cazaría el leopardo; jamás volvería a ver las cascadas de los ríos, ni los límpidos estanques; jamás contemplaría los ojos negros de su Princesa...

Quedó dormido bajo la pesadilla de estos tristes pensamientos.

La Ranita verde oyó cómo su salvador suspiraba por la visión del pardo y fresco charco, y llamó a sus hermanas y a sus amigos lagartos.

Cada uno de ellos llegó cargado de moscas, y pronto, muy pronto, llenaron los cien botes formados con cien lotos.

El croar despertó a Zandilli, quien halló su trabajo ejecutado milagrosamente.

Y cuando la Reina y su séquito se presentaron para comprobarlo, exclamaron:

— ¡Ha vencido! ¡Ha vencido!

Entonces Zandilli ascendió por los peldaños de oro para recibir su bien ganado premio.

Pero la Reina no quería dejarle marchar. Le habría gustado retener para siempre a este maravilloso trabajador, e intentó retenerle.

Pero Zandilli estaba impaciente y se apartó de ella. Arrebató la lanza de oro y, saltando a la canoa, la utilizó como remo hasta la orilla del lago, y saltó a tierra.

Pocas horas después rendía su lanza ante el Rey, que no pudo negarle la mano de la bella princesa Lala, galardón de su victoria.